

**No dejaré
mis sueños
atrás**



Santiago Arconada Rodríguez

Caracas octubre 2020

A mi sobrino Julio Jesús

*Entre tú y la verdad lo más
cercano es un cuento*

Anthony de Mello s.j.

|

_ Menos mal que su mamá se murió de su enfermedad,
porque si le llega a tocar esto se muere, pero de tristeza. _

Sin darse cuenta había hablado en voz alta y lamentó haberlo hecho. Habría preferido mil veces hablar para sí, sin emitir sonido alguno. Deseó infinitamente que su hija no lo hubiese oído, pero no fue así. Lo notó inmediatamente en su rostro, bruscamente tenso y arisco. Caminaban juntos, a buen paso a pesar del gentío que es habitual en la zona, cubriendo el incómodo trecho entre la Estación del Metro La Bandera y el terminal de pasajeros del mismo nombre. Él llevaba el morral que contenía las pertenencias de ella, quien a su vez llevaba el bolso para las necesidades propias del viaje en bus hasta San Antonio del Táchira: agua, comida, abrigo, documentos, papel higiénico, en fin.

_ Ya va, papá, deje que lleguemos. _. Seca y cortante, su hija continuó. _ Cuando me cuadró el pasaje, el Chingo me dijo que estuviera a las dos de la tarde y ya van a ser. Apurémonos y resolvamos puesto y equipaje que, como el bus no saldrá sino hasta las cuatro o cinco, tendremos tiempo de hablar..._

Aquello pintaba mal. Lo inoportuno del comentario que se le había escapado le iba a costar caro, eso lo sabía, pero no imaginaba cuánto. Conocía a su hija como al camino de su casa, y aquella voz áspera presagiaba chaparrón.

Tenía tiempo sin ir al terminal de La Bandera porque tenía tiempo sin viajar. Lo que para él era viajar, ir a visitar a su compadre Patricio en Villa de Cura, lo hacía en el pasado usuario regular de ese terminal, pero viajar a Villa de Cura era una más en la lista de las cosas de antes, como tomarse un café, como tomarse una cerveza, como comerse una empanada en el mercado, como ir al cine.

Aquel terminal de pasajeros insultaba la dignidad humana. Entendió por qué su hija había dicho que el Chingo “cuadró”, y no “vendió”, el pasaje. Un pasaje no es ya algo que se vende y se compra: Es algo que se “cuadra”, que depende de varios factores: que haya bus, que haya gasoil, el porcentaje por punto de venta, el porcentaje en efectivo, y la buena voluntad.

Al término de los incómodos y tortuosos trámites hasta que el Chingo les dijera que todo estaba “cuadrado”, el morral en custodia, el puesto reservado y el pasaje en la mano, éste le dijo a su hija que pasara hacia las puertas de salida a las tres y media, o sea, en cuarenta y cinco minutos.

_ Venga, papá. _ Le dijo ella en un tono extraño, entre amenazador, alborozado e irónico. _ ¡Vamos a darnos un lujazo de despedida ¡ ¡Vamos a tomarnos un marrón fuerte grande! _ continuó _ Un día es un día, ¡qué carajo! _

Se acodaron en la barra del negocio que les pareció más aislado (y que tuviera café de máquina), dentro de lo aislado que se puede estar en medio de ese rebullicio de gentes, equipajes, bebés berreando por un difícilísimo cambio de pañal y otras vicisitudes propias de un terminal desvencijado y derruido, que no alojaba sino que rechazaba a sus usuarios, que los sometía a la humillación constante de

buscar las escaleras para acurrucarse y arracimarse si no querían permanecer de pie.

_ Veá, papá. _ Le dijo suavemente su hija mientras revolvía el azúcar que le había puesto a su café. _ Lo que me pasa es muy raro. En el momento definitivo en el que tengo que pedirle de rodillas, con el corazón en la mano, que me cuide a mi niña y a mi niño, a mi aire y mi agua, a mi vida toda; tengo unas ganas inmensas de golpearle, de arañarle, de gritarle que no sea pendejo y que termine de aterrizar en la realidad. _ Bajó los ojos, se los tapó con una mano y empezó a llorar discreta pero copiosamente, mientras él, que sabía que habría bronca desde el involuntario e infausto comentario que se le escapó, la tomó suavemente por los hombros y le dijo muy tiernamente: _ Dele m'hija, suéltelo todo que usted no se puede ir con eso. Para eso es este café. _ Ella buscó en su bolso la toallita nunca mejor llamada "pañó de lágrimas", se sonó la nariz, se secó los ojos, lo miró como probablemente nunca lo había mirado y le dijo _ Entonces papá, y me perdona las groserías pero no me las voy a aguantar, como dice usted que dicen en Carúpano, ¡no me venga a joder el culo a besos! Lo triste no es que yo me vaya. Lo triste es por qué me tengo que ir. Estoy segura de que si mi mamá me viera me diría ¡dele pa'lante m'hija! No se pare en artículos. Su responsabilidad son sus hijos y más nada. Así que no me venga con cuentos sobre si mi mamá se hubiera muerto de tristeza cuando el que no aguanta la tristeza es usted, que no entiende nada de lo que está pasando. Ni de lo que me está pasando a mí, ni de lo que le está pasando a usted. _ Y vuelta a bajar los ojos, a tapárselos con una mano y a llorar a moco suelto. Él la dejó estar. Acusó recibo de la demoledora seguidilla que su hija le propinó. Tomó un sorbo del café todavía muy caliente y se dispuso a esperar pacientemente, mientras se daba cuenta que la suya no era la única escena de llanto. En efecto, a unos veinte metros de distancia, en una de las puertas que solo pasan los que tienen el pasaje en mano, un niño de unos cinco o seis años, agarrado por una señora mayor que parecía su abuela, trataba desesperadamente de zafarse de ella y gritaba desesperado papá, papá, papá, a

un hombre joven que, desde el pasillo de salida, también llorando a lágrima viva, le decía adiós haciéndole gestos de llevarse la mano al corazón.

El sabía que estaba de a toque, pero que no se podía desmoronar. Tomó otro sorbo de café. Su hija continuó.

_ Mire papá, yo quiero que usted brinque y salte por la alegría de saber que su hija no se dejó joder por esta desgracia, que no se echó al abandono, que no se deprimió como el primo Armando, que daba dolor de solo verlo. Tanto que usted habla de resistencia, ¡esta es mi resistencia!, aquí estoy diciendo como esa cantante protesta de cuando yo nací, allá por los setentas, esa que a usted le gustaba tanto, que usted me decía que cantaba mucho con Alí Primera y Lilia Vera... ¡ya me acordé!: Gloria Martín. “No se puede vivir sobreviviendo”, ¡y ni mis hijos ni yo vamos a vivir sobreviviendo! _

Consciente de su exaltación, respiró profundamente varias veces, cada vez más lentamente, tomándose su tiempo, como quien exhala un sentimiento largamente contenido, bebió un sorbo de su café, lo tomó de la mano, se la apretó y continuó.

_ Casualidad de la vida, papá, hoy 25 de enero de 2018, se cumplen seis meses exactos del día en que le dije que me iba para Ecuador, aquel 25 de julio de 2017, cuando tuvimos la primera discusión por causa de mi partida, de mi decisión de irme a vivir en donde mi título de Enfermera Graduada en la casa que vence las sombras, mi querida UCV, mi posgrado en Cuidados Intensivos y mis casi veinte años de experiencia se valoraran como debe ser. Allí empezó mi calvario con usted y con la carota que me puso desde ese día, papá, y menos mal que no le paré a su carota y me concentré en mi problema, porque si caía en la provocación habría sido mucho peor para los dos. ¿Ve papá? ¡Esa es su hija! La hija de Roseliano y Josefina, que a los dos los cargo en el agradecimiento de cada día que amanece, gracias Diosito, en primer lugar por mis padres y por mis hijos, todos

los días del mundo, papá, porque me dieron mucho. Por haberme enseñado la constancia y el método, ¿se acuerda papá? Seis meses que fueron para poner en práctica el principio del salchichón: Hija, me decía usted, los problemas son como los salchichones, que no se pueden comer a mordiscos, sino que hay que cortarlos en finas rodajas y así se acaban rapidito. ¿Ve papá? ¡Esa es su hija! Yo no estoy aventurando. Yo estoy cosechando mis años de trabajo, la fama que tengo de arrancarle presas a la muerte, las amistades de la vida que se fraguan guardia tras guardia, jornada por jornada. Cuando el Dr. Porras decidió que se iba, me llamó para informarme que se tenía que ir. Que no tenía en Venezuela material para ejercer su profesión, la Traumatología, en buena medida dependiente del acero quirúrgico, porque eso en Venezuela ya no lo había. Que se mudaba con su familia para Guayaquil, donde había gente que lo conocía y que sabía cómo trabajaba, pues tantos congresos y tantas publicaciones, no podían ser inútiles. Sin embargo, papá, aquello no era un despido sino una despedida. Me tenía dos sobres. En uno estaba un cheque por un monto equivalente al doble de las prestaciones sociales por quince años de trabajo en su consulta del Hospital de Clínicas Caracas. En el otro, mil dólares en billetes de cien y de cincuenta. ¿Sabe lo que me dijo, papá? Lo recuerdo palabra por palabra. _

_ “Sal de los bolívares correspondientes a las prestaciones en cuanto puedas. Compra toda la comida que puedas comprar. Cada vez que respiras los estás perdiendo. Los dólares, que son menos de los que te mereces y más de lo que yo ahora te puedo dar, divídelos en dos partes iguales. Quinientos para irlos administrando como sabes hacer, y quinientos para resolver pasaporte y quizás algo del viaje. No puedo prometer nada, pero si te puedo llamar, lo haré. _

_ Y así fue, papá, cuando pudo, me llamó a trabajar con él en Guayaquil. Aquí viene lo difícil ¿verdad papá? De buenas a primeras no me puedo llevar a Isabel Josefina y a Javier Ignacio. Tengo que hacer muchos espacios: Mi espacio laboral, mi espacio personal, un apartamento, una casa en

la que vivir con ellos, resolver cupo escolar y, sobre todo, ahorrar todos los dólares que pueda para pagar ese viaje, para instalarnos, para equiparnos, en fin, para vivir. Y es aquí donde entra usted..._

Iba a seguir, mas él la interrumpió sin brusquedad pero con determinación.

Ya va m'hija, no gaste tiempo en decirme que sea abuelo de mis nietos porque usted sabe que lo he sido y que siempre lo seré... _ ¡Ya lo sé, papá! _ le contestó ella atropellándolo un poco _ y no sabe lo que le reconozco que, desde que me mataron a Bernardo para robarle la moto, usted ha sido el mejor padre para esos niños. De Isabel desde recién nacida, que ni siquiera pudo conocer a su papá, todas las canciones usted con su cuatro, los pollitos, luna lunera, había una vez, y de Javier desde los cinco años, el triciclo, la bicicleta, las primeras patadas al balón todo eso fue con usted, papá, y no tiene la menor idea de cuánto lo reconozco por esto, por haber sido el mejor papabuelo.

¡Pero me tenía que ir a un sitio en el que trabajar tuviera sentido! ¡Un sitio en el que trabajar no solo me permitiera pagar el pasaje para ir a trabajar y regresar del trabajo, sino que además me diera para vivir! ¡Y usted me puso una carota que, pensándolo bien, a lo mejor hasta me ayudó, ¿sabe, papá? A lo mejor hasta me ayudó..._

_ No era carota, m'hija, no era carota. ¡Era derrota! Era derrota en el alma lo que yo tenía. _ La interrumpió él un tanto airadamente. _ Que usted se tuviera que ir a otro país para no perder su vida era mi mayor derrota, llegando como estaba yo a las setenta ruedas, y ¿qué quería? ¿que brincara y saltara de contento? Perdóneme por haber sido tan incapaz para aclarárselo, pero no era su falla sino la mía. Usted dirá que igual era una carota, pero no es lo mismo... _

Mirándolo a los ojos tan intensamente como para que él no pudiera sostenerle la mirada, ella estalló sin piedad.

_ Yo no tengo la culpa de que usted se resista a aceptar que este país se volvió una robadera, papá, pero usted no puede pretender que yo lo haga. ¡Eso sí que sería grave! Y la robadera es de todo lo que se puede robar en esta vida, papá, divisas preferenciales, medicinas de los almacenes de los hospitales públicos, gandolas de gasolina, la leche de las bolsas del CLAP, todo, todo, todo incluyendo al futuro. Tengo cuarenta y dos años, papá, usted tiene sesenta y nueve y es muy duro lo que voy a decirle, pero a usted no pueden robarle el futuro como pueden robármelo a mí, porque usted no lo tiene como tendría que tenerlo yo por edad, por tiempo. Tan solo eso debería bastarle para quedarse tranquilo, no contento, eso no se lo pido, sino tranquilo y en buena medida satisfecho. Que usted pueda decir: “Por lo menos mi hija no es una mente de pollo, sino que está pendiente y responsable de lo que tiene que estar, que es de sus hijos.” ¿Ah, papá? ¿no es así? _

Otra vez volvió a quebrarse en un llanto que esta vez no intentó ocultar, porque no le daba vergüenza alguna mostrarlo ante su padre, por el contrario, pareciera que quería enseñárselo para que él viera cuánto le dolía a ella haber sido tan dura con él justamente ahora, cuando éste ejercía su derecho de bajar los ojos, como quien mira al piso en actitud de no querer ver nada. Él tomó un sorbo de su café y, lentamente, levantó la mirada para ver el rostro de su hija con los ojos anegados en lágrimas, mirándolo fijamente. Continuó el movimiento y levantó los ojos al techo, como quien los contiene para que no se derramen, la abrazó muy despacio y la apretó con ternura contra su pecho diciéndole al oído _ Hija de mi vida, amorcito de mi corazón, desde que naciste me has llenado de felicidad y de orgullo. No solo porque vuelas con todo y jaula, que lo haces, y eso es muy meritorio, sino porque eres tú, tú misma, tú. Y para un padre educador como yo, un padre docente como yo, maestro de escuela como yo, que tú seas tú, y no un remedo de mí, es un logro muy grande..._ iba a seguir, sorprendido del

extraño momento en que la ternura lo llevó a tutear a su hija, cuando ella lo interrumpió cariñosamente. _ Ya va papá, si soy una mujer segura, ¡y vaya que lo soy!, es porque mi mamá y usted me supieron dar esa seguridad, pero déjeme seguir con lo mío que se nos va el tiempo, y yo quiero dejar mi relación con usted serenita, papá, sin rollos ni nubarrones, ni rabias apelmazadas, porque ahora es cuando usted y yo vamos a ser equipo, ¿se acuerda papá? Se acuerda cuando, todavía yo niña de brazos que apenas empezaba a caminar, al salir usted de la casa en la mañana me decía siempre: ¿Qué somos? ¡Somos un equipo!

Y yo le respondía con mi media lengua: ¡Chomos un epipo! Pues ahora es cuando vamos a serlo más que nunca. _ Bebió un sorbo de su café y continuó.

_ Mire papá, hace un rato le dije que lo triste no es que yo me vaya, sino que lo triste es por qué me tengo que ir, y con eso tengo todavía un malestar que no quiero montar en el bus.

A usted debe quedarle claro, papá, que yo no me voy por gusto mío, que jamás pensé que lo tendría que hacer. A usted le consta, papá, que trabajaba, intensa y felizmente, en lo que más me gusta en esta vida que es curar a la gente. Echándome broma, el Dr. Porras me decía “yo vuelvo a armar los pedazos, pero quien los cura eres tú”. Participaba en la Comunidad Educativa del liceo de Javier, ná pendejá, el mío, el Jesús Obrero, en fin, a pesar de haber enviudado tan joven y de manera tan indignante, encima de que te robo la moto, te doy un tiro, a pesar de algo tan duro, papá, y usted sabe que es así, yo estaba feliz en mi vida, papá, y esa felicidad me la enseñó usted, que siempre estuvo feliz en la suya, de maestro de tercer grado de primaria en la escuela de Fe y Alegría, y esa vida, y esa felicidad, de pronto, me la quitaron. Tenía dos opciones: Calármela o no calármela. Y decidí que no me la iba a calar, papá. ¿Cómo es que usted decía que decía Séneca?: “Yo no soy de un rincón, ¡el mundo entero es mi tierra nativa!” ¿Ve papá? Me acuerdo de las citas que me convienen, dirá

usted, pero es así. El mundo entero es mi tierra nativa: el los cose, los rearticula, los vuelve a armar, y yo los curo. Ese es el trabajo de una enfermera, y una enfermera es lo que yo soy, y sé muy bien lo que valgo... _

Él también lo sabe... terció él pícaramente, y ella reviró en el acto _ ¡Claro que lo sabe!, y ¡Qué bien que lo sabe!, un equipo de trabajo es algo preciosísimo, difícilísimo de conseguir, pero ese no es el punto, papá, ese no es el punto. El punto es que yo me voy porque a mí me robaron el país en el que podía tener un futuro, lo que me obliga a buscar otro país para tenerlo, y usted sigue sin pronunciarse sobre eso. Igualito me voy a ir si usted no se pronuncia, papá, pero esa es la rabia que no quisiera montar en el bus. O si lo prefiere en malandro, papá, esa es la culebra que quisiera matar aquí y ahora. _

_ ¡Respeto muchacha! ¡Qué culebra, ni qué culebra! ¿Usted es loca? _ dijo él, para restablecer las mínimas apariencias de autoridad, pero sabiendo, ¿no lo iba a saber?, dónde le dolía el alma a su hija, que continuó como si su padre no hubiese hablado. _ Mire papá, yo no me voy sin saldar cuentas con lo que nos pasó ese día, el día de la cola para buscar la bolsa del CLAP, hace dos meses. Pero no se adelante, papá, déjeme a mí. Hay algo que tengo que decirle para sacármelo del coco, de la mente, porque vuelve y vuelve, todas las noches, como una pesadilla. ¿Se acuerda de la vez que fuimos todos, usted, los niños y yo, a visitar a mi padrino Patricio en su casa de Villa de Cura, con la especial ocasión de ver a la cochina recién parida, amamantando a los cochinitos?..._ Él revivió la escena con beneplácito porque, efectivamente, su compadre y él estaban pendientes de ese parto para que, pasado el tiempo justo, Isabel Josefina y Javier Ignacio fuesen a ver el hermoso espectáculo que da la cochina cuando amamanta sus cochinitos. _ Claro que me acuerdo m'hija _ le respondió. _ Además usted le sacó fotos con su superteléfono. Isabel se enterneció tanto..., mira abuelo, me decía, los cochinitos mamando...- _ Papá, contésteme... _ dijo ella con una ansiedad fuera de lugar a juicio de él. _

¿Se acuerda de lo que dijo usted? ¿no se acuerda? _ Él pensó y pensó y no se acordaba. _ No hija, no me acuerdo. _ Le contestó él, con un dejo de curiosidad. _ ¿Usted sí? _ Sí, papá... _ le dijo ella, y continuó: _ Como si lo estuviera viendo y oyendo ahorita mismo, papá, usted, que tenía a un lado a Isabel y al otro a Javier, les dijo quedamente: ¡Mírenlos cómo están! ¡Pegados de la teta y sin ver para los lados! Papá, así fue como dijo usted, y a mí no se me olvida, porque así es como está este gobierno militar-cívico. ¡Pegado de la teta y sin ver para los lados! Necesitaba decírselo a usted, papá, perdóneme, pero necesitaba decírselo; y no, papá, no me explique nada ahorita, no me tranque ahora, mire que voy en bajada.

Nadie es más honesto que un maestro jubilado de Fe y Alegría, que se bandea con algún trabajo que le sale de mecánica dental, papá, nadie es más honesto que usted. La honestidad es eso que mi mamá y usted me enseñaron, toda la vida de Dios vendiendo merienda en la ventana de la casa que da a la calle, desde besitos de coco hasta tetas de carato de mango verde, pasando por majarete y dulce de guayaba, papá, o sea. ¿¡Por qué no termina de admitir lo que para usted y para mí está a la vista, lo que no necesita anteojos!?

Ya va, papá, no me detenga que este es mi día, lo que pasó aquella noche, porque era de noche, casi las diez, yo andaba con Javier para que me cargara la bolsa, en la cola del CLAP, ya no es una rabia que yo pudiera tener con la mujer esa que, ni vecina es, quien me dijo “malagradecida” al revire que le hice a la bolsa que me estaba entregando porque tenía varios paquetes rotos, el de pasta, el de arroz y el de harina de maíz estaban a la vista por la zambumbia, y le dije que hiciera el favor de entregarme una bolsa más presentable, cosa que ella no hizo pero el señor Cipriano sí, porque me conoce y sabe quién soy, la buscó adentro hecho el paisa y, cuando me la estaba entregando, ella, dirigiéndose a mí, dijo “malagradecida”. Óigame bien, papá, que usted le preguntó a todo el mundo menos a mí que fue lo que había pasado, óigame bien ahora a mí. De lo que le

dije papá, de lo que le contesté, la más sorprendida soy yo, que lo primero que se me vino a la mente fue darle una rolo'e cachetada para que aprendiera a respetar y a ser seria, no joda, papá, que era lo que se merecía, pero qué, ¿qué cree que me dijo el gentío que me llamó y escribió después? Que me había transformado, ¡muchacha!, me dijeron: Se te incorporó tu papá. Así es papá, ese es su legado. A mí me enseñó a revirar usted, a no quedarme callada frente a la injusticia. Lo que le dije a esa cuaima concha e'piña fue todo lo que usted me ha enseñado en esta vida, que es mucho, ¿oyó?, mucho. Si trataba de ser más cuaima que ella tendría mucho chance de perder, porque yo no soy cuaima, papá, a usted le consta, así que agarré y le dije, con mi tono más educado: "Disculpe señora, que la corrija, pero no soy ni mal ni bien agradecida. No estoy agradecida. Los derechos no se agradecen. La bolsa que acaban de entregarme la compraron con el que también es mi dinero. Ni Maduro ni nadie sacó de su bolsillo para que yo recibiera esta bolsa que, además, he pagado. Al contrario, señora, quienes deben estar muy agradecidos con nosotros, con nuestra hambre, con el hambre del pueblo, son quienes en cada entrega de la bolsa, en todo el país, se quedan con las comisiones de la triangulación. Los que dicen qué se compra, dónde, a quién y a cuánto. ¡Esos sí que debieran estar agradecidos!" Le monté la bolsa a Javier, y estábamos empezando a caminar para la casa, papá, cuando ella dijo, para que la oyeran en la cola, "¡Tan chavista que es su papá y tan escuálida que es ella!" y entonces yo, papá, le dije a Javier que esperara, le bajé la bolsa al suelo, me volteé hacia ella y le dije que quien me había enseñado a revirar por mis derechos era usted pero que, en todo caso, si por defender mis derechos era catalogada de escuálida, que lo sería entonces, que lo que nunca sería era jalabola. _ Ya, mamá_ me dijo Javier. Le volví a montar la bolsa y nos fuimos. Usted no me lo va a creer, papá, pero ese round lo gané yo. Las redes de Los Frailes ardieron esa noche, y la heroína era yo, por haberle revirado, por no habérmela calado. Pero papá, y ese es el cuento con usted que ya va para historia, por lo largo, ¿es así como dijo ella? ¿tan chavista que es usted y tan

escuálida que soy yo? ¿Eso es todo? ¿Para ser chavista hay que quedarse callado? Pero usted no me enseñó eso, papá, antes bien todo lo contrario, a revirar, a no calármela, a protestar las injusticias, a eso me enseñó usted toda la vida... hasta ahora, que ya no me sigue enseñando lo que me enseñaba antes.

¡Esa es mi bronca con usted! A estos “pegados de la teta y sin ver para los lados”, usted no los llama ¡ladrones! como llamó ladrones a adecos y copeyanos toda la vida y, me perdona papá, pero al lado de los “bolichicos” y las “bolichicas”, adecos y copeyanos no llegan ni a niños de pecho, estos big leaguers del desfalco los dejaron a nivel de inocentes criaturas.

Usted dirá: y todo esto ¿a qué viene?, ¿verdad papá? Ya se lo digo, ahoritamente, pero primero dígame usted, ¿por qué me llamo Paula Josefina? _ De tan extensamente que él sonrió, parecía que las comisuras de sus labios le iban a llegar a las orejas. Y ella, con aire socarrón, lo atajó diciéndole. _ No se ría tanto, ni se apure en contestarme porque ya se lo digo yo, que me lo sé de memoria, de tantas veces que me lo repitió de niña, de jovencita y de mujer: “Te llamas Josefina por tu mamá, que se llama Josefina del Carmen, para que en tu nombre vaya siempre su presencia y nuestro amor, y te llamas Paula por Paulo Freire, brasileño universal, quien es el mayor profeta de la educación latinoamericana desde Simón Rodríguez, en un homenaje que le rinde tu padre, que es un educador que quiere ser tan bueno como él lo ha sido. No te podías llamar Josefina Paula, porque no pegaba ni con cola, en cambio Paula Josefina es delicado y eufónico. Por eso te llamas así.” Y una carga con ese nombre hasta el fin de los tiempos, papá, pero no solo es el nombre lo que se carga, una carga con su historia, ¿se da cuenta?, yo pasé de “La lancha Nueva Esparta” y “El pájaro Guarandol” a “Vamos gente de mi tierra”, y “Perdóneme Tio Juan”, papá, recuérdese, usted me pedía que lo acompañara en la percusión con un tobito que tenía mi mamá para que el cuatro suyo no sonara tan solo, “no te olvides del ayer”, papá, como cantan los del Bersuit,

pero usted qué va a saber quién es esa gente, no le pare, papá, que yo sí soy de izquierda, papá, nata, papá, de pura cepa, no como esa pízcuca que hace veinte años era de la juventud de AD, y ahora se viste toda de rojo a ver a quién puede confundir, que no es a mí precisamente, esa que cree que el que es buen pobre agradece al gobierno cuando éste le da limosna, que es lo más de derecha que se puede ser en esta vida, papá, lo más de derecha que se puede ser. No tiene ni remota idea, papá, de lo que me indigna que todos los derechos, una vacuna, un cupo en la universidad, una cédula de identidad, nos los hayan vuelto dádiva, limosna, bondad expresa del señor presidente. ¡Esa es la que no me cala! Encima de que tengo que abrirme las tripas para dejar a mis hijos aquí, mientras consigo dónde, cómo y con qué, resolver la vida de modo que unas pantaletas para Isabel, o para mí, no sean un descalabro económico, o un par de medias, o que las botas de fútbol de Javier no sean un imposible, además de todo lo que me han robado, ¿me tengo que ir con mala conciencia de quien abandona? ¡Quédense con su cochina, quédense con su festín!, pero no pretendan que aparezca en la foto, sonriendo, como si fuera periodista del canal 8! _ Volvió a buscar en el bolso al paño de lágrimas, volvió a sonarse como quien descarga lo que queda de una presión interior, volvió mirarlo con aire distendido, mientras él tomaba un sorbo largo de su café, ahora ya tibio. Después que ella tomara un sorbo del suyo, él le dijo entre apacible y autoritario: _ Dele m'hija, diga como Gómez: "Ya hablé." _

La carcajada mutua desgajó las lágrimas de ambos, que se entrelazaron en un abrazo intenso, profundo, liberador, de papá, papá, hija, hija, en fin.

_ Ahora voy yo. _ dijo él con serenidad y aplomo. _ El tiempo que queda hasta que se tenga que ir lo voy a gastar en pedirle algo muy profundo que no tiene nada que ver con lo que me ha dicho, porque al emplazamiento, por lo demás muy justo que me hace, no me siento en capacidad de responder ahora, ni usted pretende eso. Usted necesitaba decirlo y lo dijo. Yo lo escuché, no sabe usted cuánto, pero

ni usted espera contestación ahora, ni yo ahora puedo decir lo que, creo, quedo en obligación de contestar en algún momento. Me voy a referir al tiempo que viene y a su comunicación con Isabel Josefina y Javier Ignacio. ¡No quiero el síndrome de los dejados atrás! ¡En su familia, que es la mía, no hay dejados atrás! Nosotros somos una familia que responde a patrones extendidos. Sus hijos están en su casa, con su papabuelo, esperando que su mamá haga nido en un lugar más seguro para ellos y su futuro. Eso es todo. No hay adiós, no ha habido ni lo debe haber, que ya el hasta luego está resultando desolador de lo mucho que nos queremos, de lo mucho que nos necesitamos, pero en eso se queda. En hasta luego y, como siempre se lo he dicho, desde que era muy niña: ¡Chama pila! Piense en Guayaquil como si fuera Barquisimeto, o Maracaibo, como siempre debió ser, cuando fuimos la patria victoriosa que se independizó de España. Yo así lo hago, para que lo sepa. A buena entendedora pocas palabras le bastan. __ Sí papá __ le contestó ella. _ Copiado por acá. _

Apuraban sus respectivos cafés cuando el Chingo se asomó a una de las puertas como quien otea a sus pasajeros. Ella le hizo señas para que la viera y el Chingo le hizo señas de vente ya.

Se abrazaron otra vez tan largamente...

II

La derrota de Isabel Josefina no fue táctica sino estratégica:
Le dieron en la madre.

Por eso lloró tanto, hasta dormirse de pura fatiga, hipando, sintiendo que el mundo se había acabado porque su mamá había tenido que irse y ya no estaba en la casa, ya no estaba con ella.

Maura, su madrina y vecina, la mejor amiga de su mamá, se había quedado con ella abrazada, en un primer momento reteniéndola a la fuerza porque los niños no comen coba, y el asunto es o te vas o no te vas. Y como no quiero que te vayas, me pego a ti como una lapa, y si me despegan pues ya perdí, y punto, y lo que queda es llorar. Después, cuando el abrazo no era retención sino amor puro e inmensa compasión por el dolor que sentía su ahijada, ante el inagotable manantial de lágrimas que fluía con la amargura que da la resignación a la injusticia, trató de endulzar su lacerado corazón apelando al inusitado mensaje de las canciones infantiles.

_ Isabel Josefina _ le dijo suavemente. _ ¿Cómo es que dice la canción de los pollitos? ¿Qué es lo que hace la gallina cuando los pollitos dicen pío, pío, pío porque tienen hambre, porque tienen frío?

A sus ocho años y en tercer grado, Isabel no soportaba la provocación de una pregunta y, volteándose a mirarla, le contestó con la voz entrecortada por el llanto.

_ Laga... lli... na bus.. ca... el maíz y el tri...go...lesdasuco...mi..da yles...prestabri..go _

Entonces su madrina la agarró en la bajadita de su inocencia y le espetó, con firmeza pero sin brusquedad, _ ¿Viste? ¡A eso se fue tu mamá! A buscar el maíz y el trigo para su pollita Isabel y para su pollito Javier, porque aquí ¡no hay! _ Sorprendida por el repentino silencio de la niña que la miraba como atónita, Maura se estremeció de su propia estratagema al recordar las recurrentes imágenes del río de hombres y mujeres que, diariamente, atraviesan el puente fronterizo con Colombia, imaginándolos cual gallos y gallinas que buscaran el maíz y el trigo para sus pollitos.

Con la acidez propia y característica de sus trece años, Javier pensaba que, mientras no lo llevaran al sitio que olía a flores viejas, todo estaba bien. De eso sí que se acordaba clarito, de cuando su abuelo lo cargó para ver a su papá en la urna y tener, en ese preciso momento, la extraña sensación de parecerse a alguien, a esa persona detrás del vidrio que era su papá. Ese olor de funeraria era lo que no quería volver a oler, y mientras eso no pasara, que su mamá se hubiese ido a la mitad del mundo, como le decía ella, no era que le gustase, pero no era para llorar.

III

Al salir del terminal de La Bandera Roseliano García sintió el peso de sus sesenta y nueve años en los huesos. El batido de sentimientos que le embargaba el alma tenía mucha tristeza, bastante cansancio, una cucharada de vergüenza y unas gotas de amargura. Por un lado estaba contento del desahogo de su hija, y sentía que había hecho bien en ayudarla a que se descargase pero, por el otro, había recibido una paliza sentimental (y política) muy fuerte y había recibido un emplazamiento ético muy punzante, muy opresivo.

“A estos ‘pegados de la teta y sin ver para los lados’ no los llamas ladrones como llamaste ladrones a adecos y copeyanos durante toda tu vida” ¿Por qué? Sentía que era aquella una presión que casi le impedía respirar. En cada detalle de la existencia, el país vuelto una robadera que su hija le había denunciado se le imponía. Estando cerca de una estación del Sistema Bus Caracas y yendo como iba a la estación Gato Negro, lo lógico era agarrar Bus Caracas en su estación de La Bandera, hasta la Estación de Metro La Hoyada y de allí un jalón hasta la Estación Gato Negro, en donde agarraría la camioneta para su casa en Los Frailes de Catia, pero en la guillotina del Bus Caracas no se iba a montar porque la última vez que lo hizo, hacía meses, le habían robado su celular, su querido “vergatario”. En su

decisión de regresar desde el Metro La Bandera hasta Plaza Venezuela, para agarrar de ahí a Gato Negro, no porque fuera segura sino por menos riesgosa, ya estaba gravitando el país vuelto una robadera, y en alguna medida, ya lo estaba aceptando resignadamente. ¿Por qué? Ciertamente su hija no sabía que él tenía una postura crítica frente al gobierno desde hacía mucho tiempo, pero ¿por qué no lo sabía?, ¿por qué esa postura crítica era tan interna, tan poco visible, cómo era esa postura crítica, ante quién la manifestaba?, ¿por qué en su barrio él era considerado chavista y su hija Paula era vista como escuálida?

Le hubiera provocado sentarse, pero no había dónde. Echó a andar hacia la Estación del Metro La Bandera, en cuya entrada había unos bancos. De verdad que quería sentarse un rato antes de iniciar el retorno hasta su casa. Por querer, si de querer se tratara, lo que más hubiera querido habría sido meterse a cualquier taguara y pedir un tercio de cerveza bien fría, y pasar un rato sobándose internamente los moretones morales que le había dejado la despedida de su hija, pero en ese momento concreto de su vida y del saldo de su cuenta en el banco, un tercio de cerveza estaba fuera de posibilidad por su incidencia catastrófica en el presupuesto de comida, no había manera de dejar de pensar en el país vuelto una robadera. ¿Cuándo le habían cercenado el sacrosanto derecho de tomarse una cerveza?

Al llegar a la estación del Metro La Bandera los bancos estaban bastante llenos. Se sentó en un huequito que consiguió para retomar el aliento, pero no se quedó más de lo necesario, pues entre aquel gentío que entraba y salía no le era grato estar consigo mismo, que era lo que él quería.

No quedaba otra, tenía que ir a entrompar con la angustia mortal de meterse al Metro de Caracas aquel jueves a las cuatro y pico de la tarde, ¡cómo se le saca el cuerpo a ese momento!, pero ¿qué más se hace? Agarró y se metió a la estación empezando a pensar que tenía que llegar cuanto antes a su casa, a consolar a sus nietos, sobre todo a Paula, su nieta de ocho años y en tercer grado de primaria,

ja, ¡su especialidad! Él era cuasi Ph D en tercer grado de primaria, pero esta barajita no la tenía y reconocía que esa tarea de llegar a insuflar en sus nietos la seguridad y la confianza suficientes en relación a lo breve que sería esa separación de su madre, para evitar, en la medida de lo posible, la inmensa tristeza que les produjo el hecho de que su mamá se tuviera que haber ido, lo requería en sus mejores condiciones anímicas. Él no podía llegar espichado, pero ¡estaba espichado! Tan espichado estaba que un señor mayor, que podía perfectamente no haberlo hecho, se levantó de su asiento en el vagón lleno de gente para conminarlo a que se sentara. _ Siéntese aquí, señor _ le dijo terminantemente. Él, agradecido, se sentó. No había duda, estaba espichado. Reposó hasta llegar a Plaza Venezuela y bien que lo hizo, pues ahí la cosa se puso fea. El andén en la dirección Propatria estaba tan fulrrepleto de gente que metía miedo. Le molestaba permanecer de pie, lo cansaba y lo mortificaba mucho, y era tan larga la espera que auguraba aquel espectáculo desolador, aquel insulto a la vida de la gente que significaba pasar horas para lograr meterse, con riesgo de muerte por asfixia, en un vagón atestado, simple y sencillamente porque no había trenes y no había trenes porque también el país vuelto una robadera que su hija le había clavado como un par de banderillas se manifestaba en el Metro de Caracas. No era posible escapar del tema, Dios mío, no había manera de escapar al recuerdo de las cosas que su hija le había dicho. Se sintió muy mal, muy constreñido, al constatar que no tenía opciones. No podía decir ¡qué ladilla con este gentío! Me voy a agarrar una camioneta o un autobús para Catia. El efectivo que llevaba en el bolsillo era exactamente el pasaje que debía pagar a la camioneta que lo subía de la Av. Sucre a su casa en Los Frailes.

¿Por qué estaba tan pobre? Esta no era para nada su situación hace tan solo cuatro años. ¿Qué lo había empobrecido tanto y tan rápidamente? Estaba lo suficientemente cansado como para no querer pensar. Jamás salía sin lectura, pero esa vez, por cargar el morral de su hija había dejado el suyo, que es donde cargaba la

novela que estaba leyendo en ese momento. Llegó un tren. Por los pasajeros que se pudieron montar calculó que para poder entrar tendrían que pasar, por lo menos, dos trenes más. Creyó que no podría aguantar una espera tan incómoda y desagradable, que le daría un yeyo o un beriberi, pero no, él era un tipo fuerte al que no le caía ni coquito. Cuarenta y cinco penosos minutos más tarde, tras mucha arrempujadera, se montó por fin en el consabido vagón atestado y, como pudo, se agarró del tubo que está en el centro, apretujándose con otras y otros que lo circundaban opresiva y agobiantemente.

Compresor de humanidades, el Metro también es licuadora de conversaciones y situaciones humanas. El predicador sucede al mendigo en el espacio que les dan los buhoneros de chucherías, con sus llamados de vaya Venezuela, piensa, recapacita, el barrilete de menta dos por mil, lo bueno se repite, sigo por aquí, por la calle del medio, en fin. Desde los asientos azules, a los que le tenía el ojo puesto por si un chance para sentarse, le llegaban los retazos de la conversación entre dos señoras, contemporáneas suyas, en la que de pronto una dice a la otra _ ¡qué va mi amor, yo no me meto en ese pleito, porque ese pleito es más viejo que la manteca “Los Tres Cochinitos”..._

Más vale que no. No era tanto que lo hubieran llamado viejo, que se lo dijeron con todas sus letras, sino que la remembranza de su historia personal se le impuso como una obligación inmediata, como una tarea impostergable, porque, vainas de la vida, esa manteca “Los tres cochinitos” podría tener su misma edad, o quizá más. Él había nacido en Cumaná, el seis de enero de 1949, mes y medio después del Golpe de Estado militar que derrocó al Presidente Constitucional Rómulo Gallegos. No tenía los dos años cumplidos cuando su mamá y él recalaron en la Caracas que se abría a la década de los años cincuenta, afincándose en una casita bastante rancho pero con bastante fondo, por la parte alta de Los Frailes de Catia, que el espíritu de lucha de su madre empezó a construir y no terminó jamás de mejorar desde el primer momento. Siendo un niño de siete,

a lo más ocho años, ya sabía que con el gracioso nombre de esa manteca se le echaba vaina a la junta militar que ejercía el poder en aquella dictadura, porque Pérez Jiménez, Llovera Páez y Suárez Flamerich, los jefes de aquel gomecismo desde que ellos mismos, en noviembre de 1950, se echaran al pico a Carlos Delgado Chalbaud (se acordó de “Sumario” ¡cómo le había gustado!) eran gordos y rechonchos, como los cochinitos de la manteca. Le subió el volumen a su tristeza la instantánea percepción que tuvo de que, casi setenta años después, las semejanzas del presente con la situación política y económica de aquel entonces fuesen tantas y tan dramáticas. Mucho poder militar y poco poder civil. Muy poquitos con muchísimo y muchísimos con muy poquito. Y, fijándose bien, también hoy habría caras y nombres para completar la joda con la dichosa manteca. ¿Tendríamos todavía a los tres cochinitos mandando? En aquel sebucán de brazos y manos que, cual cintas, se trenzaran desde el tubo del centro del vagón, apretado y empujado múltiplemente, aprovechó la salida de pasajeros en Colegio de Ingenieros para desplazarse hacia la barra que le permitía agarrarse frente a los puestos azules, porque la esperanza es lo último que se pierde, y todavía faltaba bastante para llegar a Gato Negro. Un ratico que se pudiera sentar era mucha palabra.

Para histórico que lo buscaran a él, uno de los que, a los seis años, formó parte del río de niños que entraron a la mítica escuela inicial de Fe y Alegría, construida en la planta alta de la casa del señor Abraham Reyes, obrero catiense, y su esposa, la Sra. Patricia, que quedaba en una pendiente de lo que hoy vendría siendo el 23 de Enero. En el mercado su mamá se enteró de una casa que habían cedido para hacer una escuela. Fue a investigar y vio, en la casa indicada, el cartel que decía: “Escuela: Se admiten niños varones”, y para el 15 de marzo de 1955, ya él había entrado al mundo del que jamás volvería a salir: El mundo de la educación. Epifanía luminosa, en aquel aula improvisado que todavía olía al cemento con el que se habían hecho las columnas y pegado los bloques, en ese primer rasgar de la tiza sobre el pizarrón, en esos primeros

trazos mágicos de la mina del lápiz sobre el papel del cuaderno, en esa atmósfera de atención a lo que la maestra está diciendo, tuvo él clara noción de la que sería su vida. Aquello era lo suyo. Cuando en 1972, a sus 23 años, entró como maestro suplente de la sección B del tercer grado de primaria de la Escuela de Fe y Alegría “La Sagrada Familia” en Lídice, tuvo clara conciencia de éxito. De haber llegado a la meta. Eso era lo que él quería ser y eso era lo que estaba siendo: maestro de escuela. Su mamá rezongaba y le recordaba que la profesión que había escogido estaba en los refranes, y si estaba en los refranes era por algo. _ Para decir que alguien se arruinó _ le decía insidiosa _ para decir que alguien está pasando trabajo, que no le alcanza para comer, se dice: “Fulanito está pasando más hambre que un maestro de escuela”, hijo, es así. _ Pero eso a él no le aguló la fiesta. Él no era cualquier maestro de escuela, ni estaba en el magisterio como si fuera un cantamañanas que no supiera que quiere hacer con su vida. Su mamá sabía que, desde hacía mucho, desde 1963 para ser exactos, con catorce años y en tercer año de bachillerato, en el Liceo Andrés Bello, se había metido en las vainas en las que se podría meter cualquiera que se metiera a la Juventud Comunista. Desde esa remota adolescencia, hasta esa frontera con la septuagenariedad, había sido en el mejor, en el más alto sentido de la palabra, una persona de izquierda.

Las puertas del vagón se abrieron en la estación Bellas Artes y le pareció que el tren debía ir morrocoyunamente lento pues había tenido tiempo hasta para detenerse en la memoria exacta de los patios de su querido “Andy Beautiful.”

Seguían sin pararse las adultas mayores, viejas decrepitas esas, que lo habían llamado viejo a él sin siquiera darse cuenta, dándole a la lengua parejo. La verdad es que no se paraba nadie de su puesto y que a él le dolía espantosamente la cintura, la rodilla derecha y los pies. En Capitolio quizá, porque se baja bastante gente, pensó para darse ánimo, y volvió a recapacitar en lo que cambiaba y lo que permanecía. El año 1971 llegó a su memoria como una

bomba de profundidad. Pareciera que el allanamiento de la UCV, la Operación Kanguro, iniciada el 31 de octubre de 1969, por parte del incipiente primer gobierno de Rafael Caldera, hubiera catalizado la cantidad de procesos que venían incubándose. El MAS de Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez se escindía del PCV casi que al mismo tiempo que del MAS se escindía La Causa R de Alfredo Maneiro. Otra disidencia se arrastraba. Él vivía en un tolete de la izquierda que, procediendo de ese mismo padre, el PCV, tenía otra historia. Se había iniciado en abril de 1966 y tenía como base el enfrentamiento a la política de pacificación del movimiento guerrillero del PCV y del MIR. Su líder era Douglas Bravo y del enfrentamiento a la dirección del PCV nace el Partido de la Revolución Venezolana y se preservan las existentes Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, sus gloriosas cuatro letras, las FALN, en alianza con los frentes guerrilleros del MIR que venían de otra familia enteramente distinta.

Él militaba en RUPTURA que pro pa ga , agi ta yor ga ni za, ja ja ja, el frente y que legal de ese poco de guerrilleros de los años sesenta, ja ja ja, se rió para sí mismo, guindado de la barra de aquel vagón lleno de gente, que se atapuzó con la que entró en La Hoyada. Se había incrementado considerablemente el número de contemporáneas. La posibilidad del asiento azul se alejaba. La desesperación por sentarse no hacía sino crecer. Recurrió a sus medicinas más frecuentes: Ajo y agua. Ajo...derse y agua...ntarse.

Para contrarrestar las insidiosas adversidades que lo mortificaban, siguió la traza de ese recuerdo que había tenido la capacidad de hacerlo reír para sus adentros, sintiéndose tan mal como se estaba sintiendo.

Tenía él veintiún años. Era mayor de edad y las cien mil flores de Mao Tsé Tung, que ahora se dice Mao Zé Dong, florecían en Venezuela como una primavera de islitas o de islotes que le hubiera salido a la política venezolana. Él no iba a ponerse filosófico en esas circunstancias, tan apretadas, como para intentar definir qué carajo es ser de

izquierda, pero tenía interés en ver, desde lejos en el tiempo, cuál era la izquierda en ese entonces, cómo era la paila en la que se había cocinado durante tantos años. Eso estaba claramente ligado al reclamo de su hija, quien le recordó decenas de veces que quien le había enseñado a ser de izquierda, a revirar, a protestar era él. ¿Cómo podía ser de otra manera si Paula había nacido en 1976, a sus veintisiete años, en el momento más esplendoroso de su ultrosa ñangarosidad.

Despachada ya la izquierda que venía del PCV, quedaba la izquierda de matriz adeca. Él no se sabía esa historia por haberla leído tanto como por haberla escuchado, por formar parte de sus discusiones. En 1960, bien temprano en el gobierno de Betancourt, desgajándose de la Acción Democrática en la que militaron durante toda la dictadura pérezjimenista, se fundaba el MIR al influjo de la voz tonante de Domingo Alberto Rangel. Él lo vincularía siempre más a la imagen de ese señor de la política que siempre fue Simón Sáez Mérida. Después, en 1962, vino el PRIN de Raúl Ramos Giménez, del que no se acordaba casi, y en diciembre de 1967, cuando la altura moral y espiritual de Luis Beltrán Prieto Figueroa le echó a perder la fiesta a Rómulo Betancourt, con la fundación del MEP, y fue así como Rafael Caldera le pudo ganar las elecciones a Gonzalo Barrios, que si no es por eso Caldera jamás hubiese ganado.

En 1970 le toca al MIR vivir su proceso de mitosis y le nacen a Acción Democrática sus nieticas Organización de Revolucionarios y Bandera Roja, cuyos frentes legales eran la Liga Socialista y los Comités de Luchas Populares respectivamente. Y esa era nada más la lista de los partidos, ahora venían los grupúsculos que salieron por ese tiempo, y no todos, sino los más destacados como los Grupos de Acción Revolucionaria, donde militaba el legendario líder siderúrgico Santos Méndez, 1º de Mayo, donde militaba un pana suyo, Tamanaco de la Torre, y un joven médico especialista en medicina del trabajo y salud pública, Oscar Feo, el EPA, famoso por sus abogados

laborales Fabián Chacón y Edwin Zambrano y por un periodista, pana suyo, que bastantes denuncias le pasó en el noticiero de Radio Rumbos, Aurelio Gil Veroes, el MPDIN, no podía faltar, y los recalcitrantes e intelectualesos de Proceso Político, siempre fanfarroneando de su revista que era más fastidiosa que un paseo en aplanadora con una piña bajo el brazo. Eran más letras que militantes, había que reconocerlo, pero era su espacio, su mundo, su lenguaje, su gramática, su epistemología.

Cuando llegó a Capitolio bajó mucha gente pero se montó todavía mucha más. Consciente cada vez más contundentemente de que no se sentaría, prefirió seguir en la misma tónica de rememorar ese tiempo y esa vivencia de un sueño compartido con aquel gentío que se las arreglaba para ser siempre treinta y tres, con aquella indoblegable vocación de cuatro gatos, pero qué, esa era la izquierda, dividida, múltiple, diversa, con ultrosos y con socialdemócratas, con trotskistas y estalinistas, anarquistas y dirigentistas, vanguardistas, feministas, ambientalistas, indigenistas, o sea, la izquierda. Eso en un país que no tenía derecha, pues adecos y copeyanos, hechos los locos, se hacían pasar por ser de centro. En este país ser de derecha era muy mal visto, era ser franquista, era ser nazi, era ser malo. La derecha se la dejaban, en son de chanza, a Germán Borregales y el MAN salvará a Venezuela, ja, ja, ja. Hasta a Germán Borregales había llegado en su desvarío. Debía ser el hambre. Sopa sola no es almuerzo, dijo para sí, y se afincó de la barra para no desfallecer. A falta de algo más sólido, siguió merendando recuerdos. Aquellos años setentas también fueron los de hacerse maestro de verdad, facilitador del aprendizaje y la comprensión, productor de buenos lectores como base fundamental del resto del proceso educativo. Él tenía elementos para creer que ese momento era a los ocho años y se afincó a estudiar sicopedagogía para sustentar y profundizar en su tesis. No vivía esta pasión en solitario sino que formaba parte de un movimiento y participaba en un momento especialísimo de la educación venezolana. ¡Cuánto Congresillo Pedagógico, carajo! Melvin, Ana María, Armando, Arlenys, Richard,

Jesús, Hernán, ¡Cuántas horas dándole vueltas a unos mesones compaginando “Laboratorio Educativo”, Piaget pa’riba, Vygotsky pa’bajo, Freinet que va, Freire que viene, ¡qué discusiones se trenzaban entre aquellos compañeras y compañeros de lucha por el derecho a una digna educación para todo el pueblo!, ¡cuánta vida, cuánto tiempo, cuánto amor!

Aquel recuerdo le humedeció los ojos, que se secó con sendos movimientos de mangas, rápidos y discretos, justo al llegar a Caño Amarillo. ¿Qué pasó con todo aquello? ¿Dónde quedó? ¿Quedó atrás o sigue pendiente?

Un frenazo intempestivo, justo después de haber arrancado, lo empujó bruscamente hacia adelante y lo hizo trastabillar. Regresó a la verticalidad escuchando los múltiples y airados reclamos a esa conducción del tren que no parecía muy profesional, y no se hicieron esperar los que explicaron que los operarios que sabían el oficio se habían ido a buscar el futuro en otro lado. Era como tener a cada instante la presencia, la constatación incontrovertible del país vuelto una robadera que le había enrostrado su hija, y era más triste todavía porque el tren no arrancaba, detenido como estaba a la salida de la estación Caño Amarillo, y los minutos pasando, cuándo no es pascua es diciembre, comentaba el uno, esto está pasando a cada rato, ayer hizo la misma gracia, respondía otra, ¡ay no! ya hasta el Metro se acabó. Parados, encerrados y sin aire. ¡Este país se lo llevó quien lo trajo!, afirmó con decisión una señora, de muy buen ver a su parecer, ¡Menos mal que allá arriba hay un Dios que pa’bajo ve!, afirmó convencido un contemporáneo que corría con la suerte de estar sentado. Le impactaba particularmente ese crepitar de la indignación colectiva, porque confirmaba de manera incontestable que sí había habido una actitud cerrada a admitir la magnitud del desastre. Era muy obvio que el gobierno no se montaba en el Metro y, al parecer, tampoco tenía quien le dijera cómo estaba la cosa por esos lados. Pero tenía que llegar, no podía faltar, el que sistematizara la experiencia histórica a

su modo particular diciendo con convicción: Va a tener que venir otro 27 de febrero.

Aquella mención del Caracazo lo hizo brincar casi veinte años y de los primeros setentas se fue al último de los ochentas, al fatídico y múltiples veces histórico 1989.

Finales de febrero y principios de marzo. La primera rebelión latinoamericana que, sin tener mucha conciencia de eso, inició el enfrentamiento continental contra el consenso de Washington, contra la dictadura Reagan-Thatcher, contra el neoliberalismo salvaje imperante en esos tiempos. Se sorprendió de reconocer cuánto había cambiado su opinión sobre ese hecho con el tiempo y con la información subsecuentemente recibida. Como si aquel primero de marzo de 1989, tras dos días de plomazón, estando él de recorrida cautelosa por Catia para ubicar a compañeros que no se reportaban, siendo testigo de la plomazón contra las fachadas de los bloques, sin mucha preocupación sobre para dónde rebotaban las balas, en actitud de decir a sus habitantes, ¡salgan pues, si son tan bravos, salgan ahora para que vean!; todavía no hubiera tenido todas las claves para opinar sobre el acontecimiento, como si todavía no le hubiese sido revelado todo lo que luego habría de saberse. ¿Pudo haber sido un hecho provocado? ¿Se instó a una rebelión popular para permitirse luego la posibilidad de aplastarla, de modo de pasar así, íntegro, el paquetazo económico completo? ¿Cómo si no, Venevisión y Radio Caracas, se permitieron transmitir aquellas imágenes incitantes al saqueo? ¿Inocencia de sus dueños?

El gobierno de Carlos Andrés Pérez reconoció poco más de trescientos muertos, el sector “La Peste” del Cementerio General del Sur clamaba tres mil. Las interpretaciones del acontecimiento se multiplicaron, pero a él, lo recuerda muy bien porque para eso tenía cuarenta años de edad, lo que le quedó claro era que había habido un superior que dijo disparen, y que había habido subalternos que habían disparado, que habían jalado los muchos gatillos que tantas muertes produjeron. No hubo ni uno, para la historia, que se rehusara a disparar contra bloques llenos de familias, que

alegara objeción de conciencia, que dijera yo contra mi pueblo no disparo, ¿qué les enseñarían a esos muchachos en la Academia Militar? no hubo ni uno que dijera yo no nació el día de asesinar a mi pueblo. Esa masacre tuvo estrecha relación con la rebelión militar del 4 de febrero de 1992, y eso él lo confirmó mucho después, cuando vio el documental de Carlos Azpúrua sobre esa insurrección, en el que pudo escuchar y ver a Ronald Blanco la Cruz, parado junto a Edgar Hernández Behrens, ambos participantes en el hecho, diciendo que ellos habían salido esa madrugada a quitarse la maldición bolivariana de haber sido los soldados que dispararon contra su propio pueblo en los sucesos de febrero y marzo de 1989. ¡Y cómo dispararon! Picotearon el friso de los techos de los apartamentos de los bloques en El Valle y el 23 de Enero a plomo limpio. ¿Sangre que lava sangre? ¿Era eso el 4 de febrero de 1992? Todavía le sorprendió muchísimo más que el 4 de febrero de 1999, a dos días de haber asumido la Presidencia de la República, en la primera conmemoración de la insurrección que después de haber fracasado militarmente, había triunfado políticamente y lo había llevado a ser Presidente de Venezuela, Hugo Chávez Frías hubiese dicho en el Paseo de Los Próceres aquellas palabras que él recogió textualmente para luego meditarlas: "...y lo primero que me sale del alma en este sitio, así como fue lo primero que me salió del alma el día que visité la Academia Militar de Venezuela, lo primero que me sale de lo más profundo del alma, hermanos, es pedir perdón. Sí, perdón todos; perdón por los dolores; perdón por lo que quedó atrás; perdón por las ausencias; por los hijos, por el alma; pero ustedes saben, en el fondo del fondo, que alguien tenía que hacerlo y nos tocó a nosotros hacerlo, pero sin embargo, perdón." Ese detalle de la historia tenía para él una profunda, confusa y oscura significación. ¿Se podía tener mucho orgullo por algo de lo que se pedía perdón? Era como un asunto pendiente y no resuelto, sobre todo por el hecho que a él lo había atormentado más. En diciembre de 1989, a diez meses de la masacre conocida como El Caracazo, el gobierno masacrador de Carlos Andrés Pérez, a través de la candidatura de Claudio Fermín, ganaba la Alcaldía de

Caracas, la segunda plaza en importancia electoral después de la presidencia de la República. ¿Votó por sus asesinos el pueblo de Caracas, como un año antes, en diciembre de 1988, el pueblo venezolano había votado por una segunda edición de la corrupción carlosandresista? ¿Era esa la conciencia de su pueblo? Otros podían consolarse con frases grandilocuentes pero él recordaba que, para pasar lo amargo del Caracazo, José Luis Rodríguez “El Puma” había puesto de moda ese año la canción de “Baila, baila, al ritmo de San Martín”. Él sería de izquierda, pero no era pendejo. No lo consolaban las frases grandilocuentes. Sin embargo, no quería saldar cuentas con 1989 teniendo este año tanto que ver en su vida de militante revolucionario.

En noviembre de ese año, la caída del muro de Berlín, como ficha inicial de un “efecto dominó” que no finalizaría hasta desmontar de punta a cabo, en un lapso de tres años, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Bastante que él había levantado consignas contra el socialimperialismo soviético, bastante claro que estaba sobre la existencia de una Nomenklatura, de una clase económico-gubernamental que vivía a cuerpo de rey mientras cientos de millones de personas pasaban hambre, frío y miseria; pero lo que le dejó muy confundido y triste fue el fenómeno político que significó, tras el desmoronamiento de la URSS, el surgimiento de una Rusia ferozmente capitalista, que salió por el mundo a recitar su nuevo catecismo: No hay bien ni mal, hay ganancias y pérdidas. Todo es susceptible de ser transformado en mercancía. La vida también. No hay ni amistad ni solidaridad. Hay intereses. En muy poco tiempo apareció el “cuadro” que representaba a cabalidad esa nueva fe: Vladimir Putin. Quien, paradójicamente, venía de ser el máximo jefe de la KGB, la policía política de la URSS. ¿Era ese el “hombre nuevo” que había producido el socialismo soviético a lo largo de más de siete décadas? Había algo en todo aquello que le producía un profundo asco. Tan desilusionado estaba que su militancia se había casi restringido a la educativa, porque él militaba en su trabajo. Eso era lo que le reportaba una sensación de efectividad y éxito crecientes, sobre todo cuando lo visitaban

ex alumnos para enseñarle sus éxitos académicos y agradecerle por haber sido él quien los enseñó no tanto a leer, como a amar la lectura, eso le catapultaba el ánimo a la estratosfera.

El tren arrancó lento y renqueante y, en el relativamente corto tramo hasta la estación de Agua Salud tomó, junto a otros muchos, la decisión de bajarse en esa estación, pues prefería caminar hasta la parada de las camionetas, más cercana de la estación Gato Negro, antes que exponerse a una nueva y recurrente “falla operacional”. Al salir de la estación a la avenida Sucre miró la hora en su celular, casi las seis y media. Entre esperas y fallas, desde La Bandera hasta Agua Salud se había echado dos horas. En su celular tenía un mensaje de texto de su hija en el que le informaba que iban pasando por Guacara y que lo amaba. Aprovechó el brocal de una jardinera que está a la entrada de la estación para sentarse porque no aguantaba el dolor de cintura y quería reponerse antes de iniciar la caminata hasta la parada de Los Frailes. Entreverada con el cansancio sentía una extraña turbulencia espiritual que lo inundaba. Aquella secuencia de recuerdos le había revuelto la sangre y tenía la extraña percepción de que tenía algo que concluir, que él no estaba viviendo esa traumática experiencia de despedida en balde, que se trataba de algo que tenía que aclarar consigo mismo de manera impostergable. Mientras descansaba llamó a Maura, quien debía estar con sus nietos hasta que él llegara como habían acordado. Ésta, con la discreción del caso, le informó que Isabel se había calmado un poco, pero que preguntaba a cada rato cuándo llegaría él, que tanto ella como Javier habían cenado ya y que estaban viendo televisión. Por su parte, él le informó que estaba en Agua Salud por la falla del Metro, que le faltaba para llegar a la parada un buen trecho cuesta arriba caminando, y que no imaginaba de qué tamaño estaría la cola de las camionetas, que le tuviera paciencia. Ella lo tranquilizó, que no se preocupara, que estaban bien, que lo esperaban. Dudó en contestar el mensaje de texto de su hija y decidió que no lo haría sino al llegar a su casa, para darle cumplido informe de su accidentado viaje de regreso y de

cómo había encontrado a sus nietos. Lo contrario no haría sino preocuparla. Se levantó trabajosamente, respiró profundo varias veces para darse ánimo y comenzó a caminar hasta la parada de las camionetas de Los Frailes cuando la última luz de aquel jueves se escapaba por el lejano oeste, cediendo el espacio a esa doble noche que se cernía, la del cielo y la de su corazón.

IV

_ ¿Era mi abuelo? – Discreto, hablando bajito, como quien sabe que había que proteger a la más pequeña porque estaba muy dolida, muy alterada, Javier se acercó a Maura, quien atendió la llamada en la cocina.

_ Sí, viene caminando desde Agua Salud hasta la parada de las camionetas. El tren en el que venía les echó un vainón y se quedó parado saliendo de Caño Amarillo. Cuando por fin llegaron a la estación Agua Salud, se bajaron casi todos porque el tren amenazaba con volver a dejarlos varados.
¿Y tu hermana? _

_ Está en el baño haciendo pipí _

_ Pues voy corriendo a darle una vuelta a mamá y vengo rapidito a servir la cena, para que coma y se acueste porque está rendida. Sé buen hermano mayor y entreténla mientras regreso. Infórmale de lo de tu abuelo y trátamela con dulzura, que tú sabes como está. _

_ Dale tranquila que yo la entretengo _ dijo Javier con voz de estar a tono con las circunstancias y poseído de su papel de hermano mayor, asunto éste que, en los breves instantes que demoró su hermana en salir del baño, le pareció que

tenía una historia a la que tendría que apelar para cumplir a cabalidad su cometido.

_ ¿Y mi madrina, Javier? _ preguntó Isabel Josefina cuando llegó al mesoncito de la computadora donde estaba su hermano.

_ Se fue a darle una vuelta a su mamá y ya viene para servir la cena. El que está fregado es el abuelo que se tuvo que bajar en Agua Salud porque el tren en el que venía se echó a perder en Caño Amarillo y cuando llegaron a Agua Salud, todo el mundo se bajó por miedo a volver a quedarse. A él le toca echar patica hasta la parada de las camionetas. _

Ese fugaz momento de estar solos los hermanos tuvo una magia especial que cada uno de los dos vivió a su manera. Desde la experiencia de sus ocho años, Isabel miraba a su hermano quien, con la vista puesta en la pantalla de la computadora con la que hacía la tarea de Historia que le habían puesto en el liceo, la miraba de cuando en cuando para darle la información que le estaba dando. Isabel lo miraba con la fascinación que siempre le había producido su hermano, desde que tenía memoria y no hacía mucho de eso, y con el temor y la desconfianza de que no fuera lo suficientemente mayor para la circunstancia que les había tocado vivir: La partida de su mamá a Guayaquil.

Por su parte, Javier se confrontaba con el reto que la vida le había puesto. ¿Qué era eso de ser mayor más allá de estar pendiente de las toronjitas que le estaban creciendo en el pecho a Jeniffer Margarita, su compañera y amiga fuerte del salón de clase? ¿Qué era eso de dejar de ser un niño más allá de los pelitos en las axilas y los genitales, los barros y las espinillas? Ahí estaba su hermana mirándolo, ¿qué haría?

_ ¿Quieres que leamos juntos “Yo también”? _

_ ¡Sí! _ respondió Isabel entusiasmada, con la primera sonrisa en el rostro desde que su mamá se fuera. _ Yo lo

busco que está en mi closecito _ dijo voluntariosa y animada, y salió corriendo al cuarto.

Mientras su hermana fue a buscar el libro, él revivió en su memoria el inmenso orgullo que, cuando tenía cinco años de edad, le producía cargar a su hermanita recién nacida. Eso era lo máximo. La cargaba en sus bracitos y se quedaba quieto, mirándola, con una intensa emoción de que aquel bojotico rosado, envuelto en su cobijita, era su hermanita Isabel Josefina, y el abuelo felicitándolo por cuidar a su hermanita y cargarla con cariño. Eso duró como hasta los dos años de Isabel y los siete de él. A partir de ese momento, el conflicto y la peleadera era en pan del día, porque Isabel agarraba sus cosas, le desbarataba las naves espaciales que construía con los Lego que por Navidad le regalaba su mamá, le rayaba sus cuadernos, se metía con él para provocar la reyerta, salir llorando donde su mamá y escuchar siempre, siempre, pero siempre, siempre, la misma cantaleta: Javier ¡no trates mal a tu hermanita y juega con ella! Así se estuvo la cosa hasta que, teniendo su hermana tres años y él ocho para nueve, el abuelo vino un día con un regalo para los dos. Era extraño porque todavía no era Navidad. Se sentó con su hermanita y con él, uno a cada lado, y sacó de su morral un libro que les presentó diciendo vean niños, aquí está su historia. El libro se titulaba “Yo también” y lo había escrito Susan Winter. Con muy poquito texto e ilustrado con hermosos y comiquísimos dibujos, el libro narraba la historia de una niña y un niño, que eran hermanos como ellos y que se llevan entre ellos una diferencia de edad muy parecida. Más o menos cinco años. El niño era, como él, muy activo, hacía muchas cosas, jugaba, se divertía y su hermanita, a pesar de que no podía hacer las cosas que hacía su hermanito con la misma solvencia, reivindicaba en cada situación que a ella también le gustaba hacer las cosas que hacía su hermanito y jugar y divertirse igual que él, en fin. El libro terminaba con la constatación de que los hermanitos se necesitaban mutuamente, dicho de una manera muy sencilla y tierna que llegaba directo al corazón. El abuelo terminó diciéndoles a los dos que ese libro era para que aprendieran a compartir y

de ahí en adelante eran frecuentes las ocasiones en las que Javier se sentaba con Isabel a leerle el libro que ella se aprendió de memoria, porque no sabía leer pues era muy chiquita, y él hacía de hermano mayor que se lo leía. En eso llegó su hermana con el libro.

_ Aquí está Javier. Ven al sofá para que podamos sentarnos juntos _ le dijo Isabel ansiosamente y él, obediente, se sentó en el sofá junto a su hermana.

_ Esta vez me lo lees tú a mí _ le dijo su hermano, y siguió _ porque ahora tu sí sabes leer igual que yo... _

_ Okey _ contestó Isabel, y continuó con voz clara y pausada _ Yo también. Susan Winter. Ediciones Ekaré..._

Cuando Maura regresó los encontró sentados en el sofá, Javier tenía su brazo por sobre los hombros de su hermana, teniéndola como recostada contra su cuerpo, Isabel, sosteniendo el libro y leyendo para su hermano, estaba tan concentrada que ni se dio cuenta de que su madrina había llegado.

_ Así me gusta ver a los hermanos _ dijo, para anunciar su presencia.

Isabel voleó a verla diciéndole alborozada _ Estoy leyéndole "Yo También" a Javier _

_ Muy bien me parece _ le contestó su madrina añadiendo _ pero lo tienen que dejar para después de cenar, porque yo tengo que pasar un momento donde el señor Bautista a dejarle la plata de la bombona, así que ¡a lavarse las manos! _

Cuando Isabel entro al baño a lavarse las manos, Maura, dirigiéndose a Javier, le dio la palma y chocó puños con él diciéndole efusivamente, pero en voz baja

_ ¡Eso es ser el hermano mayor y lo demás son pendejadas!_

Javier se sintió muy orgulloso.

V

Roseliano atravesó la avenida Sucre para colocase en la acera norte de la misma, y arrancó su caminata mirando al mítico 23 de Enero, en cuyos bloques y vericuetos se había levantado como militante. ¿Cuántas veces habría gritado “¡Fuera la Guardia del 23 de Enero!”? Una vez más, a pesar del malestar general que sentía, una sonrisa se esbozó en su rostro. ¡Qué tiempos!

Tenía gran orgullo de su vida porque, en el medio de su sencillez, era una profunda fuente de felicidad. Ese 23 de Enero que contemplaba al caminar había sido el taller en el que se había construido como persona, el lugar en el que había cristalizado como proyecto de vida, en el que había experimentado el tránsito de una fogosa y entusiasta juventud a una adultez de maestro de escuela responsable y eficaz. Fue allí donde, con veinticuatro años, conoció a Josefina del Carmen Monsalve Marquina. ¿Sería andina por casualidad, con ese par de apellidos? Desde su natal Bailadores, había llegado con sus padres a Caracas siendo una niña de pecho, en los comienzos de los años cincuenta. Sus vidas se encontraron un sábado por la tarde del mes de abril de 1973. El Frente Cultural Fabricio Ojeda, que era el

organismo de activación política al que pertenecía, tenía un acto en la cancha del Bloque 30 en el que estaba previsto un baile del sebucán a cargo de los niños y niñas que, desde los diferentes bloques del sector, se habían incorporado a sus iniciativas de recuperación del acervo cultural nacional. Bailando el sebucán con los chamos se enfrentaba al imperialismo colonizador de la televisión. Después vendría su intervención que consistiría en interpretar, con su cuatro, tres canciones del reciente disco Lo primero de Alí Primera. En aquellos días, el hoy reconocido por todos como el Padre Cantautor, no tenía cabida en los medios de comunicación social y para darlo a conocer había que cantarlo y cantarlo por donde uno se metiera. Había preparado lo más concienzudamente que había podido “Perdóneme Tío Juan”, “Vamos gente de mi tierra” y “Madre déjame luchar”. Finalizarían con la proyección de un audiovisual.

El acto estaba quedando de lo mejor. Niñas y niños habían entusiasmado al público con su hermoso sebucán. Él estaba muy contento porque su interpretación de “Perdóneme Tío Juan” había conseguido crear una atmósfera de atención y reflexión en el público de familiares de los niños que habían actuado en el baile, se había consolidado un auditorio al que le resultaban, al mismo tiempo, nuevos y familiares aquellos acordes sin lija, sin modulaciones, sin adornos, por medio de los cuales lanzaba, más que versos, consignas: ¡Vamos gente de mi tierra, luchemos, luchemos por un mundo mejooooor...! Entonces se percató de que lo estaban mirando desde el escondimiento de unos ojos negros, de buena mujer, que le humedecieron el aire y el alma como si fuera garúa fina entre la niebla que estuviera metiéndose desde la cuenca del Tacagua. Altiya y morena, de largo pelo negro recogido en trenzas, como decía él, y crinejas, como decía ella, al lado de aquel cura de sotana negra que a la postre terminaría casándolos, el Padre Díaz Guillén, estaba Josefina detenida, inmóvil, en aquella cancha por la que pasaba tras dejar instalado en aquel bloque un Presidium de la Legión de María, escuchándolo como si no hubiera nadie más en aquel espacio sino ellos dos. Sabiéndola cautiva de

su magia, no esperó casi nada para empezar, desgarradamente, “Madre, déjame luchar”. Lo demás es historia, como dice el comentarista deportivo. Lo demás fue su vida, toda la felicidad de su vida. Aquella mujer, con la que se casó en diciembre de 1974, fue el contrapunto que le dio armonía a su existencia. Él oriental, ella andina. Él militante de Ruptura, ella de la Legión de María. No se podría decir que lo mandara pero, no sabía cómo, se las arreglaba para salirse siempre con la suya, cosa que a él, a la larga, le gustaba que pasara. Entre otras muchas conquistas sobre sus extremismos, y con la asertividad que no tuvo su madre, le hizo ver la necesidad de darle a su vida de educador el soporte económico que le podía dar un trabajo que sacara partido de su habilidad y minuciosidad de orfebre, y que pudiera ser realizado por cuenta propia, en su casa y en el tiempo que dispusiera para ello. Fue así como hizo el curso y se graduó de mecánico dental. Con el apoyo de un tío de ella que también lo era, fue poco a poco dándose a conocer y recibiendo trabajos en el taller que habilitó en su casa para tal fin, de modo que con el tiempo estableció una rutina que, sin agobiarlo, le fue proveyendo de la capacidad económica para la ampliación y consolidación de la casa materna a la que, en 1976, llegó Paula Josefina de la maternidad Concepción Palacios.

También militó en una paternidad, más que responsable aunque también por supuesto, divertida y creativa. Era padre pero además, y en muchos casos principalmente, amigo de su hija. ¡Compinche! habría gritado Josefina, su madre, que siempre estuvo celosa de la complicidad de ambos. Volvió a sonreír de pura nostalgia, mientras avanzaba por la avenida que le da nombre a la parroquia. Había sido un tipo muy feliz. Sin bienes de fortuna distintos a la casa que heredó de su madre y que hoy tenía dos pisos con platabanda, patio cubierto y fondo, además, para tener matas, en esa casa que construyó poco a poco, nunca faltó nada y Paula Josefina se levantó con la holgura de hija única, pues Josefina quedó impedida de volver a dar a luz. A lo largo de su primaria y bachillerato hizo deporte, concretamente fue del equipo de volley-ball del Instituto

Técnico Jesús Obrero, donde estudió y se graduó y, desde sexto grado, inició su formación musical en el Sistema Nacional de Orquestas Juveniles e Infantiles. Tuvo una hermosísima infancia y juventud, y él disfrutó enormemente de ese tiempo, de ese especialísimo proceso de formación que esa hija suya representaba para el educador que él era. Fue entonces cuando lo hizo consciente, cuando lo internalizó como se internaliza una puñalada. Su hija se había ido a las orillas del océano Pacífico, más allá de la cordillera de Los Andes, a casi tres mil kilómetros de distancia. Tuvo que orillarse para no interrumpir el paso de los viandantes por la acera, y aprovechó el quicio de la reja de un negocio para sentarse un momento, en esa misericordia de espacio, porque estaba llorando y no quería dar espectáculo. Incómodamente sentado, con los codos sobre sus rodillas, sosteniendo y ocultando el rostro con las manos, Roseliano García aceptó humildemente que un ataque de llanto lo había derrotado, que estaba llorando porque la niña de sus ojos se había ido, él la había acompañado al terminal, pero solo ahora se estaba dando cuenta de lo que había pasado.

¿Diez minutos estaría? Quizás. Se secó los ojos y se sonó la nariz con el pañuelo. ¿Qué vaina era esa? Tenía que apurarse para llegar a la casa cuanto antes, pero sabía que no podía llegar más tembloroso que gelatina en parihuela, como diría la madrina. Sacudió los hombros y los echó hacia atrás, buscando respirar lo más profundo posible y siguió la caminata hacia la parada de las camionetas para Los Frailes.

_ ¿Dónde te atropellaron “Cumaná”? _ era Víctor, siempre jodiendo. Iba para su casa en los bloques que están detrás de la Estación Agua Salud y se habían cruzado. Él no lo había visto, pero Víctor se le plantó de frente y casi lo choca. _ Yo sé que estás decrepito, viejito, pero parece que te hubiera pisado un camión de ida y vuelta _ . Lo llamaba “Cumaná” desde los años del gobierno municipal de Aristóbulo. Víctor trabajaba en la Corporación de Servicios Municipales y él, desde el eje temático referido a la

educación, impulsaba el Gobierno Parroquial de Sucre, pero en ese tiempo eran equipo político en la conducción del trabajo y las funciones de la Alcaldía del Municipio Libertador, el mayor reto político que ambos habían asumido en lo que llevaban de vida: El gobierno de Caracas. Y más bravo todavía: El gobierno de Catia. Se tenían desde ese entonces una hermosa amistad forjada en la fragua del impulso de un sueño compartido.

_ ¿Qué te pasa “Chivo loco”, tú crees que estás muy bonito?
_ le contestó, riéndose y dándole un abrazo. _ En serio “Cumaná”, me asustaste. Te vi pálido, encorvado y tembleque. Vas a tener que buscarte un bastón _ le dijo Víctor medio en broma medio en serio. _ Será para pegártelo por las costillas, grandísimo carajo ja ja _ le dijo desafiante _ qué bastón ni que bastón. Ahora es cuando, “Chivo loco”, ahora es cuando _ Se preguntaron y contestaron mutuamente las vainas de siempre, que si cómo ves la vaina, que si patatín, que si patatán, todo muy bien hasta que Víctor, quien la conocía desde los tiempos del Gobierno Parroquial, o sea desde 1993, viene y le pregunta _ Mira “Cumaná”, y ¿qué es de tu hija, qué es de Paula? _ Agarró discretamente a Víctor por el antebrazo de éste, quedando en evidencia que se estaba sosteniendo para contestarle _ Vengo de despedirla en el terminal de La Bandera, Víctor, se fue hoy para San Antonio del Táchira con destino a Guayaquil. _ La suya no era una amistad de forma sino de fondo, y surgió un silencio a las palabras de él que Víctor no interrumpió. Se quedaron unos segundos así, él afirmado en el antebrazo de su amigo para no caerse del golpe de tristeza que le significaba tener, como información sobre su hija, que ésta se había ido a Ecuador, a continuar allí el proyecto de vida que en su país, en su patria, le estaba negado. Víctor por su parte, tras un buen rato callado, solo atinó a decir _ ¡Qué vaina, viejo, con razón estás tan escachapado. No es para menos, y te voy a decir una cosa, “Cumaná”, y no por ti, porque eres su padre. A esa muchacha yo la conozco desde que era una carajita de 17 años, chequeando las canchas que la Corporación de Servicios Municipales entregaba, tras repararlas, a las

comunidades educativas de escuelas y liceos. Esa chama es tremenda mujer y yo respeto totalmente su decisión. _ _ Gracias “Chivo”. De corazón que agradezco tus palabras, hermano, me hacían mucha falta. _ le dijo a Víctor, y era verdad. Se despidieron afectuosamente y él, reanimado, continuó caminando hacia la parada de las camionetas de Los Frailes pensando en lo injusta que había sido la historia con ese gobierno en el que su amigo Víctor y él habían participado. Aquella sí que había sido una manifestación de conciencia del pueblo de Caracas.

El 4 de febrero de 1992, la insurrección de un importante contingente de la juventud militar que fue derrotada militarmente en menos de 24 horas, tuvo la virtud de producir un llamado a la rendición de las armas, a cargo del entonces Teniente Coronel Hugo Chávez Frías, que con la inclusión de dos humildes palabras, “por ahora”, se transformó en la más sólida esperanza que el pueblo venezolano había abrigado desde la decepción causada por la sociedad de cómplices en que había terminado el Pacto de Punto Fijo. Y en la tarde de ese día, con su intervención en la Sesión Extraordinaria del Congreso Nacional convocada para condenar el Golpe y aprobar el Decreto de Suspensión de las Garantías Constitucionales, el entonces Diputado Aristóbulo Istúriz cambió significativamente el curso de su vida. Diez meses más tarde, el primer domingo de diciembre de 1992, contraviniendo los pronósticos de todas las encuestas, en forma terminante y contundente, el pueblo de Caracas, haciéndole jaque al Palacio de Miraflores, desde donde todavía despachaba Carlos Andrés Pérez, llevó a un casi desconocido maestro de escuela, al más antisistema de todos los candidatos que se presentaron, a Aristóbulo Istúriz, a la Alcaldía de Caracas. Por delante de Claudio Fermín y la mítica maquinaria electoral de Acción Democrática, por delante de Luis Rizek y la también temible maquinaria electoral copeyana, por delante de Teodoro Petkoff y la maquinaria electoral del MAS, un grupúsculo sin recursos ni maquinaria, La Causa R, apoyado exclusivamente en el hecho de haber insurgido ese día, el 4 de febrero de 1992, contra el consenso de la

sociedad de cómplices que condenaba esa rebelión militar mediante el discurso que pronunció Aristóbulo, se alzaba con la segunda plaza en importancia electoral de Venezuela: La Alcaldía de Caracas. ¡Ese sí que era un pueblo consciente, carajo! Aristóbulo contestó con sinceridad a su astucia y declaró: “Yo sé que tan solo he sido un pretexto...”

Él se dedicó en alma y vida a ese gobierno municipal que tenía la tarea de enseñarle, no solo al pueblo de Caracas, sino a toda Venezuela, cómo gobernaba la izquierda, ¡na guará! Ese tema lo amargaba mucho. Él nunca pudo entender por qué, después de tres años de movilización y organización popular sin precedentes en todos los órdenes, después de centenares de asambleas de rendición de cuentas y presentación de informes de gestión en todas las parroquias, después de haber generado la administración más honesta y transparente y el equipo de trabajo más eficiente y consustanciado con los movimientos sociales organizados de la ciudad, ¡dígalos ahí, Julio Montes!, después de un legado legislativo tan avanzado como la Ordenanza Municipal de los Gobiernos Parroquiales, el mayor nivel de poder del movimiento popular caraqueño en toda su historia, en esas elecciones municipales de diciembre de 1995, en el momento en el que la gestión del “gobierno de la gente” tenía que ser confirmada porque le había demostrado a los venezolanos que se podía gobernar sin robar, que la izquierda había gobernado sin robar, y que había sido la mejor experiencia de gobierno que había tenido Caracas, cosa esta que reconocían hasta los adversarios, lo que recibió del entonces dubitativo candidato presidencial, o líder guerrillero, Hugo Chávez Frías, fue la condena mortal: “Por ahora, por ninguno”.

Sometida esa elección de diciembre de 1995, en Caracas, la plaza fuerte del chavismo, a esa consigna, la abstención electoral fue del 85%, y Antonio Ledezma agarró su alcaldía de consolación que le regaló, con lacito y todo, la consigna de “Por ahora, por ninguno”. Él le había puesto demasiado corazón a esos tres años como para merecer esa

consideración. Su hija Paula nunca supo que, desde ese momento, él le tuvo siempre, toda la vida, un paso de distancia político al que después sería el Comandante Supremo de la Revolución Bolivariana, Hugo Chávez Frías. Chávez sería lo que fuera, pero la consigna de diciembre de 1995 “por ahora, por ninguno” había resultado ser, objetivamente, una consigna antipopular y reaccionaria que frustró y debilitó a la izquierda. Su fruto fue totalmente contrario a los intereses del pueblo de Caracas: La alcaldía de Caracas para el delfín de Carlos Andrés Pérez, Antonio Ledezma, y con la derogación inmediata de la Ordenanza Municipal de los Gobiernos Parroquiales, el primer acto legislativo de su gestión, comenzó el desmadejamiento y la destrucción de todo lo que se había tejido y construido con aquel gentío de izquierda que hizo posible al gobierno de la gente.

Llegó a la parada a las siete y diez de la noche. En la caminata y el encuentro con Víctor se había echado menos de cuarenta minutos. No lo impresionó tanto lo largo de aquella fila de gente como su desesperación. Ocupó su lugar y empezó a escuchar los comentarios.

_ Están esperando que se hagan las ocho para sacarnos los ojos, tu vas a ver. _ _ No, lo que pasa es que no llegan a la avenida porque la gente se va en grupos calle arriba para agarrar la camioneta cuando viene bajando y negociar la carrera. _ _ Quedan trabajando en la ruta tres choferes para todo el barrio, porque la mayoría de las camionetas están paradas por falta de cauchos, batería o repuestos, y por eso los pocos que quedan se aprovechan para hacer lo que les dé la gana, eso es lo que pasa.

Algún tiempo antes, en una situación semejante, él hubiera aprovechado la coyuntura para decir algo, para proponer una reunión, una asamblea, una acción mancomunada que le pusiera coto a los desmanes de la línea de camionetas que prestaba el servicio de transporte público en el barrio, pero permaneció callado no porque “en los nidos de antaño no hubiera pájaros hogaño”, como diría Don Quijote, sino

porque “no estaba el horno para bollos”, como diría su madre. Él estaba muy pero que muy mal para proponerle nada a nadie. Pasó media hora y no llegó camioneta alguna, al tiempo que, efectivamente, pudo observar que mucha gente subía a pie por la calle principal que comunica al barrio con la avenida. Se convenció de que prefería caminar a esperar de pie. Llamó a Maura de nuevo, le informó donde estaba y que había decidido subir caminando. Que no aguantaba más una cola sin sentido, que por favor lo esperara, que disculpara. _Tranquilo señor Roseliano, ¡qué vaina con esas camionetas!, véngase piano piano que esa subida es muy fuerte. _ le dijo Maura.

Era en verdad una caminata cuesta arriba larga, constante y empinada. Él había hecho ese trayecto muchas veces, por alguna contingencia o por probarse a sí mismo que estaba en perfectas condiciones, pero aquella noche no estaba para caminar más. Estaba agotado física y espiritualmente. Estaba espichado desde que entró al Metro en La Bandera, ¡cómo estaría ahora después de tres horas de plantón y caminata! Estaba reventado, esa era la palabra, y tenía que empujar pa'riba sin muchas consideraciones porque mientras más tarde era peor. Se sobrepuso, en el mejor sentido espiritual de la palabra, y arrancó a caminar cerro arriba, porque eso eran Los Frailes de Catia, las faldas del cerro Ávila que hoy llaman Waraira Repano.

Al poco rato de iniciar la subida tuvo una contundente lección sobre lo que es el neoliberalismo salvaje y cómo opera en la práctica real de los hechos. Una de las camionetas de la línea estaba orillada mientras era literalmente asaltada por un grupo de vecinos que, de esa manera, estaban privatizando el servicio de transporte público del barrio al aceptar que el chofer cobrara por cada pasajero el doble de la tarifa que estaba en vigencia. Quien podía pagar, lo pagaba, y quien no, que caminara, como él. Constató con indignación que el dinero que cargaba en el bolsillo no habría sido suficiente para pagar su pasaje porque atrás habían quedado los tiempos en que el barrio tenía un servicio de transporte público con el valor del

pasaje establecido, con parada, con ruta, con horario. Ahora estaban a merced de la voluntad del chofer que estuviera trabajando y la Dirección de Transporte de la Alcaldía del Municipio Libertador, tranquiliza, como si la fiscalización de las concesiones de ruta no fuera de su incumbencia. Eso era la desregulación total del marco legal. El más ansiado sueño capitalista realizado a plenitud en el corazón de la revolución bolivariana y el socialismo del siglo XXI. Quiso maldecir pero se contuvo. Tenía que administrar el escaso aliento que le quedaba para llegar a su casa y faltaba todavía lo peor de aquella cuesta.

Pero podía pensar, tenía que pensar, estaba obligado a pensar porque todo lo que le estaba pasando, ese calvario de desventuras que se inició cuando acompañó a su hija al terminal de La Bandera porque se iba al Ecuador, y que no había terminado porque parecía que fuera imposible llegar a su casa para echarse a llorar tranquilamente y ya está, le exigía no solo pensar, sino lo que es mucho más difícil, le exigía llegar a una conclusión. ¿Cuándo y por qué se había ido todo a la mierda? ¿Cuándo se había podrido el corazón de aquella revolución por la que había luchado toda su vida? Él había vivido la magnífica experiencia de llegar al medio cupón, de cumplir cincuenta años aquel seis de enero de 1999, cuando todavía se celebraba la sólida victoria electoral del seis de diciembre de 1998, y se dudaba si menos de un mes más tarde, el 2 de febrero de 1999, se realizaría la transmisión de mando del entonces presidente, Rafael Caldera, para Hugo Chávez.

1998 se inscribía en su memoria como el más insólito de los años que había vivido, políticamente hablando. Aquella campaña electoral presidencial descuajaringó el sistema político venezolano porque bullía en el pueblo la posibilidad cierta de poder salir de la asfixiante corrupción en que la sociedad de cómplices, AD y COPEI, había derivado como sistema en sus últimas décadas.

Él se enfrentó a quienes acusaban a Chávez de resucitar el fantasma del populismo con el argumento de que era el

único candidato que ubicaba la causa de los problemas del país en un acuerdo político, el Pacto de Punto Fijo, que se basaba en una Constitución Nacional, la de 1961, y que la llave para abrir la puerta a un futuro de libertad y justicia era una refundación de la República, un proceso constituyente, una nueva Constitución Nacional que empezara por reflejar como tal a una sociedad, a una nación que era multiétnica, que tenía cuarenta y dos pueblos indígenas ignorados, invisibilizados y excluidos, que tenía una múltiple negritud preterida, relegada y también excluida, y una criollidad desestructurada, en la que lo blanco trataba desesperadamente de olvidar a su madre negra, a su madre india, para así salir del atraso, como lo enseñó el Presidente José Antonio Páez trayendo a los alemanes de la Colonia Tovar (aunque después los abandonara a su suerte) para mejorar la raza. Y que además era pluricultural, esto es una sociedad en la que convivían, aplastadas por la cultura occidental, otras formas de aproximarse a la vida, a la naturaleza a la sobrevivencia. Planteaba que ese era el paso fundamental para derrotar a la corrupción metastásica que nos agobiaba como sociedad, para enfrentar a la pobreza y la desigualdad.

Eso no era populismo. Eso era ir a la médula del problema nacional, según su criterio de educador formado, trajinado y estudiado. Por eso le fascinó lo que le ocurrió al “sistema”, al orden establecido, al “establishment” para decirlo con palabras domingueras. Ese arremolinamiento desesperado alrededor de la candidatura del empresario y ex gobernador de Carabobo Henrique Salas Römer, que llevó a AD a expulsar del partido, una semana antes de las elecciones, al candidato que había postulado cinco meses antes, el otrora todopoderoso caudillo Luis Alfaro Uceró. Se acordaba de aquella fotografía inverosímil en la que aquel anciano buscaba inútilmente abrir la puerta trasera de su oficina en el Comité Ejecutivo Nacional de AD. Y ni qué decir de los crespos hechos con los que se quedó Miss Universo, Irene Sáez, cuando el partido COPEI, que la rayó con su apoyo, porque le quitó el aire antipartido que le ganara tantas voluntades, la volvió a rayar con su abandono para irse a

sumar al cambote que, alrededor de la candidatura de Henrique Salas Römer, pretendía detener el avance indetenible de Chávez en el alma del pueblo.

Por eso, aquella victoria del 6 de diciembre de 1998 tenía para él un contenido inconfundible de victoria sobre la oligarquía. De unas elecciones en las que los candidatos Hugo Chávez y Henrique Salas representaron, emblemáticamente, a los intereses del pueblo y los de la oligarquía. No había quien se le parara delante para objetar esa realidad tan contundente. Por eso casi todo el magisterio de Fe y Alegría, sus compañeras y compañeros, estaba con Chávez. Porque ellos tenían décadas educando del pueblo, a los más pobres. Y lo que siguió no podía defraudarlos. Empezó a cumplir su programa electoral en la tarde del día en que le fue traspasada la presidencia, firmando la convocatoria a Referendo Consultivo sobre si se quería o no, Asamblea Nacional Constituyente. Por primera vez, aquel 25 de abril de 1999, se nos preguntaba sobre qué y no sobre quién, sobre algo y no sobre alguien. Y sí quisimos refundar la República mediante una Asamblea Nacional Constituyente, tres meses después, el 25 de julio, la elegimos. Bien diversa, bien polícroma, y bien representativa no solo de los estados federales, de los diferentes pueblos indígenas, de los distintos sectores sociales y económicos, sino de diversas posiciones políticas, con su Allan Randolph Brewer Carías y su Aristóbulo Istúriz, con su Elio Gómez Grillo y su Antonia Muñoz, con su Ángela Zago y su Vladimir Villegas, con su Claudio Fermín y su José León Tapia, con su Freddy Gutiérrez y su Virgilio Ávila Vivas, en fin. Nadie podría decir que la pluralidad del país no estuviese expresada.

Y de aquella histórica y biodiversa Asamblea Nacional Constituyente, decidida en Referendo Consultivo por el pueblo, y no por una puntada de culo de un presidente, salió la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, aprobada también en Referendo Consultivo el 15 de diciembre de 1999. Esa Constitución nacional, llamada Bolivariana, tuvo para él una significación crucial, pues él

había estado desde siempre involucrado en los debates que estaban implícitos en ella. Al invocar a los poderes creadores del pueblo, se convocaba la presencia de uno de nuestros más altos poetas, Aquiles Nazoa, por cuya memoria bastante que había luchado a lo largo de toda su militancia. Desde ese detalle, poético podría decirse, pasando por la multiétnicidad y la pluriculturalidad, pasando por el enfrentamiento al colonialismo que está expresado en el reconocimiento, ¡al fin!, de los pueblos indígenas y de los territorios en los que se desarrolla y se hace posible su existencia, el primer rayo de luz y de esperanza en más de quinientos años de horror y oscuridad, pasando por el tema referido a que el salario debe cubrir las necesidades básicas materiales, sociales e intelectuales, para el trabajador y su familia, hasta el paroxismo del poder popular que está expresado en la disposición que garantiza que en cualquier momento, ante cualquier circunstancia, el pueblo decide lo que hay que hacer mediante Referendo Consultivo, en todo eso había estado él, desde mucho tiempo atrás, desde muchas luchas anteriores, desde numerosas derrotas, por qué no decirlo, enfrentando a contracorriente aquella anomia, si no en soledad, en flagrante minoría, cuando mucha “corriente de opinión”, cuando mucho pichón de Fukuyama, se lamentaba de que Bolívar hubiese sido el Libertador, y no el Alcalde de San Mateo, porque así seguiríamos siendo España, no nos hubiéramos independizado nunca, esa tremenda pendejada, no tendríamos Cédula sino DNI y no necesitaríamos visa para entrar a los Estados Unidos. Por eso, por reivindicar y afirmar las nociones de libertad, justicia, independencia y soberanía, el proyecto de país que estaba en ese librito azul, sin decir la palabra socialismo, era la Revolución que había ocurrido en su tránsito vital, y eso era mucha palabra, demasiada palabra.

Además, otro elemento que se desarrollaba en el ámbito de las condiciones de vida, en el ámbito de los problemas cotidianos más graves que confrontaba la gente, lo confirmó en la sensación de que las cosas estaban cambiando. Por el mes de agosto de 1999, lo convocaron a la conformación de

la Mesa Técnica de Agua de Los Frailes, pues para enfrentar las crecientes y recurrentes fallas en el servicio, se quería organizar a la comunidad en torno al proyecto de recuperar el sistema que captaba el agua que venía del cerro, recuperar el viejo tanque de antaño y, como decían aquellos trabajadores de Hidrocapital, a la que la gente llamaba frecuentemente Hidrocriminal, transformar al problema del agua en un motor de organización de la comunidad en relación a sus problemas. Eso le sonaba familiar, eso es lo que habían hecho ellos durante el gobierno municipal de Aristóbulo quien era el que, por primera vez, había planteado durante su gestión la propuesta de las Mesas Técnicas de Agua. Se metió de corazón en la suya y para octubre de ese año ya andaba emparrandado en la conformación del Consejo Comunitario de Agua de Sucre, con todas las mesas técnicas que se habían conformado en la parroquia. Movilización y organización del pueblo, enfrentamiento colectivo y autogestionario de los problemas comunitarios. Eso era lo suyo, esa era su vida. Ese era su gobierno.

El torbellino que siguió superó con creces la más febril y desbordada fantasía que él hubiera podido imaginar. La relegitimación de poderes ante la nueva Constitución Nacional, las mega elecciones del 30 de julio de 2000, en las que se elegía presidente, gobernadores, alcaldes, concejales, juntas parroquiales y diputados a la Asamblea Nacional, con tanto contenido polémico y contradictorio. La confrontación de Chávez Frías y Arias Cárdenas, con toda la cola que arrastraba esa división de lo que representaba el 4 de febrero de 1992, en fin. La sólida victoria de Chávez por más de doce puntos porcentuales de diferencia, la fuerte presencia de la oposición a Chávez que significaban las gobernaciones de Amazonas, Apure y Monagas para AD, Miranda para Copei y Zulia para Un Nuevo Tiempo. E inmediatamente, tras el proceso electoral, el inicio de aquel primer gobierno de la, recién nacida, República Bolivariana de Venezuela. A fines del 2001 se da una avanzada en el plano legislativo: La Ley de Tierras. Contra el latifundio, contra su injusticia y contra su improductividad, contra ese

nefasto fruto suyo que es el éxodo del campo a la ciudad y el abandono de la producción agrícola. La Ley de Hidrocarburos. Para impedir que se siguieran llevando el petróleo dejando tan solo “miseria, sudor y obreros”, como lo había denunciado hacía ya tantos años su querido Alí Primera. ¿Cómo no entusiasmarse? ¿Cómo no gritar ¡al fin!/? ¿Cómo no sentirse realizado si esas leyes eran la condición sine qua non de cualquier proceso que pretendiera cambiar la realidad venezolana en el sentido de la justicia y la igualdad? ¿Cómo no reconocerse políticamente en esos esfuerzos legislativos? Al poco tiempo, la respuesta a esa conducta política asumida por el Presidente Chávez, de parte del gobierno de los Estados Unidos, fue la réplica de la ejecutada hacia el Gobierno de Jacobo Árbenz y su intento de Reforma Agraria en la Guatemala de 1954. La conspiración hacia el Golpe de Estado para derrocar al gobierno bolivariano. ¿Cómo no brincar y saltar de la alegría, de la satisfacción por que la realidad, lo que estaba pasando ante sus ojos, confirmara de un modo tan contundente todos sus estereotipos? Si el gobierno de los Estados Unidos, su paradigma de dominación, de colonialismo, de imperialismo, su paradigma del mal, carajo, o si no qué es, qué ha sido ese gobierno para los intereses de los pueblos latinoamericanos, estaba montado en el derrocamiento de Chávez, era porque éste representaba la revolución que ellos no podían consentir en el país que había sido su principal proveedor de petróleo, y en el corazón de lo que siempre consideraron como su “patio trasero”? Para alguien con su historia ¿era posible otra reacción? Una cosa era la desconfianza que le podía tener a Chávez y otra, muy distinta, la dinámica irrefutable de los hechos. Le tenía que explicar eso a su hija.

Se desencadenaron los sucesos de abril de 2002, inscritos en su memoria con minuciosidad de detalles, por la extrema cercanía que tuvo con éstos. Él vivía en el noroeste, próximo a la avenida Sucre y, Miraflores, epicentro de los mismos, le quedaba relativamente cerca. Por eso el jueves 11 estuvo en el tapón de Puente Llaguno hasta que se consolidó el Golpe y se llevaron a Chávez, primero a Fuerte

Tiuna y, después, a la Base Naval de Turiamo. En su casa, desde donde se tiene una vista panorámica sobre el centro y el este de Caracas, él pudo sentir el pétreo silencio del oeste y el centro de la ciudad, un silencio denso, espeso, que se podía cortar con un cuchillo y, de lo que sería la Plaza Venezuela hacia el este, las luces y la bulla lejana de algún cohete. Lloraba el pueblo y festejaba la oligarquía. Era todo demasiado vulgarmente esquemático. El viernes 12 vivió en un día el horror y el éxtasis. En la mañana, aquella constatación de que a Miraflores la había tomado el espíritu de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, que la lectura inflamada, impostada y altisonante que se hizo de aquel documento miserable en el que se derogaba la Constitución de sus sueños y se regresaba no tanto a la figura de la “cachifa” sino mucho peor, a “las negritas pagapeos”, era otra confirmación de su instinto. Si esa gente que resumía los peores intereses de un pasado de esclavitud y miseria, de exclusión y estratificación social en base a algo tan fascista como la raza, bendecidos por una iglesia que no vacilaría en prestar de nuevo la Cruz para justificar otro genocidio, como en 1492, tenía en Chávez a su peor enemigo, entonces, por lógica aristotélica, Chávez debía de ser el representante del bien. Así, maniqueamente, tal y como la realidad estaba siendo en esos días. Una realidad maniquea de malos y buenos claramente diferenciados. Con unos malos tan malos como para dar un Golpe de Estado con los muertos calculados, sopesados y fríamente previstos y unos buenos tan buenos que lo único que querían era ver y oír a Chávez y que volviera la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Al caer la tarde de ese día, él hizo la única salida del día para ver si encontraba alguna bodega, algún abasto abierto en dónde comprar la comida que le fuera posible. No bien cerraba la puerta cuando escuchó un ruido continuo proveniente del 23, de su querido 23 de Enero, un ruido inconfundible que lo llevó a agarrar aquel pedazo de cabilla que tenía detrás de la puerta y salir al frente de su casa, llegar al poste de la electricidad y empezar a formar parte, con el rítmico y frenético tan tan tan de la cabilla contra el poste, del mayor ruido que había hecho Caracas en toda su historia. Él se

resistía a la palabra “cacerolazo” porque él era un tipo culto, él no era un recién llegado a la izquierda como tantas y tantos que empezaban a vestirse de Che Guevara de un tiempo a esta parte, no, él sabía que las inauguradoras de los “cacerolazos” eran las damas de la oligarquía chilena cuando empezaron el macabro ritual dirigido por Richard Nixon, con su carnal Henry Kissinger, y ejecutado por uno de los más crueles asesinos de la historia, Augusto Pinochet, para derrocar, a bombardeo puro sobre “La Moneda”, al gobierno de ese bastión de la dignidad de los pueblos que se llama Salvador Allende.

Él sabía que estaba haciendo algo muy importante, algo que tocaba ser y hacer muy de vez en cuando. Allí, en su barrio, urgido por su cumbe del 23, quien empezó la gigantesca bulla fue él, tan tan con la cabilla en el poste, y la gente al verlo tan tan, al maestro Roseliano, que era un señor tan serio y tan respetado, comenzaron a hacer ruido tan tan con lo que tuvieran a la mano, de la manera que fuera posible, hasta sentir como se fundían en ese fragor que iba y venía por oleadas, que recorría vastos espacios como un tornado de magnetismo sónico, rebotando desde la lejana comarca de Caricua hasta el noble pueblo de Antímano, retrucando de allí a ese bastión del combate popular que siempre fue La Vega, y así reflejarse en Casalta, en la Cota 905, subir por la Baralt hasta La Pastora y rebotar de nuevo en el 23 para así comenzar otra vuelta. Aquel inmenso ruido era una convicción: No nos la vamos a calar. Y una convocatoria: Mañana a Miraflores. Ah! pueblo maravilloso, carajo. La línea del ruido gigantesco, de la bulla apabullante, del descomunal “cacerolazo”, para que no se diga que él es un intolerante, en fin, esa línea no salió de nadie en particular, tan solo del pueblo mismo, Fuenteovejuna eterno. ¡Todos a una!

El sábado 13 de abril de 2002 era su fecha patria, la suya propia, esa en cuya foto el salió porque él estaba allí, a él no se lo contaron, él lo vio todo. El fue de la gentecita que llegó en la mañana, y no le dijeron que no, y se quedó por allí, por los alrededores, hechos los paisas, como quien estuviera

esperando a que el gallo pusiera. Lo vio todo. Cerca del mediodía, Aristóbulo se juntó con María Urbaneja y Ana Elisa Osorio para procesar la información de que la Guardia de Honor, los soldados encargados de la protección del Presidente Chávez, tampoco se la calaba, y les pedían que le echaran bolas a tomar el Palacio con ellos, cosa que hicieron. Tomar Miraflores el día de la juramentación de Pedro Carmona Estanga. ¡Había que ser inoportunos! Todo esto con el más bestial black-out informativo de la historia de la comunicación venezolana. Con RCTV y Venevisión pasando tandas continuas de comiquitas, buscando ocultar, criminalmente, lo que estaban obligados a informar. Pero Radio Fe y Alegría sí estaba cumpliendo su misión, y más o menos a la una de la tarde, lanzaron al aire la entrevista a María Gabriela Chávez Colmenares, hija del Presidente, en la que decía que se había comunicado con su padre, que éste no había renunciado a la Presidencia y que se hallaba secuestrado. A partir de esa emisión radial de la entrevista de la hija del Presidente Chávez, la romería hacia Miraflores se veía venir de todas partes, desde la Av. Urdaneta, desde la Plaza O'Leary, pero sobre todo desde el 23, desde su cumbe bendito, carajo. Empezó a constituirse el Consejo de Ministros, en Miraflores. Además de las dos ministras y el ministro mencionados, él vio llegar a Héctor Navarro, a Elías Jaua, a Jorge Giordani, a Julio Montes, al Fiscal de los fiscales, Don Isaías Rodríguez, quien en la mañana del viernes se había jugado la vida en una escueta declaración a la prensa, que fue televisada y transmitida por radio, en la que caracterizó lo ocurrido el jueves 11 como un Golpe de Estado, a Willian Lara presidente de la Asamblea Nacional en fin, Raimundo pero no todo el mundo, porque pasaba y pasaba el tiempo, y no llegaban algunos que tenían que llegar para reconstituir el Gobierno Bolivariano. En las primeras horas de la noche, el entonces Vicepresidente Diosdado Cabello se juramentó como Presidente interino de la, otra vez, República Bolivariana de Venezuela.

Se había revertido, en menos de cuarenta y ocho horas, un Golpe de Estado perpetrado con el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos, el cual no se había demorado ni cinco

minutos en reconocer al que la historia recordará con el apelativo de Pedro “el Breve”, como Presidente de Venezuela. Ese Secretario de Estado que demostró fehacientemente que también los negros pueden ser imperialistas y mala gente, Colin Powell, había resuelto el asunto al mejor estilo de Foster Dulles: Lo que pasó con Chávez, él mismo se lo buscó. Palabra más, palabra menos esa fue su declaración de prensa: Quien se meta con nosotros, con nuestros intereses, le pasa eso que le pasó a Chávez, leyó entre líneas él, cuando se informó de la misma. Y con una romería sobre Miraflores, que se desbordó al final de la tarde con la huida del que se iba a juramentar y parte de su séquito, pues otra parte del mismo fue detenida “in fraganti” en los sótanos del palacio presidencial por efectivos del gobierno bolivariano en funciones, con una nutrida manifestación frente a Miraflores, hasta que viéramos y oyéramos a Chávez, con gestos de apoyo al Presidente en todo el país, el pueblo venezolano en la calle le hizo tragarse sus palabras al arrogante Secretario de Estado del gobierno de los Estados Unidos. ¿Sabía alguien lo que significaba haber echado para atrás a un designio imperial? ¿Sabía alguien la íntima, intensa, plétórica emoción de triunfo que se sentía? ¿Sabía alguien, acaso, lo que se había aprendido, como pueblo, en aquellas horas? Para decirlo frívolamente, como es de uso frecuente entre la gente joven, aquello era mucho con demasiado. Y como si todo no fuera suficientemente desbordado, la insólita película que estaba viviendo tenía, ya en la madrugada del domingo 14 de abril, los espectaculares efectos especiales del helicóptero que traía a Chávez al helipuerto de Miraflores. ¡Aquella marea de júbilo compartido! Aquella escena inenarrable, Chávez, desde el llamado balcón del pueblo en el Palacio de Miraflores, saludando a la multitud que levitaba de alegría, de contento, le pasaron un megáfono que terminó por no servir, y no le quedó más remedio al Presidente que comunicarse por el lenguaje de señas para decirnos que esa batalla la habíamos ganado, que todo estaba bien, que nos quería mucho y que nos fuéramos a dormir.

Se detuvo un momento a respirar, no se iba a sentar por supuesto, a pesar de las tentadoras escalinatas que estaban cerca, porque después levantarse podría no ser posible, o por lo menos, sería muy difícil. No sabía qué lo había cansado más, si el tramo de cuesta que llevaba o el recuerdo de aquellos días fulgurantes que, por insólito que pudiera parecer no hicieron sino arreciar. Casi ocho meses más tarde, el dos de diciembre de 2002, el cerebro de aquella alianza conformada por el gobierno de los Estados Unidos, la oligarquía económica nacional tataranieta de los Amos del Valle, lo más corrupto de la corrupta CTV, los efluvios más franquistas de la Conferencia Episcopal Venezolana, y los partidos políticos que se nuclearon en torno a la candidatura de Henrique Salas Römer, la cual se autodenominó Coordinadora Democrática, tomó la decisión de parar intempestivamente, o sea, dejando el patuque hidrocarburífero dentro de los tubos para que éstos no sirvieran más, para que se atascaran para siempre, las operaciones de producción, conducción, refinación, almacenamiento y suministro de hidrocarburos, configurándose a un tiempo la figura de paro y la de sabotaje. Aquella PDVSA que el experto petrolero y profesor universitario Mazhar Al-Shereidah caracterizó como “blanca y catira”, había decidido que no había más producción petrolera para sustentar al proceso bolivariano, que se cagaba en las elecciones del recientísimo año 2000 y que la cosa era hasta que Chávez renunciara. Tan democrática la coordinadora, pensó él irónicamente, recordando aquel bimestre que el pueblo venezolano vivió como ejercicios espirituales de solidaridad y resistencia y en el que, tras infligirle al país el descalabro económico más repentino y profundo de su historia, la alianza antes descrita, la presunta Coordinadora Democrática, perdió el control omnímodo que ostentó sobre PDVSA desde los tiempos en los que ésta se llamaba Shell, Creole, Gulf, en fin. Sesenta días en los que se construyó el equipo de héroes y heroínas que, desde la nada, desde la ceguera informática total y absoluta en la que los saboteadores habían dejado a una PDVSA que operaba informáticamente, desde los incalculables daños causados a equipos e instalaciones fundamentales, con

voluntad, con horas de insomnio jurungando computadoras y rezándole a la Chinita, Virgen de Chiquinquirá, contando con la experticia de trabajadores jubilados que regresaron a sus áreas para asumir el vacío que dejaron quienes tiraron a matar a PDVSA, lograron salir no tanto adelante, que también, a recuperar y superar los niveles de producción anteriores al paro/sabotaje, sino lo que es más importante, lograron salir hacia otra idea de empresa estatal petrolera.

Las cosas como son, pensó él, intentando adecuar el paso al ritmo de su respiración, iría más lento pero más seguro, y aquella doble carrera que estaba corriendo, contra la cuesta y contra su historia, era de resistencia, no de velocidad, pero en fin, para el momento en que fue definitivamente derrotado el paro/sabotaje petrolero, el 2 de febrero de 2003, Chávez no cumplía aún tres años de su segundo gobierno y justo ese día cumplía cuatro de haber recibido la Presidencia de Venezuela. No había calentado la silla y ya le habían dado con todo. Le zumbaron, nada más y nada menos que con los más altos mandos militares de la fuerza armada nacional, un Golpe de Estado con secuestro y todo, con derogación de la Constitución y demás. Le zumbaron un paro/sabotaje petrolero de dos meses en un país que depende del petróleo como del agua, que vive de eso, del petróleo. Y el hecho incontrovertible es que Chávez permanecía en Miraflores por el apoyo de la mayoría contundente del pueblo venezolano a su gobierno. Esto había que pensarlo lentamente, como lento era su paso, pues su mirada de educador sobre lo que había vivido el pueblo venezolano en ese tiempo estaba engrandecida de un modo sublime. Recordó la sensación que había expresado en sus grupos de militancia, de que Venezuela se había transformado en un aula gigantesca y que a treinta millones de personas, no a los cuatro gatos de siempre, le estaba pasando un conjunto de experiencias, a cual más traumática, a cuál más intensa, en las que quedaba transparentemente claro cuáles eran los intereses que no querían y por qué no querían que Chávez cumpliera su mandato. Y esa claridad, una vez que se tiene ya no se deja de tener. Le pareció más sorprendente aún, que eso que él

llamó en ese entonces, y probablemente llamaría siempre, “salto astronómico en el nivel de conciencia del pueblo venezolano sobre sí mismo y sobre su propia historia”, no era leído por los adversarios al proceso, por el contrario era ignorado y vuelto a ignorar obcecadamente por quienes, meses más tarde, desde la antedicha presunta Coordinadora Democrática y la organización no gubernamental “Súmate”, invocando el derecho constitucional que les confería una Constitución que habían quemado a placer durante el Golpe de Estado de abril de 2002, iniciaron la recolección de firmas para llamar a Referendo Revocatorio y sacar así a Chávez, con apego a las normas constitucionales, de la Presidencia. No podía hacer, y además no tenía sentido, un hilván cronológico de todo el cúmulo de acontecimientos que se agolparon en su memoria. La primera puesta a prueba de la Constitución Bolivariana. ¿Sería verdad lo de la revocabilidad de los mandatos? Se recogieron las firmas y el CNE llamó a Referendo Revocatorio para el 15 de agosto de 2004. La primera votación automatizada, aquel cerrojo entre la señal electrónica que se envía, se contabiliza mesa por mesa, centro por centro, y se totaliza automáticamente, y el papelito con el voto, que el votante chequea y deposita en la urna: ¡Habíamos matado al “acta mata voto”! El ex presidente Jimmy Carter en persona, declarando que teníamos al mejor sistema electoral del mundo. El sólido resultado a favor del Presidente Chávez y en contra de su revocación, que volvía a retratar 59,1% contra 40,6 %, al mismo país de 1998 y de 2000. Al país de las mitades asimétricas, una 18,5 % más grande que la otra, pero mitades al fin de una misma nación, de un mismo país, ¿de una misma República?, ¿de una misma patria? Se paró para aprovecharse de un brocal que tenía justo la altura para poder recostarse sin sentarse. No lo podía pelar porque estaba muy cansado. Respiró con profundidad y lentitud pensando que aquellas preguntas que le había dejado el Referendo Revocatorio de agosto de 2004 no habían hecho otra cosa que agudizarse.

Y como todavía no estaba agotado el repertorio de marramucias, para las Elecciones Parlamentarias constitucionales de diciembre de 2005, el Departamento de Estado de los Estados Unidos, en otro intento más por desestabilizar y erosionar al gobierno bolivariano, decide un sabotaje de esas elecciones y ordena a los partidos de oposición que se abstengan de participar en las mismas. En el Zulia ocurrió una anécdota memorable, pero él no podía darle palo a todo mogote. El clímax de ese período inundó toda otra reflexión: Las elecciones presidenciales de diciembre de 2006. Desde su punto de vista, como militante de medio siglo largo en diferentes expresiones de la izquierda radical venezolana, en lucha constante contra el capital y sus representantes, aquellas elecciones habían sido una sistematización práctica de la experiencia que había vivido el pueblo venezolano en el gobierno del Presidente Chávez. Así de sencillo. Una rigurosa evaluación de gestión. Aquel período no debía caracterizarse solo por lo que había resistido, sino por lo que había hecho. Por lo que había, o no, cumplido. Lo primero que hizo el gobierno de Chávez fue consultar al pueblo sobre su voluntad en relación a la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente. Parece una pendejada y ahí estuvo la clave de todo. Nadie antes había cumplido tan al pie de la letra su oferta electoral. Simultáneamente, se convocó al pueblo a organizarse en torno a la solución de sus problemas. Él era testigo de eso, no solo por su experiencia en la Mesa Técnica de Agua de Los Frailes desde agosto de 1999, sino porque después de su participación en el Primer Encuentro Nacional de Experiencias Comunitarias en Agua Potable y Saneamiento, en el año 2003, había constatado que aquella voluntad de activarse, de interesarse, de buscar información, en una palabra de participar, era una práctica generalizada en todo el país. Es en ese espíritu ciudadano en el que nace la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, la que hoy, 25 de enero de 2018, con los pulmones sonándole como un fuelle, bregando con aquella escalada, seguía considerando como fruto temprano y máximo del proceso bolivariano de cambios. Así era como él llamaba a aquel tiempo, y no Revolución Bolivariana, como

lo llamaban otros, probablemente menos cautos que él, que sabía que una Revolución, si es una, ya no es Revolución, mientras que en la palabra proceso cabía todo.

Inmediatamente, consciente de que había recibido una administración en quiebra, Chávez se abocó a la reconstrucción de la OPEP, que estaba vuelta flecos gracias a la política hacia ésta que había llevado, entre otros como el de Arabia Saudí, el gobierno de Caldera, la cual consistía en violar las cuotas de producción para inundar el mercado y lograr así el precio vil de siete dólares por barril, cuando producirlo valía cinco. Era bastante obvio que a PDVSA la manejaban las transnacionales. Los datos de la realidad eran más que convincentes. En 1999, Chávez recibió el barril en siete dólares y para las elecciones de 2006 rondaba los sesenta. No por fluctuaciones caprichosas, no por amenaza de conflicto. No. Esta recuperación se inició a punta de política petrolera recuperadora de los principios soberanistas de Juan Pablo Pérez Alfonzo. Parecía demasiado esquemático, casi panfletario, pero era así. Con base en el Convenio Integral de Solidaridad Cuba-Venezuela, que fue el mecanismo desarrollado para que Venezuela rompiera soberanamente el bloqueo económico impuesto por el gobierno de los Estados Unidos contra Cuba, de modo que ambos países ejercieran la libertad y la soberanía de trocar petróleo por atención primaria en salud, de trocar petróleo por asistencia educativa, de intercambiar excedentes, para decirlo en términos conceptuales, en el año 2003 se arrancan la Misión Barrio Adentro, en el ámbito de la salud, y la Misión Robinson, en el ámbito de la educación.

De la primera, Paula misma fue testigo a principios del 2004, lo recordaba bien porque fue aquel un momento hermoso para ambos. La mamá de Maura había venido desde Acarigua a visitarla y pasada la medianoche le dio una descompensación tan fuerte que pensaron en lo peor. Desesperada, Maura buscó a Paula para que la acompañara al módulo a buscar al médico cubano. Él se despertó por la bulla y su hija le dijo que salía con Maura, al

módulo, que estuviera pendiente. Subieron las dos hasta dar con la vivienda del médico. Explicaron la emergencia, que lo esperaran, que ya salía, que lo único que les pedía era que lo acompañaran de vuelta una vez atendido el caso. El hombre bajó con ellas llevando su caja de herramientas, en la que había tensiómetro, estetoscopio, linterna de otorrino y compartimientos para distintos medicamentos esenciales. Con destreza y experiencia auscultó, tomó pulso, tensión y suministró la medicación pertinente para sacar a la señora de su crisis, dejándola tranquila y recuperada mas con indicaciones de asistir al día siguiente al consultorio del módulo. Él le dijo a Maura que se quedara con su mamá, que él iría con Paula a acompañar al médico de regreso a su casa. En aquella caminata hasta el módulo se enteraron de que era pinareño, se pusieron a la orden para cuando quisiera charlar un rato, tomarse un café, hablar algo, lo que fuese. Que muy agradecido, que cómo no, que seguro pasaría. De regreso a la casa, Paula le dijo que tener en el barrio a quién recurrir en el medio de la noche era una diferencia muy grande con el pasado. Que ella reconocía que eso que había experimentado esa madrugada era toda una revolución. ¡Él se acostó tan satisfecho...!

En el recodo de aquella curva se detuvo pues aquel es un sitio muy particular que mira sobre Caracas haciéndola ver cerca y lejos a la vez. Es una invitación a la contemplación pues se siente uno aislado en el medio del bullicio de la multitud. Él no podía quedarse a contemplar mucho, pero respiró un rato allí para retomar impulso y continuar la subida, ya faltaba menos pero todavía faltaba, aunque lo que más le hacía falta a él era tiempo para terminar esa cuenta de alma que no quería interrumpir. Sentía que ya no estaba solo ni principalmente pensando en lo que en algún momento debía contestar a su hija, sino que se estaba respondiendo a él mismo esa pregunta tan lacerante. ¿Qué pasó con todo eso? Por eso recuperó la mirada sobre esa convocatoria multitudinaria a incorporarse al proceso educativo donde quiera que éste se hubiese dejado. Que no sabes leer ni escribir, que no terminaste la primaria, ¡vente para la misión Robinson!, que no terminaste el bachillerato,

¡vente para la misión Ribas!, que te quedaste a mitad de camino en tu formación universitaria, ¡vente para la misión Sucre! Las palabras clave eran vente, movilízate, incorpórate, móntate de nuevo en tu proceso de formación. ¿No era esa la inclusión social? Con todos los errores que pudo haber tenido aquella propuesta nacional educativa, y para él tuvo muchos, él no era un educador acrítico, la propuesta en sí misma retrataba la voluntad de un gobierno de incorporar al pueblo en su educación. Por eso los números de aquellas elecciones presidenciales de 2006 eran tan contundentes. Elevar la votación en términos absolutos y relativos, después de un sexenio como el que la oposición le había regalado a Chávez, no solo sin acusar desgaste, que sería perfectamente comprensible y aceptable, sino superando su propia marca, era algo para el libro de records Guinness. Él había hecho ese análisis para un artículo que escribió a principios del 2007. Recordaba todo muy bien. De representar, en el año 2000, el 59,7% de los votos, Chávez pasó en 2006 a representar el 62,8% de los mismos. De tres millones setecientos y pico mil de votos en el 2000, pasa a siete millones trescientos y pico mil en el 2006. De tener una diferencia con la votación opositora de casi un millón cuatrocientos mil votos en el 2000, pasa a una brecha con la oposición de tres millones largos de votos en el 2006. ¿Qué querían que hiciera, que se arrechara? ¿Es que acaso no tenía derecho, después de una vida de militancia por los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, a felicitar a sí mismo porque la vaina estaba pasando frente a sus ojos? ¡Vamos a ser serios, carajo! Por brincar y saltar de contento, en la Venezuela de 2006 se distinguía por brincar y saltar de contentos, con particular entusiasmo, a la Asociación Bancaria Nacional, porque en toda su historia no había tenido los números positivos que había logrado en ese sexenio. Era verdad que muchísima gente mejoró sus ingresos, y como no se guarda la plata bajo el colchón, sino que se mete en el banco, a los bancos también les fue muy bien e hicieron el negocio parejo, que es para lo que están mandados a hacer. No faltó el ultroroso atorrante que dijera que si a los bancos les había ido bien, era porque la de Chávez no era una revolución. Eso también

se dijo por aquellos años. Lo que las estadísticas gritaban por todo el orbe, pero fundamentalmente en América Latina, era que en Venezuela se había reducido considerablemente la desigualdad. Eso era lo duro, lo contundente, lo irrefutable. Y sin embargo para él lo más precioso de ese tiempo, lo que los números de aquellas elecciones reflejaban nítidamente, pero no a todos, sino a los más suspicaces observadores, era que se estaba consolidando un sentido de rumbo que no lo brincaba un venado, un sentido de marcha hacia algún lugar que no fuera determinado por la dominación capitalista. ¿Cómo no íbamos a ser una “amenaza inusual y extraordinaria”?

Llegó ese momento mágico de todo el que asciende una montaña, en el que el ritmo de la respiración se acopla al paso y se escuchan nítidos los latidos del corazón. Parece que uno se desprendiera de lo externo y se reconcentrara en su interior, en sus adentros. No quiso despachar aquel período, que en términos generales le había parecido maravilloso, sin anotar las críticas que él mismo hizo en su momento. La “lista Tascón” era una mancha en ese festival de democracia participativa y protagónica que había sido el lapso 1999-2006. Que los firmantes por el Referendo Revocatorio de 2004 hubiesen podido ser, como en efecto lo fueron, víctimas de diferentes formas de presión y represión, por haber ejercido un derecho constitucional, dejaba muy mal parado a ese derecho. Si ese señor quiso hacer una gracia, le salió una morisqueta, y siempre pensó que debería producirse un impedimento legal para que esa experiencia no se repitiera en sucesivos referendos a que hubiere lugar.

Pero el tiempo pasó, como dice la canción, y el destino burló..., él sabía que la canción continuaba “mi terrible nostalgia”, pero lo que el destino le había burlado a él era su preciosa esperanza, por eso se la cantó a sí mismo con esa sutil adaptación de la letra original, porque era demasiado fuerte la constatación de que su condición, aquel jueves de finales de enero de 2018 no era la que tenía a finales de enero de 2007, hacía tan solo once años. ¿Qué pudo pasar

en ese tiempo que todo era tan distinto? ¿Por qué ya no brincaba y saltaba de contento? Se acordó de aquella verdad de Perogrullo que le enseñó Víctor Belis, compañero de militancia suyo en los años setenta, cuando sentenciaba: Camaradas, las últimas condiciones modifican a las primeras, ja ja ja, qué bueno que le quedaran ánimos para reírse con nostalgia de aquel tiempo.

Era muy extraño, pero al período presidencial que arrancó en el 2007, no lo podía recordar año por año, igual que al primero. De hecho, pensó que esa era la manera en la que se expresaba aquella sentencia que su compañero decía cada vez que un cambio en la situación coyuntural obligaba a modificar alguna parte de una determinada línea política, y hasta cambiar toda ella, como ocurrió tantas veces. Lo que le pasaba a él era algo parecido, pero no exactamente igual. Él estaba en el 2018 y ya no le era posible acordarse del 2007 como si no supiese hoy lo que en el 2007 ignoraba sobre el 2007 como, por ejemplo, que ese año Chávez designó al Teniente Alejandro Andrade como zar de las finanzas del gobierno bolivariano. Eso es lo que le hacía ver esos años como un patuque, como un pegoste. Más que culto, políticamente hablando, más que malabarista de la jerga de izquierda, él tenía trayectoria en el antiestalinismo. Él se fue en 1979 del PRV para acompañar a Alí Rodríguez Araque en el parto de la que se llamó, como por salir del paso de la necesidad de tener un nombre, Tendencia Revolucionaria, para encontrar el aire necesario, el espacio necesario, para repensarlo todo de nuevo, desde el culto a la personalidad en adelante, pasando por la infalibilidad del secretario general del buró político del comité central del partido, y entrompar con ese precoz usuario de la institución del sicariato, ese asesino de millones de personas, ese sepulturero temprano de la Revolución que en 1917 hizo creer que el cielo se podía tomar por asalto. Ese tal Iósif Stalin. Nunca olvidaba aquella consigna que había formulado su amigo Klaus Meschkat, sociólogo y profesor universitario alemán: Nunca se es suficientemente antiestalinista. Él tuvo la percepción de ese hedor a mortecina, del hedor a corrupción y autoritarismo, del hedor

a estalinismo, en el primer semestre de 2007. Su enfrentamiento a ¿los jóvenes?, no, ¡basirruque! como diría Guillermo Torín, el guaro panita de la Liga Socialista, el estalinismo no tiene edad, su enfrentamiento a los estalinistas del Frente Francisco de Miranda significó un antes y un después en su forma de participar en el proceso bolivariano. La cosa arrancó con los Consejos Comunales. A la gente del agua más experimentada le pidieron expresamente que sistematizara la experiencia de las Mesas Técnicas de Agua para aportar, junto a otras experiencias de organización popular como los Comités de Tierra Urbana y los Comités de Salud de Barrio Adentro, las diferentes experiencias organizativas existentes, y derivar de ahí lo que debería ser la unidad territorial del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como lo dijo Chávez, parafraseando a Abraham Lincoln en su discurso de Gettysburg, al lanzar la propuesta de los Consejos Comunales. Nada parecido a eso fue lo que ocurrió, y de eso tenía la culpa aquella catajarra de carajitos y carajitas que parecían haber ido a Cuba para aprender que Venezuela estuviera falta de rejo, porque regresaban del cursillo con el dedo de mandar bien parado. Por eso ellos no instalaban puestos de servicio, ni puestos de apoyo, sino puestos de mando. Jugeteaban públicamente con la idea de mandar a fulano o a sutana al paredón porque, en su concepto, revolución sin paredón no era revolución. A la más vulgar y sifrina malcriadez, llamaban irreverencia. Como toda experiencia era pasado y todo pasado era capitalismo, la experiencia era mala. Llegaban, como Pol Pot, a decretar el año 0. Todo era a partir de su venturosa llegada a iluminar la faz de la tierra. En la fase preparatoria, cuando ellos, los del agua, coincidiendo con la gente de los CTU y la gente de los comités de salud, o sea con los que tenían una práctica social real y efectiva y que habían organizado alguna vez aunque sea una partida de pelotica de goma, les dijeron que el Consejo Comunal, si era comunal era diverso, porque las comunidades, si eran comunidades, eran diversas que, por lo tanto, en su carácter de organismo público, de todo, absolutamente todo, el pueblo que habitase el acotado espacio geográfico de la

comunidad que iba a fundar un Consejo Comunal, y tomando en cuenta su carácter abiertamente político, pues se refería a los asuntos del gobierno de la comunidad, no podía ser un espacio partidista, no podía ser un espacio tutelado, no podía ser un espacio sometido. Ellas y ellos, pero sobre todo ellas, contestaron con sus propias palabras que su ideal de sociedad era una en la cual el Estado, el Gobierno, el Partido y los Movimientos Sociales fuesen una sola unidad compacta y sin fisuras, sin contradicciones, sin discusiones, armónica y feliz. Así como también creían que la tan mentada separación de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) era una debilidad pequeño-burguesa, propia de las viudas del pasado, y que los ángeles de la Revolución, que eran ellos, no iban a detener su glorioso paso hacia el mundo del futuro por esas nimiedades.

Mientras fuesen tan solo una posición en el ámbito de la discusión sobre el tema, a él la cosa no le preocupaba tanto, grupúsculo era grupúsculo y ellos eran un grupúsculo, pero no, no eran una posición más en la discusión sobre el tema, eran los dueños de la discusión. Se hacía lo que ellos y ellas decían. Lo supo aquella mañana en la escuela Miguel Antonio Caro, cuando fueron a escuchar la programación de tareas que se había ¿acordado?, no, ¡decidido! Ellos eran ejecutivos y no asamblearios, ese era otro de sus distintivos. En su orden jerárquico y vertical, la asamblea no era para decidir sino para informar lo que ellos habían decidido, de modo que se transformara en Ley. Fue entonces cuando aquella muchacha, no tan muchacha, un tanto coleada en la juvenil apariencia del Frente, tomó el micrófono y dijo: El próximo martes a las seis de la tarde se va a conformar el Consejo Comunal de La Acequia. Los que no sean socialistas favor abstenerse.

No se contuvo. Tan no se contuvo que casi, casi, lo tuvieron que agarrar, porque él se le fue encima a la funcionaria diciéndole qué te pasa falta de respeto, qué te has creído tú, cuándo privatizaste el movimiento popular para tus siglas, qué clase de pendejos crees que somos. La muchacha con apariencia de señora se quedó entre asustada y

sorprendida, pues aquel señor mayor no le comía coba a su presencia dirigente y, sin pedir ni permiso ni la palabra, dirigiéndose a la asamblea, en voz alta, clara e inteligible, dijo a su comunidad que la compañera no tenía derecho de impedirle a nadie que fuera a la fundación del Consejo Comunal de su barrio. Que el Consejo Comunal era comunal si era de todos, que si no era un club de amigos. Que por eso se tenía que llamar a todo el mundo para que todo el mundo viera y oyera de qué se trataba. ¿Supo Paula de eso? ¿Supo Paula que él tampoco se la caló en su momento? ¿Por qué no lo supo? Esa era ya harina de otro costal.

Por eso le gustó tanto lo que pasó en diciembre de ese año 2007. En el momento culminante de su poder y su popularidad, Chávez pierde el Referéndum Consultivo sobre la Reforma Constitucional con la que se quería meter a mandarriazos la palabra socialismo en la Constitución Bolivariana. Por muy pocos votos de diferencia en los dos bloques que se consultaban, el NO a la Reforma Constitucional que hubiera transformado la Constitución de un país en la Constitución de la mitad de ese país, se impuso sobre el SI, y la Constitución Nacional Bolivariana quedó intacta, ratificada y protegida, al menos en su texto. Ese Referendo Consultivo quedó para que los politólogos se dieran banquete. Un significativo desplazamiento de la votación chavista se unió a la votación opositora y en esa derrota sobre la voluntad de Chávez, la Constitución Bolivariana se hizo de todos. De unos y de otros, de todos, incluso de los que la quemaron en el Golpe de Estado de 2002. Él sabía que eso no era así del todo, que en un lado había quienes pensaban que ese librito comunista tenía que ser extirpado de la memoria del pueblo venezolano, que se olvidara para siempre que alguna vez nos dibujamos como pueblo tal como lo hicimos en ese librito, y del otro lado había quienes pensaban que ese era un librito socialdemócrata y batequebrado que, como no decía la palabra socialismo, con él no se podía ir ni a la esquina. Por eso era de todos, porque la inmensa mayoría no pensaba como esos extremos, y el librito nos hacía sentir que

cabíamos, que desde nuestras diferencias, desde nuestras diversas trayectorias, no exentas de contradicciones, en el espacio creado por ese librito cabíamos todos.

Siguió subiendo la cuesta de su cerro y la de su memoria y no sabía cuál le costaba más. Los hechos de ese período estuvieron signados por el alza de los precios del petróleo a niveles nunca antes imaginados, asociados a la desaparición de la rendición de cuentas como práctica esencial de toda administración pública. El tema que a él le gustaba recordar en ese tiempo era el referido a la política exterior. Dos goles netos. El primero la Unión de Naciones Suramericanas, UNASUR, en mayo de 2008, que echó los dientes en el enfrentamiento al Golpe de Estado contra el incipiente gobierno de Evo Morales en Bolivia, el famoso Golpe de la Media Luna, con el que el sector más racista y esclavista de la oligarquía boliviana intentaba sacudirse la realidad contundente de la presidencia de Evo Morales, igual a lo que hizo en el 2002 la oligarquía venezolana con Chávez. Antes de que la OEA conociese del asunto ya la UNASUR le había hecho saber a los golpistas que no tenían vida, y había conducido la solución del conflicto. El segundo, en febrero de 2010, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe, CELAC. La primera agrupación de Estados anglo, franco, hispano, holandés y luso parlantes del continente americano pero sin, entiéndase bien, sin la presencia de los gobiernos de los Estados Unidos y del de Canadá. Ese histórico ajuste de cuentas con el Ministerio de Colonias del gobierno de los Estados Unidos que había resultado ser la OEA, no era como para pasarlo por debajo de la mesa. Como tampoco era para pasar por debajo de la mesa la huelga de hambre que, en octubre de ese mismo 2010, se lanzó su amigo, el hermano Korta, en la entrada del edificio de la Asamblea Nacional. A sus ochenta y un años, el viejo tuvo el coraje de iniciar una huelga de hambre para gritarle al presidente Chávez que, en lo que a pueblos indígenas respecta, se estaban pasando la Constitución Nacional Bolivariana por el forro, que la palabra “Demarcación” era pecado, que había que olvidarla, que el gobierno bolivariano actuaba como si lo que se tendría que

querer fuese “Parcela”. Que la prisión del cacique yukpa Sabino Romero era como si la Revolución Bolivariana hubiera encarcelado a Guaicaipuro. Todo hay que decirlo, pensó para sí.

A partir de la información sobre la grave afección oncológica del Presidente Chávez se desata una dinámica política, por lo demás muy lógica, que tiene en las condiciones físicas del Presidente su eje central. ¿Saldría Chávez a la reelección presidencial en 2012? El nueve de mayo de 2011 se tiene noticia, a causa de la interrupción intempestiva de una gira latinoamericana de Chávez, de una grave afección que éste sufre en la rodilla. Un mes más tarde, el diez de junio de 2011, Chávez es operado de emergencia en La Habana a causa de un absceso pélvico. Un año y cuatro meses más tarde, tras intensivas jornadas quirúrgicas, quimio y radioterapéuticas en Cuba, Chávez gana las elecciones presidenciales del siete de octubre de 2012, y su victoria es inmediatamente reconocida por el contendor de la oposición Henrique Capriles Radonsky. Durante la campaña electoral, de eso se dio cuenta todo el mundo, Chávez incluido, que bastante que lo dijo y lo repitió, el adversario principal no fue la pugnacidad de esa candidatura de la oposición, que se dio en llamar la candidatura de la Nada, personificada en Capriles, sino la desilusión que cundía entre quienes, dentro del chavismo, sentían el hedor de lo que estaba ocurriendo. El país que Chávez gobierna de 2006 a 2012 tiene todas las fortalezas y oportunidades que le daba el aumento desmesurado de los precios petroleros y, como única gran debilidad, o grave amenaza, para decirlo con la matriz de análisis FODA, y así quedar consigo mismo como un analista serio y no como un pirata impulsivo que solo se fija en lo que le conviene, el estado de salud del Presidente Chávez. Del 2007 al 2011, Chávez gobierna sin oposición parlamentaria gracias al regalo que, en diciembre del 2005, le hizo el Departamento de Estado del gobierno de los Estados Unidos al ordenar a la oposición política venezolana que no participara, que se abstuviera en esas elecciones parlamentarias. Esa entrega del parlamento venezolano al gobierno bolivariano,

buscando de esa manera desestabilizarlo y logrando todo lo contrario, permitió esos cuatro años insólitos en los que, de acuerdo a su criterio, todo debió haber sido posible pues se contaba con un barril de petróleo sobre los cien dólares y a veces sobre los ciento veinte también. Aquello era todo el dinero del mundo. Se contaba con todo el poder ejecutivo. Se contaba con todo el poder legislativo, se contaba con todo el poder militar y, por si fuera poco, se contaba con un contundente apoyo popular. Con todo ese poder se construyó el oficialismo, se profundizó el rentismo, el clientelismo y la corrupción, se incrementó a la enésima potencia la producción de “raspacupos”, se potenció la importación de productos extranjeros sobre la producción nacional, se reanimó la actitud, la conducta y el espíritu del “Ta’baratodamedos”, de tan triste recuerdo en la idiosincrasia nacional, en fin, el socialismo inconstitucional del que hacía propaganda el gobierno bolivariano era un corazoncito cursi, en las carteleras del metro, en el que se leía “hecho en socialismo”, cuando lo que se hacía en Venezuela era importar. La desigualdad, que había disminuido notablemente en el primer período, comenzaba de nuevo a agrandar su abismo. Él fue de la fracción aguafiestas que no cantó “victoria perfecta”, como era obligatorio cantar, muy a pesar de caer del casi 63 % de la votación, en el 2006, a 55% en el 2012. Se perdieron casi ocho puntos porcentuales. De más de tres millones de votos de diferencia con la oposición, se pasó a poco más de millón y medio. Se habían perdido millón y medio de votos, y el que no brincara de alegría era escuálido. Así es el estalinismo, pensó para sí, siempre mintiendo. Una vez más lamentó que no hubiera compartido con su hija ese momento de disentiimiento con el oficialismo, que profundizó su alejamiento del gobierno bolivariano. Ya no se echaba al hombro al gobierno, como hacía en 1999, cuando él motorizaba, con su convocatoria de maestro de escuela de generaciones de generaciones de catienses, la organización en torno a los problemas que se enfrentaban en las comunidades. De ese entonces le venía la fama de chavista, porque él había hecho suyo aquel gobierno, y se explicaban por su esfuerzo muchos logros comunitarios. Pero eso

ahora carecía de sentido, pues ya había funcionarios a sueldo para eso. Trató de reconocerse en el recuerdo y ni siquiera logró verse con nitidez.

Había empezado a subir a cuarto para las ocho y ya eran las ocho y media. Iba más arriba de la mitad. Le faltaba una subida fuerte y el plan hasta llegar a su casa. Un cuarto de hora, a lo más. Sintió de golpe mucha sed. En su morral cargaba siempre agua y lectura, pero así de dura es la vida. No se paró a pedir agua. Su ascenso lento y constante tenía mucho de trance del que no quería sustraerse. Sabía que estaba atravesando aguas profundas. La posibilidad de su partida definitiva fue informada al país por el propio Chávez el 8 de diciembre de 2012, dos meses después de ganar las elecciones. No podía leerse de otro modo aquel, dicho con sus propias palabras, en el caso de que no regrese de la operación que me van a hacer en La Habana, yo les pido que voten por Nicolás Maduro. Y así fue. Regresó de La Habana para fallecer en Caracas el cinco de marzo de 2013, a menos de tres meses de aquel anuncio y de aquel llamado a votar por Maduro en el caso de que él, Chávez, no superara la operación. Los extraños, internos, sutiles, profundos, recónditos lugares del alma del pueblo de Venezuela que Chávez tocó y, en tantos sentidos, trastocó, quedarían para reflexionar en otro momento, pues a él se le encimó, en treinta días constitucionales, la responsabilidad no tanto de votar, sino de llamar a votar por Maduro, como efectivamente lo hizo. Aquella era una responsabilidad histórica. Se trataba de querer que siguiera el proceso bolivariano que había comenzado en 1999, reconociendo y superando sus graves errores y desviaciones y, en el caso del desfalco, recuperando hasta el último dólar y apresando a todos los corruptos, pero había que enfrentar la candidatura de quien había planteado como propuesta electoral el camino de regreso. Eso, más allá de todas las profundas y amargas críticas que se le tuvieran al segundo período del Presidente Chávez, era un acto de honestidad consigo mismo, más allá de lo cercano o lejano que pudiera estar de la figura de Nicolás Maduro, de la que muy cercano no estaba, pues Nicolás Maduro fue el encargado de llamar

“habladores de paja” a quienes, entre los que él se encontraba, a mediados del 2007, se habían reunido en el Centro Internacional Miranda, entre otras cosas, para denunciar la desviación estalinista del proceso bolivariano. Aquel catorce de abril de 2013, las mitades asimétricas del país se hicieron casi simétricas, la una tan solo 1,49% más grande que la otra. Tan solo 223.599 votos más grande. Capriles no tuvo la honestidad de la vez anterior, con Chávez, cuando el sistema electoral automatizado le dio millón y medio de votos de diferencia. Cuando perdió por doscientos y pico mil votos no le gustó y, a pesar de que en nuestra Constitución por un voto se pierde, clamó fraude al mismo CNE, al mismo sistema electoral que unos meses antes había reconocido. La jugarreta de opinión para deslegitimar al CNE costó bastantes muertos para haber sido una pataleta, una acusación que no podían probar porque eran sus testigos, en todas y cada una de las mesas, los que tenían las actas de votación que arrojaban, como era de esperarse, esa diferencia tan cerrada.

El gobierno del Presidente Nicolás Maduro que arrancó tras esas elecciones y tras esas circunstancias desestabilizadoras de desconocimiento de los resultados electorales por parte de la oposición agrupada en la MUD, se constituía para él más que en un dilema ético, en un reto. No solo se trataba de retratarse, en ese momento, con lo que se consideraba el deber, la conciencia, en fin, la vaina y tal. Lo más rudo era asumir el problema: ¿De qué manera, a punta de buen gobierno, se pudiera recuperar el terreno perdido? Como le era imposible recordar ese tiempo sin incorporar todo lo que había ido sabiendo sobre éste, se miró en la distancia y se tuvo un poco de conmiseración. Había que ser oceánicamente inocente para creer en las cosas que él creía. El supo solo a principios de 2016 que el catorce de febrero de 2013, todavía en vida de Chávez, el entonces Ministro de Planificación, Jorge Giordani, a quien Chávez siempre llamó “maestro”, cansado de que el entonces Vicepresidente Maduro ni lo recibiera, ni le contestara los reiterados puntos de cuenta que envió, logró que lo recibiera la Dirección Nacional del PSUV. Y ante esa

instancia, el ministro Giordani denunció la piñata de millones de dólares en la asignación de las divisas preferenciales, en resumen, la sangría de la que estaba siendo objeto el Tesoro Nacional. Al terminar su presentación, los miembros de aquella Dirección Nacional del PSUV, en perfecto silencio, se lo quedaron mirando con cara de decirle al ministro Giordani que les dijese algo que ellos no supieran. En todo caso, la coartada de la ignorancia murió ese día. A partir del catorce de febrero de 2013, el desfalco al Tesoro Nacional era tan a conciencia, que se podía decir que el desfalco era el plan de gobierno. Eso a él le entenebrece el alma profundamente. Lo confrontaba con lo insondablemente bolsa que se puede ser en esta vida, pues él, quien como tantos otros abnegados luchadores del proceso bolivariano, en aquel entonces ignoraba la realidad antes descrita (pero ¿la intuía?), sucumbió al emplazamiento que le hizo su conciencia: No podrás ser crítico si antes no has sido, más que solidario, impulsor y activista del gobierno que tiene por tarea darle cumplimiento a ese concreto y luminoso legado de Chávez que es la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, y ese no es otro que el gobierno del Presidente Nicolás Maduro.

Tarea para difícil, ésa. Era muy cuesta arriba apropiarse de un gobierno que, desde el primer momento, exhibía conductas como las que se reflejaron en el episodio con la ingeniera Edmée Betancourt quien, tras ser nombrada a fin de abril de ese año 2013 por el Presidente Maduro como Presidenta del Banco Central de Venezuela, en la que probablemente sería su revisión del Acta de entrega del cargo por parte de su antecesor, el matemático Nelson Merentes, denunció que, solo en ese año, se habían entregado 22.000 millones de dólares masivamente subsidiados a “empresas de maletín”. Esa mujer había sido un baluarte de los gobiernos de Chávez quien le manifestó siempre gran confianza y reconocimiento. Había sido encargada de muy difíciles tareas y se destacó por su eficiencia operativa y su transparente administración, las que eran reconocidas tanto en el ámbito del gobierno como

en el de la oposición. Tras su denuncia es depuesta de su cargo y expulsada del BCV. Altos funcionarios del gobierno además del propio Presidente Maduro se encargaron de descalificarla en los peores términos, pero no le dijeron ni mentirosa ni corrupta y no negaron en forma alguna las declaraciones formuladas por la entonces presidenta del BCV. En lo relativo a la parte sustantiva de la denuncia callaron, luego otorgaron. Parecía que el error no estaba en que se hubieran entregado 22.000 millones de dólares a “empresas de maletín”, sino que el error estaba en que esto se supiera.

_ ¡Carajo! _ exclamó como quien le quita el tapón a una olla de presión. _ ¡Cómo se puede ser tan descarado! _ pensó para sí sin perder el paso. Siguió subiendo la cuesta y siguió sabiendo lo que no siempre había sabido, pero que ahora sí sabía, y en los peores términos. Millón más, millón menos, 22.000 millones de dólares era casi el doble de las Reservas Internacionales venezolanas para ese año 2013, que eran de trece mil millones de dólares. No eran conchas de ajo. El silencio con el que contestaron a Giordani los miembros del gobierno y del partido que conformaban la Dirección Nacional del PSUV tenía aquí su explicación: ¡Qué vamos a investigar si somos nosotros mismos!

Una brisa fresca se levantó desde el este para refrescar su cansancio y, en alguna medida, suavizar su sed. Reconocía que sabiendo todo lo que sabía, no sabía cómo había él podido llegar a los niveles de consentimiento que, objetivamente, admitió, o se la caló. ¿De dónde le nacía la esperanza de que en un inopinado momento algo pudiera pasar? Faltaba poco para coronar la empinada cuesta y se hacían más numerosos los saludos de la gente conocida al pasar frente a sus casas. _ ¡Dele señor Roseliano, que ya llega! _ le dijo la señora Mónica asomándose al balcón. _ Poco a poco... _ dijo él, sin pretender mayores originalidades, tratando de no sacarle el cuerpo a esa tónica autocrítica que lo había invadido, y manteniendo el hilo de su evocación. Al año siguiente, en junio de 2014, el Presidente Maduro cesa a Jorge Giordani como ministro de

Planificación. Éste a su vez, el 18 de junio de 2014 publica la carta “Testimonio y responsabilidad ante la historia” en la que le dice al pueblo de Venezuela más o menos lo mismo que lo que le dijo a la Dirección Nacional del PSUV en febrero del 2013. Otra vez la misma historia que con Edmée Betancourt. Un connotado trío conformado por el Presidente Maduro, el Diputado Diosdado Cabello, a la sazón presidente de la Asamblea Nacional y el entonces alcalde del Municipio Libertador, Jorge Rodríguez, se encargó de arrastrarlo por la ciénaga de la descalificación. Hicieron especial mención de su “reconcomio trasnochado” pero mentiroso no le dijeron, corrupto no le dijeron, y sobre lo que Giordani había denunciado, siguiendo el anterior precedente, callaron, y en esa medida otorgaron. Cuando, ante la furibunda cayapa que el gobierno de Maduro levantó contra ese otro reconocidísimo baluarte de Chávez que era el Ministro Giordani, surgió en su defensa y confirmó su denuncia Héctor Navarro, otro reconocido caballo de batalla de los gobiernos de Chávez, los ya para entonces dueños del PSUV lo expulsan de este partido en proceso de creación, y sin derecho alguno a la defensa que asiste a todo acusado. Es una historia conocida, amigo, todos la recordamos...cantó para sí mismo, con su Serrat de siempre en el alma. Entre abril de 2013 y junio de 2014 se había defenestrado a tres altísimas figuras de los gobiernos de Chávez por decir corrupción. Por denunciar que el gobierno bolivariano estaba sobre un pozo de corrupción. Justo de lo que quería salir el pueblo venezolano cuando votó por Chávez en diciembre de 1998. Quién sabe si, como macabra representación de todo lo anterior, el 3 de marzo del 2013, fue asesinado en la comunidad de Tokuko, Sierra de Perijá, el cacique yukpa Sabino Romero, quien había reivindicado el derecho del pueblo yukpa a sus tierras ancestrales, quien había exigido la demarcación de tierras que la Constitución ordenaba. Era como la destrucción no tanto de lo que se había hecho, como de lo que se había soñado.

Para balancear las acciones, ese año 2014, tras perder la oposición a Maduro las elecciones municipales del 8 de

diciembre de 2013, las mismas que ellos, o sea Leopoldo López, Henrique Capriles y María Corina Machado habían construido comunicacionalmente como un plebiscito sobre la legalidad del gobierno del Presidente Maduro y, tras haber perdido en su ley, en tanto en cuanto las fuerzas apoyantes del presidente Maduro obtuvieron el 48,69% de los votos y las de la oposición el 39,34%, lo que afirmaba internacionalmente a Nicolás Maduro como Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, en vez de asumir la victoria objetiva de haber crecido, de haber pasado de tener 56 alcaldías a tener 81, entre las que se encontraban la Alcaldía Metropolitana de Caracas, la alcaldía de Maracaibo, la de Valencia, la de Barquisimeto y la de San Cristóbal, entre otras capitales, en vez de asumir la colosal tarea de gobernar “alternativamente” a esas grandes ciudades, López y Machado le dejan todita la derrota electoral a Capriles y, como si no fuera con ellos la cosa, deciden la primera operación de guerra de baja intensidad o guarimba, conocida como “La Salida”. La pataleta anticonstitucional y violenta con la que se pretendió tumbar al gobierno deja saldo de cuarenta y tres personas fallecidas y cuatrocientas ochenta y seis heridas. Pensó él que podría despachar el año así, pero no era verdad. La causa de su mal estaba ahí. Durante esos tres lustros de proceso bolivariano, él había visto aparecer algo que en Venezuela no existía: La derecha.

Él era experto en adecos, neoadecos y copeyanos, en su desembozada opción por el capitalismo como sistema, y por el imperialismo norteamericano como el hegemón que ejerce la dominación. Tenía caricanteados sus gestos, sus carantoñas populacheras, y sabía perfectamente la maña que se daban para aparecer del centro democrático siendo, como eran, de derecha. Pero la aparición de Primero Justicia y, sobre todo, después de la separación de Leopoldo López de ese partido para fundar el partido falangista venezolano con el nombre neo nazi de Voluntad Popular, le hizo ver que el nuevo escenario político requería de una caracterización más fina, más precisa. En Venezuela era hartito complicado perfilar a la izquierda o, mejor dicho,

era mucho más complicado que antes, que en su tiempo. El proceso bolivariano, aluvional por definición, era muy difuso en ese sentido, y algunos, por lo demás muy astutos, pretendían zanjar el asunto a punta de franelas y cachuchas rojas. Mucho adeco de uña en el rabo, como se dice, logró llegar muy alto en puestos de dirección chavista utilizando el sencillo método de ir siempre vestido de rojo rojito. En cambio, forzada a tener la presencia y la definición que nunca tuvo antes, la derecha iba consolidando sus contornos, sus racismos, sus exclusiones, sus xenofobias, sus designios. A falta de pueblo le sobraba el billete y, como siempre, a lo largo de la historia, lo que no le otorgasen los votos se lo podían dar las balas. La guerra siempre a la mano, la guerra como esa operación “La Salida”, siempre a la vuelta de la esquina. Mucho del, ¿o más bien todo?, amargo silencio ante el desfalco descarado del gobierno de Maduro que su hija le reprochaba con genuino escándalo, se debía a su reticencia a que un gesto crítico suyo al gobierno pudiera ser aprovechado, pudiera ser beneficioso para quienes representaban para él a lo peor de lo peor. Era aquel un chantaje inaceptable y él lo sabía. Era como decir que para que no llegaran los ladrones asesinos que visten de azul, me calo a los ladrones asesinos que visten de rojo. El paso del tiempo y el curso de los hechos le demostró rudamente lo inaceptable de aquel chantaje.

Estaba culminando la cuesta que lo llevaba a su casa pero estaba muy lejos de tener un asomo de respuesta a la pregunta de su hija: ¿Por qué a éstos “pegados de la teta y sin ver para los lados” no los llamas ladrones como llamaste ladrones a adecos y copeyanos toda la vida? Estaba todavía más lejos de tener para sí mismo una explicación a esa cosa que se le anudaba en la boca del estómago y le ponía ese regusto amargo en la boca. ¡Cómo se pudo ser tan escaparate! ¿Qué le pasaba? ¿No sabía o no quería saber?

Sintió en su interior que otra interrogante se consolidaba, se solidificaba y que, más allá del emplazamiento que le hizo su hija, tenía que ver con algo que era con él, con nadie más. ¿Cuál era su miedo a expresar toda la crítica, a

denunciar toda la inmundicia? ¿Era lícito para él consentir ese miedo?

El 2015 fue un año triste en todos los sentidos. La debacle de los precios del petróleo que se embarrancó desde principios del 2014, en el 2015 mostró su rostro de escasez, desabastecimiento, especulación, acaparamiento, crisis, desempleo. Fue el año en el que se inventó el verbo bachaquear, Unos bachaquearon, otros fueron bachaqueados, pero el bachaquerismo nos afectó a todos. Bachaquerismo no era buhonería, él lo sabía muy bien. Al lado del bachaquero, el buhonero era todo un caballero. La buhonería consiste en vender por la calle, informalmente, para no pagar costo de local e impuestos y abaratar, de esta manera, los precios al consumidor y viandante.

El bachaquerismo es sacar mercancía, sobre todo alimentos, comprada con dólares subsidiados, utilizando forzosamente conexiones con el gobierno, y venderla, con formato buhoneril, a precios de dólar de mercado. Fue la corrupción al alcance de todos. Fue la constatación de que podíamos ser mucho peores de lo que imaginábamos, que podíamos ser miserables usureros y especuladores, los más cínicos, capaces de sacarle los ojos al vecino más vecino. Sobre todo en la catedral del bachaquerismo: La plaza Pérez Bonalde en su Catia del alma. ¿Qué habrá hecho el poeta para merecer tan triste homenaje?

Se denunció de todas las formas posibles que la línea de mando del bachaquerismo nacional pasaba por la Red de Abastos Bicentenario y llegaba al Ministerio del Poder Popular para la Alimentación, que durante meses todo el Norte de Santander, en la hermana República de Colombia, era regularmente abastecido por el contrabando de extracción de productos altamente subsidiados en unos volúmenes que implicaban colusión militar binacional en el paso de gandolas por la frontera, pues solo en gandolas se podía trasladar aquellos tonelajes de mercancía. Fue aquella una degradación colectiva. El que bachaqueaba porque hacer tanto daño no podía dejarlo indemne,

independientemente que se bachaqueara para sobrevivir, y el bachaqueado porque, además del robo del que era objeto en lo que llegaba a pagar por el producto que necesitaba y que en el abasto no había, quedaba demasiado humillado, demasiado sometido, demasiado ultrajado.

El bachaqueo nos hizo daño en el alma. Daño del que no nos habíamos recuperado, pensó, mientras se afanaba en el tramo final de la subida, sintiendo que subía ya con otra fuerza, como los burros que, tras el agotamiento de la jornada, al sentir cercana la querencia, aprietan el paso para llegar cuanto antes. Él no apretaba el paso pues mucho hacía con mantenerlo, pero sentía próxima la ansiada llegada a su casa.

Por eso le pareció muy justo lo que hizo el pueblo de Venezuela el primer domingo de diciembre de 2015, cuando revolcó al gobierno del Presidente Maduro y al PSUV en las Elecciones Parlamentarias y la oposición, agrupada en la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), sacó 112 diputados, lo que era dos terceras partes de la Asamblea Nacional.

Él fue uno de los seiscientos y pico mil votos nulos. Él jamás votaría por la derecha, pero tampoco convalidaría desfalco. Por eso votó nulo y de eso no se enteraría ni Paula, quien andaba movilizada para que la gente castigara al gobierno con el voto por haber sido tan corrupto.

A él le preocupaba mucho que su hija no considerara que, de un enfrentamiento exclusivo al gobierno de Maduro, se beneficiaba un sector político, una fuerza política que representaba todo a lo que él se había enfrentado en esta vida. Sin embargo, ¡cuánto sabría él que La Guaira es lejos!, que no se atrevía a decirle nada porque su hija podía recitarle el silogismo que venía diciendo todo ese tiempo, no a él pero para que él lo escuchara, y que a él le parecía irrefutable.

Primera premisa: Venezuela carece de futuro si no recupera el sideral desfalco del que ha sido objeto.

Segunda premisa: El obstáculo que impide poner a toda la fuerza del Estado venezolano en la recuperación de ese medio billón de dólares disperso y oculto en los paraísos fiscales del mundo es el gobierno del Presidente Maduro, en tanto que máximo representante de los desfalcadores.

Conclusión: Quien quiera recuperar el patrimonio económico, el tesoro sin el cual la recuperación nacional es imposible, debe tratar de salir por la vía democrática, soberana y constitucional de las elecciones, de este gobierno desfalcador. El primer escalón son las parlamentarias, después vendrán las regionales y municipales y, finalmente, las presidenciales. ¿Le podía objetar algo a aquel discurso que su hija le presentaba en esa circunstancia y que a él le dolía tanto?

A dos años cumplidos de aquel diciembre lo único de lo que ambos podrían acusarse era de gran candidez. De creer que la Constitución sería respetada por quienes estaban determinados a preservar un botín descomunal.

Terminó la ascensión de la cuesta con sensación de agonía. El regreso a su casa desde el Terminal de La Bandera, con su penoso tramo de Metro y su caminata desde la Estación Agua Salud, había sido una extralimitación total. En condiciones normales habría sido un palizón, pero él no estaba en condiciones normales, él estaba espichado cuando salió de La Bandera y se había lanzado la subida con ese plomo en el ala. Llegó sí, pero redoblándose, exigiéndose, exprimiéndose, reventándose, sobre todo eso último, pues lo más esforzado de su ascensión fue haberla hecho con esa otra ascensión interior hacia una luz que necesitaba y no encontraba.

Inició el trayecto en plano hasta su casa sintiendo cómo esa sensación angustiada de mirar las cosas y juzgarlas a la luz de lo que sabía hoy, y no de lo que sabía cuando pasaron, lo envolvía en una permanente comparación entre lo que respondió y lo que hubiera respondido de haber sabido.

El remate de la triste memoria de aquel año 2015 fue su encuentro con Juan Topocho, uno de su mismo cumbre del 23 de Enero, compañero de muchas luchas, quien estaba metido en la Plataforma por una Auditoría Pública y Ciudadana, un intento bien serio por tratar de reivindicar el derecho de la ciudadanía a que se le rinda cuentas de los bienes que le pertenecen a la nación completa y que son administrados por el gobierno. Con su particular estilo, ¿no es eso?, Topocho le informó que el honorable Poder Moral conformado por la Fiscal General de la República, Luisa Ortega Díaz, el Contralor General de la República, Manuel Galindo, y el Defensor del Pueblo, Tarek William Saab, los había mandado a lavar ese culo y se había declarado incompetente para procesar la solicitud de la Auditoría Pública. Mucha independencia y patria socialista, pero presentarle al pueblo las cuentas sobre de qué fondos se disponía, en qué se gastaron y cómo, eso no.

El torbellino de sucesos que se sucedieron a partir de la contundente victoria electoral de la oposición se apelotonaba en su memoria como un encadenamiento diabólico. Cuando las cosas pasaron eran tan inauditas que se había quedado una y otra vez paralizado en la sorpresa.

Conscientes de que con dos tercios de la Asamblea Nacional, la oposición estaba en capacidad de tomar y ejecutar decisiones sin tener que negociarlas con el gobierno ni con el PSUV, éstos tomaron la decisión de mandar respetuosamente p'al carajo a la Constitución todas y cada una de las veces que se interpusiera entre ellos y su objetivo de preservar el poder para conservar y usufructuar el desfalco. En aquel momento tenían que hacer algo concreto y preciso para quitarse de encima la espada de Damocles de la mayoría calificada. Había que disponer del Poder Judicial en forma incondicional. Para ello, contrariando la Constitución, las leyes y los procedimientos establecidos, en la misericordia de días que le quedaba a la mayoría oficialista de la Asamblea Nacional saliente, decidieron confeccionarse un Tribunal Supremo de Justicia

a la medida de sus necesidades, aunque para ello hubiera que forzar la barra y hasta nombrar magistrados que no solo no llenaban los requisitos de ley, sino que por poseer antecedentes penales estaban impedidos para ser magistrados. Este Tribunal Supremo de Justicia “pa’ lo que salga” es el encargado de tumbarle la mayoría calificada de dos terceras partes en la AN a la oposición agrupada en la Mesa de la Unidad Democrática, invalidando para ello los resultados de las elecciones parlamentarias en el estado Amazonas, valiéndose de una comisión de delito electoral que jamás se investigó, jamás se buscó y mucho menos se encontró a los culpables de aquel presunto delito que solo sirvió de coartada jurídica para que el Consejo Nacional Electoral “se viera en la obligación” de desproclamar a los diputados electos y proclamados, tres de la oposición, todos indígenas, y uno del gobierno.

Sin esos tres diputados la oposición ya no tenía la mayoría calificada, pero la República Bolivariana de Venezuela ya no tenía Poder Judicial ni Poder Electoral. El TSJ se tornó en la sastrería jurídica del gobierno y el CNE en el Ministerio de Elecciones.

La institucionalidad republicana había recibido un mandarríazo obscuro del que, no solo no se repondría, sino que recibió tantos más que podía hablarse de demolición. Para aquel jueves de finales de enero de 2018 en el que se comprimían, en su corazón y su cerebro, la significación de aquella cadena de eventos habían transcurrido dos años. No había el menor asomo de intención de repetir las elecciones en el estado Amazonas. El gobierno sabía que si en diciembre de 2015 había sacado un diputado, en unas nuevas elecciones lo perdía, y la oposición sacaba los cuatro diputados, consolidando así la mayoría calificada de dos terceras partes. A pesar de lo grave del precedente, el estado Amazonas se quedaría sin representación parlamentaria.

A mediados de ese año 2016 ocurrió que, ante la manifiesta actitud del Poder Judicial de no avanzar investigación

alguna sobre la denuncia de delito electoral que propició la desproclamación de los diputados electos por Amazonas, sin la menor preocupación institucional porque un estado federal se quedara sin representación, sin el más mínimo gesto de que unas nuevas y obligatorias elecciones se estuvieran pensando y mucho menos preparando, la mayoría opositora en esa AN tomó la decisión, ¿cayó en la provocación?, de reincorporar a los diputados desincorporados. A su vez, el TSJ respondió a esta conducta declarando a la AN en desacato. A partir de ese momento sus decisiones serían desconocidas por el resto de los poderes públicos. Las atribuciones que, por mandato expreso de la Constitución, eran exclusivas de la AN, fueron repartidas entre el gobierno de Maduro y el TSJ de Moreno. El gobierno parecía no entender que engullía y engullía poder y perdía y perdía solidez. Que a medida que más se apoyaba en la fuerza, menos lo sostenía la razón y la ley. Faltándole unas pocas decenas de metros para llegar a su casa, exhausto como estaba, sintió que no quería llegar todavía, que temía que la dinámica de su llegada, las preguntas de Maura o de sus nietos Paula y Javier, lo sacarían de este momento suyo tan particular que estaba viviendo. Tomó la precaución de llamar.

_ Epa señor Roseliano, ¿por dónde va? Aquí lo estoy esperando con una olla de agua caliente para que se eche un buen baño. _

_ Todo bien, Maura, ya subí. Estoy en la reja de la señora Patricia. Quería saber si Isabel estaba despierta, pues me imagino que Javier estará todavía viendo televisión... _

_ Sí señor Roseliano, Javier está viendo la telenovela conmigo, pero Isabel se durmió y la llevé a la cama. Está rendida. Llegue para que se bañe, coma y descanse, que debe estar acabadito..._

_ Ahoritica llego Maura. No quiero llegar jadeando, estoy recuperándome un poco antes de entrar. No me tardo ni cinco minutos. _

_ Está bien, señor Roseliano, lo esperamos. _

Respiró profundamente, varias veces, pensando que cinco minutos no le dejaban la más remota posibilidad de expulsar de su cuerpo aquella tensión que le agarrotaba el alma, pero con todo y eso, volvió al pozo de reflexiones en el que corría el riesgo de ahogarse.

Aquella jugada del gobierno de Maduro revelaba, radiografiaba la actitud asumida y la subsiguiente conducta. El gobierno quería que entendiéramos que quien maneja el argumento de la fuerza, de los Sukoy, de los misiles, de los fusiles, no necesita más argumentos.

Como si tuviera pactada con el gobierno la demolición de la Constitución Nacional, el primer Presidente de esa AN mayoritariamente opositora, el secretario general de Acción Democrática, Diputado Henry Ramos Allup, en forma jaquetona, prepotente y sobrada, aseguró en una rueda de prensa que en seis meses se saldría del Presidente Maduro, como si la función de la AN fuese la de tumbar al gobierno.

Era aquella una guerra sin buenos, en la que quien salía despedazado era el pueblo venezolano. Era esa sensación paralizante, que su hija Paula parecía no percibir, de que la oposición que había ganado el parlamento tenía a la venganza como proyecto de país.

Pensó que ya vería cómo concluía su calvario, pero que no podía hacer esperar a Maura más tiempo, que tenía que llegar.

_ ¡Compañero abuelo, por fin llegaste! _ Le gustó, le reconfortó y, en alguna medida, le sorprendió el sentido abrazo con el que lo recibió su nieto, quien lo trataba de compañero porque él, a menudo, le decía compañero nieto, y le argumentaba que abuelo y nieto ya lo eran y siempre lo serían, pero que ser compañeros era otra cosa.

_ ¡Ay señor Roseliano, cómo debe estar, pobrecito, mayor matada que se echó de Agua Salud hasta acá! Agarre el agua caliente, que ya Javier le llenó el tobo, para que se dé un buen baño, coma y se acueste. Al agua le puse hojas y flores de cayena para que lo relajara. _

_ Gracias Maura. Eres nuestra madrina colectiva..._ le dijo, con verdadera gratitud.

_ Paula me pasó un mensaje diciendo que van llegando a Barquisimeto, que todo está bien. _

_ Cuando yo salí del Metro en Agua Salud iban pasando por Guacara. Les ha rendido..._ comentó, mientras se metía al baño, acordándose entonces que había decidido contestar el mensaje de su hija al llegar a la casa. Delegó en su nieto la tarea de escribir lo que le iba a decir a su hija, mientras vaciaba la olla de agua caliente en el tobo y se desnudaba para bañarse.

_ Ya en casa. Todos bien. ¡Chama pila! Dios te bendiga. _ le dictó a su nieto.

_ ¿Es todo, abuelo? Parece un telegrama..._ le preguntó su nieto un tanto extrañado por lo escueto del mensaje.

_ Está bien..._ aceptó condescendiente. _ Añade: Después te cuento con detalle. Llegué tan cansado que Javier me hizo el favor de escribirte este mensaje. _

_ ¿Ves, abuelo? Así está mejor..._ le dijo su nieto, con un toque de ironía pedagógica. _ Te espero para acompañarte mientras cenas..._ añadió, con una solicitud que revelaba lo especial de la ocasión y las ganas que tenía de que le contara los detalles de la partida de su mamá.

No siempre se bañaba con agua en tobo pues, cuando llegaba el agua y se llenaban los dos tanques azules que tenía en la platabanda, conectados al sistema de tuberías de la casa, utilizaba la ducha. Como el agua de los tanques

se había acabado, se veían en la obligación de usar el agua almacenada en los pipotes ya que, a medida que el ciclo de suministro se espaciaba, se hacía menos regular y más esporádico, era más común tener que utilizar el almacenaje de emergencia que eran los pipotes. En ambas circunstancias, ducha o tobo y tapara para echarse el agua, la cultura de la escasez imponía el bañarse dentro de una ponchera grande, destinada a recoger el agua del baño para después utilizarla en la poceta. En aquella ocasión agradeció el baño con agua caliente infundida con flores y hojas de cayena. Aquel mimo que le deparó Maura le pareció todo un detalle para su cuerpo magullado por dos ascensiones: La que había culminado y, sobre todo ésta, en la que andaba perdido. Cuando el agua comenzó a resbalar sobre su cuerpo, desde la cabeza a los pies, como una caricia reconfortante y benéfica, la procesión que llevaba por dentro lo volvió a poseer precisamente a causa del agua.

El 24 de febrero de aquel año 2016, cuya memoria estaba reconstruyendo justo cuando llegó a su casa, había sido su momento de deslinde definitivo con el gobierno del Presidente Maduro. Aquel espectáculo lamentable en cadena nacional de Radio y TV en el que, con bombos y platillos, se le entregaba a los más voraces escualos de la minería transnacional el 12% del territorio nacional, una franja de territorio al sur del Orinoco más grande que Cuba, o que Portugal, por poner dos comparaciones conocidas, con el miserable Decreto del mal llamado Arco Minero del Orinoco, era una hiriente evidencia, una ruda constatación, de que por conseguir los dólares que ya no daba el petróleo para gobernar, mejor dicho, para pagar la nómina del gobierno, gobernar es palabra grande, la pandilla que ocupaba Miraflores no iba a tener escrúpulos para cagarse en los preceptos constitucionales que reconocían a los pueblos indígenas y sus derechos sobre los territorios en los que vivían ancestralmente, ni los preceptos constitucionales que consagraban la preservación del ambiente, la biodiversidad, el aire y el agua. Él sabía que aquel decreto era un genocidio, pero no solo porque arrasaba la posibilidad misma de la existencia de pueblos milenarios,

sino porque al asesinar a la biodiversidad, al envenenar al aire y al agua de la cuenca del Orinoco, le asestaba una puñalada traperera el futuro inmediato de toda Venezuela y de todo su pueblo y eso, como en aquella película vaquera de su juventud, por un puñado de dólares. Era como una extraña hidrofobia. En el siglo XX, por sacar el petróleo se envenenó al Lago de Maracaibo, el mayor reservorio de agua dulce superficial de América Latina. Y en el siglo XXI, por sacar el oro, los diamantes, el coltán y las tierras raras se iba a envenenar el agua de la Orinoquia. La mayor cuenca hidrográfica de la nación. Era como si el agua, esa que lo estaba reviviendo al correr sobre su piel, no importara, no valiera, fuera infinitamente abundante. Como si sus tanques vacíos, su baño restringido al tobo, como si el clamor diario de barrios y comunidades, no hay agua, no hay agua, no significara nada.

Pero, y volvía de nuevo a su drama particular, aquella su ruptura definitiva con el gobierno de Maduro a causa del rastrero entreguismo del Decreto del Arco Minero del Orinoco, había sido tan íntima que ni siquiera Paula había sabido de ella. Estaba miserablemente atrapado en una trampa de silencio. Para que de su posición crítica no se aprovechara la Maquinaria López, o María Corina Machado, entonces se tragaba su grito de denuncia y se callaba.

¿Eran tan malos así, ése, al que algunos conocían como la Maquinaria López, y ésa, de nombre María Corina Machado?

_ No era que si eran tan malos. Era que son aún peores. _ se contestó a sí mismo, mientras calculaba el tercio de tobo que usaría en mojarse bien, antes de enjabonarse, para usar después los dos tercios restantes en aclararse y, con el fondito final, gozar del agua como quien se refocila con la vida.

_ Son la Guerra Civil en Venezuela. Esa es su tarea y su cometido. Que la rebelión popular de diciembre de 1998, cuando le dijimos NO a Henrique Salas Römer y SÍ a Hugo

Chávez Frías, la paguemos con toda la sangre de una Guerra Civil. _ concluyó en su reflexión y siguió para sus adentros, dándose cuenta que le era imposible pensar como si no supiese hoy lo que entonces desconocía, y por eso se saltaba el orden cronológico para explicarse a sí mismo cuán malignos eran y cuán, si no justificada, por lo menos explicada estaba esa cautela para impedir que de una actitud crítica suya se aprovecharan los activistas pro Guerra Civil en Venezuela. Pero el pensamiento se adelantó en su cerebro y siguió solo sin poder contenerlo.

_ Si el Teniente Alejandro Andrade no hubiera transformado, entre el 2007 y el 2010, a la Oficina Nacional del Tesoro, de la que fue nombrado Presidente, en su chequera personal, ninguna Guerra Civil fuera posible, pero el daño de haber transformado a la cabeza financiera del gobierno bolivariano en la oficina de negocios que trazó el perfil (y la lista) de la boliburguesía, así como, en su momento, Pedro Tinoco delineó, desde la presidencia del Banco Central de Venezuela, el perfil (y los nombres) de la que se conoció como la “burguesía emergente” de Carlos Andrés Pérez, fue como lanzarle a Venezuela la consigna de “A robar, a robar, que el mundo se va a acabar”, y eso sí que le abría posibilidades a una Guerra Civil..._ pensó para sí, mientras se le arremolinaba en la mente el país vuelto una robadera que su hija le había denunciado aquella tarde. Pero ni siquiera mientras se enjabonaba se tenía misericordia. ¿Acaso se metería en honduras? ¿Se atrevería a recordar que el Teniente Alejandro Andrade no se nombró a sí mismo en ese puesto que ostentaba de Presidente de la Oficina Nacional del Tesoro, junto al de Viceministro de Economía y Finanzas? ¿Recordaría que ese gobierno bolivariano al que aludió en su reflexión era el inicio de la tercera presidencia constitucional de Hugo Chávez Frías? ¿Recordaría que Chávez declaró públicamente que tantísimo poder colocado en una sola persona, el Teniente Alejandro Andrade, era para eliminar burocracia? ¿Recordaría tanto?

Se enjuagó el jabón, se reconfortó con el agua, tibia todavía, mojando su estrujada humanidad, y contuvo sus

cavilaciones recordando que Maura lo esperaba con la cena. No sentía hambre, pero tenía una gran debilidad. Comería poco y muy despacio. Salió del baño hacia su cuarto cubierto con la toalla y calzando sus bien amadas chancletas. Tras ponerse el mono deportivo que usaba como pijama, se peinó los crespos entrecanos, más canos que entre, salió de su cuarto y se sentó a la mesa que estaba adosada a una pared de la cocina. A un lado tenía a Javier, el compañero nieto, y al otro a Maura, quien señalándole un plato de sopa humeante le dijo _ Cómase primero la sopita que quedó del mediodía, ahora es cuando está sabrosa y le va a quitar la rabia de la caminata. Después se come el “no hay pele” que le tenemos preparado.

_ Gracias Maura, ¡que maravilla de recibimiento! Esa agua de cayena me dejó sedita y ahora esta sopita quita rabia, ja, j aja..._ rió agradecidamente y pagó la solicitud que le manifestaban con sinceridad total.

_ Para empezar les diré que Paula se fue, como dicen ustedes, relajada. Dejó toda la tensión, el stress, el encono y el fastidio en La Bandera, sí, no se hagan los paisas, porque ustedes sabían que entre tú mamá, Javier, que es tu comadre, Maura, y yo, había existido todo este tiempo, previo a su partida, una gran tensión. _ Espació el relato tomando unas pequeñas cucharadas, soplando pues estaba caliente, de aquella sopa que le reveló de golpe que se moría de hambre y debilidad. Aquella crema de auyama y pira en caldo de pollo, lo estaba reviviendo.

_ De paso les diré que La Bandera es un solo llantén. Aquello es un triste festival de despedidas. Vi a un niño llorar como lloró Isabel y casi me derrumbo, pero me aguanté. El terminal está horrendo. A uno todo el tiempo le están dando ganas de salir corriendo. Nos costó encontrar un negocio con café de máquina y un pedacito de barra donde acodarnos..._ ni Maura ni Javier le perdían palabra. Estaban discretamente atentísimos. Él, dirigiéndose a su nieto le dijo..._ Tu mamá botó la casa por la ventana y

pedimos un marrón grande fuerte cada uno. Ni quise saber cuánto le cobraron..._ rieron todos la ironía y él siguió..._ Nada, qué quieren que les diga. Paula Josefina se fue relajada, pero me dejó a mí más enredado que un kilo de estopa. O sea, que nada que, por ella pueden estar tranquilos. La despedida fue un verdadero reencuentro. Ella en Ecuador y yo en Venezuela, puedo decirles que estamos más juntos que todos estos meses pasados...porque la armonía de los corazones es más fuerte que la mayor de las distancias..._ dijo con voz engolada de locutor de radionovela. Maura y Javier le rieron su show de buena gana.

_ Bueno señor Roseliano, en cinco minutos me voy porque tengo que prepararle a mi mamá las pastillas de la noche, pero en tres, su nieto y yo le vamos a cocinar el “no hay pele” gourmet que usted nos enseñó a Paula y a mí hace más de veinte años._ Maura se había levantado de la mesa y, parada frente a la cocina, colocó en una hornilla una ollita pequeña, con poca agua y a buen fuego para que, tras hervir, cocinara un huevo los tres minutos de ley. En otra hornilla una sartén, con poco aceite y a medio fuego para freír unas tajadas de plátano maduro, previamente cortadas, que Javier, como si de una comedia se tratara, había sacado de la nevera. En otra hornilla, con fuego bajo, colocó la olla del arroz previamente cocinado, con el que cenaron Isabel, Javier y ella. En la última hornilla puso el budare y sobre este una torta mediana de casabe. Entonces con un tono de voz que buscaba remedar la de él, Maura, sacando de la nevera un recipiente con hojas de albahaca, comenzó su actuación.

_ Sobre un lecho de albahaca que mi ayudante picará muy fina y muy abundante, que para eso la tenemos en el conuco, y si no nos la comemos nosotros quién se la va a comer..._ él, rápidamente, se dio cuenta de que Maura estaba remedándolo y recordando aquella tarde de domingo, siendo ellas unas muchachas, cuando las llamó para que aprendieran aquel plato austero y de izquierda, pues en genérico se llama arroz a la cubana, y consiste en,

sobre una colina de arroz colocar dos huevos fritos flanqueados por una guarnición de tajadas de plátano maduro frito. La variante suya, a la que bautizó “no hay pele” era, sencillamente, reducir la fritura a las tajadas, que son insustituibles, y el huevo, así, en singular, para ahorrar, pasado por agua. Carcajeándose internamente, cosa ésta que le vino muy bien, siguió escuchando a Maura quien, acompañada por un Javier que estaba absolutamente en la jugada, continuó..._ colocaremos, bien caliente, el arroz para que éste haga que la albahaca lllore y se marchite levemente, impregnándolo con su exquisita esencia. Una vez que el agua entra en ebullición, colocamos el huevo para que se totee contra las paredes de la olla por tres minutos exactos que aprovecharemos para cortar unas lajitas de queso guayanés, sorprendentemente más barato y más sabroso que el más barato de los quesos blancos duros. Seguidamente mi ayudante colocará en la sartén, con el aceite caliente, las tajadas previamente sacadas para que, en un par de vueltas y vueltas, queden dulcemente doradas..._ Maura hizo una pausa teatral y le preguntó a Javier _ tiempo, mi querido pinche..._ Con gestos exagerados, como de teatro infantil, Javier vio en su teléfono celular el tiempo transcurrido y después de unos instantes comenzó la cuenta regresiva..._ diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡fuera! _ Maura sacó el huevo de la ollita y lo colocó en un pocillo de peltre. Con una cucharilla golpeó la punta de la cáscara y abrió por ahí el hueco suficiente para extraer la yema y la clara pasadas por agua, vertiéndolas sobre la colina de arroz de modo que, poco a poco, se fuera impregnando.

_ Pizzca de sal, pizzca de pimienta..._ dijo Maura imitándolo cuando él imitaba al chef Karlos Arguiñano, con sus zetas marcadas y remachadas, pizzca de sal, ja ja, siguió riéndose pero con otro contenido. Se estaba emocionando intensamente. Aquella comedia que le montaban Maura y Javier era para celebrar lo que les había contado. Aquella tensión entre su hija y él era un problema colectivo que, en alguna medida, los afectaba a todos. Maura siguió soltando aquel recuerdo que lo retrataba unos años atrás, siendo un

papá de izquierda, inventando platos para transformar la austeridad en plenitud, en disfrute. _ Colocamos sobre la colina de arroz que reposa sobre el lecho de albahaca e impregnada por el huevo pasado por agua, las lajitas de queso guayanés. Y para deleite final, para postre exquisito frecuente en la corte celestial, se guarnece la colina de arroz antes descrita con unas doradas y tiernas tajadas de plátano frito las cuales, montadas sobre trozos de casabe, para aumentar el volumen sin diluir el sabor, completarán este resuelve que es a la vez ligero y contundente..._ Maura hizo un silencio grandilocuente y colocó el plato en la mesa.

_ Ahí está..._ concluyó, y payaseó unas inclinaciones de saludo al público graciosamente caricaturescas mientras Javier la imitaba a su lado. Él se levantó sin dejar de reír, abrazó a Maura con un brazo y le echó el otro a su nieto, los apretó contra sí con una sensación de gratitud inmensa y, de pronto, lo sabían desde un principio, empezaron a llorar la ausencia de la hija, de la madre, de la comadre y amiga, la ausencia de Paula Josefina, que a esa hora estaba atravesando la aridez nocturna de la carretera Lara-Zulia. Se estuvieron un rato fuertemente abrazados sintiendo que se querían mucho.

_ Bueno, nos comimos el postre antes que el salado..._ dijo Maura mientras se encaminaba a la puerta acompañada por Javier.

_ Gracias Maura, de todo corazón..._ le dijo él y se sentó a la mesa a mezclar metódicamente la albahaca, el arroz, el huevo y el queso, ayudándose con un trozo de casabe, dándole los primeros bocados a ese “no hay pele” entreverado de recuerdos.

Tras acompañar a Maura hasta su casa, que quedaba muy cerca, Javier regresó y se sentó a su lado justo cuando el empezaba a apretar contra el paladar el sabor exquisito de una tajada con un trozo de casabe.

_ ¿Quieres saber más, no? ¡Compañero nieto, carajo! Ahora es cuando tú y yo vamos a necesitar ser más compañeros que nunca..._ le dijo, mientras le palmeaba el hombro y continuó _ ...mira a ver qué consigues en la nevera, a lo mejor hay algo, aunque sea agua, para pasar esta delicia..._

_ Papelón con limón, para que no te quejes..._ le dijo su nieto mientras sacaba de la nevera una jarra que llevó a la mesa..._ pero le tienes que dejar a Isabel que no ha tomado.

_ ¡Así me gusta!, que estés pendiente de tu hermana..._ le dijo a su nieto mientras se servía un vaso del guarapo de color acanelado. Bebió un sorbo que paladeó con fruición y concluyó..._ Ahhh, ¡qué vaina tan buena! _ Javier lo miraba con cara de ¿no me vas a contar más? que él leyó sin dificultad.

_ Tu mamá es una mujer muy brava, Javier, muy entera. Dicen que se parece a mí, pero será por fuera, porque de carácter es el vivo retrato de su madre, tu abuela Josefina que en paz descansa, quien era una mujer apretada y guapa para enfrentar los retos y las adversidades. Tu mamá, y esto tú ya lo sabes porque ella lo habló mucho contigo, tiene que buscar un sitio en el mundo para poder seguir siendo lo que es, o sea, conservar y desarrollar la profesión para la cual se formó. Ella es una enfermera especialista en traumatología y cuidados intensivos, y si no puede ejercer eso que sabe hacer, lo pierde y eso, para ella, es perder mucho. _

_ Pero..._ intentó decir Javier, y su abuelo lo detuvo con un gesto.

_ Ya va compañero. Déjame terminar porque, aunque no lo creas, nada de lo que te estoy diciendo me es sencillo ni contarle ni aceptarlo. _

Está bien, compañero... aceptó Javier, dándose cuenta, sintiendo como una rara electricidad, de que aquella conversación con su abuelo era importante, que tenía que ver con comprender, y comprender era el primer paso a perder el miedo que era lo que más le mortificaba a él. Su abuelo siguió, pero en la pausa cayó en la provocación del nieto y se propuso adelantarse a su inquietud.

_ No creas que vamos a terminar la conversación ahorita, eso lo primero, son las diez y tú mañana tienes que madrugar para ir al liceo. Te voy a decir lo que acordamos ella y yo, que es algo que tú entenderás fácilmente, pero que nos tienes que ayudar a que tu hermana lo entienda también y eso no es imposible, pero es más difícil. Verás Javier, decimos tu mamá está en Guayaquil, y no decimos tu mamá se fue a Guayaquil. ¿Pillaste la diferencia? Tu mamá está garantizando empleo y sueldo primero, para después asumir vivienda y escolaridad y así, no solo reunirse con ustedes sino garantizar el sacar adelante tu formación y la de tu hermana, porque ella piensa, y como tú sabes, con muchos elementos para tener razón, que eso puede pasar allá, y no aquí, al menos no por ahora. Te confieso que yo voy a empezar a trabajar para que eso no sea así, pero ya ésa es harina de otro costal. Lo que tu mamá y yo acordamos es que ese tiempo sea lo más igual que antes posible. Que su, oye bien, no su ausencia, porque ella se las va a arreglar para hacerse presente, sino su estadía en Guayaquil sea algo que no altere la rutina que deben seguir tu hermana y tú y, ya que es ridículo pretender ignorar el hecho de que no esté con nosotros, que por lo menos eso nos afecte lo menos posible. Esa va a ser mi tarea y quiero que tú me ayudes a cumplirla. _

_ Pero..._ el abuelo volvió a detener el intento de Javier por intervenir.

_ Antes que se me olvide, Javier..._ le dijo con aire suspicaz, y continuó... _ te felicito. Te portaste muy bien..._

_ ¿Cuándo me porté muy bien? _ refunfuñó el nieto, un tanto amoscado por tantos impedimentos que su abuelo le ponía a su curiosidad.

_ Cuando hiciste lo que tenías que hacer para impedir que tu mamá se peleara con la comisaria del CLAP, la del lío de hace dos meses..._ le dijo él.

_ ¡Entonces sí hablaron de eso!_ se confirmó Javier.

_ ¡Claro que hablamos, compañero. Ya se lo dije a Maura y a ti cuando llegué. Paula Josefina se fue relajada. El que se quedó con la procesión por dentro fui yo, pero no me pidas, no me supliques, no te lo voy a contar ahora. _

_ Dale abuelo, ya me quedé tranquilo. Esa discusión que tuvieron mi mamá y tú por ese peo de la bolsa del CLAP la tenía a ella muy mortificada. _

_ Dios te bendiga, Javier, te quiero mucho._

_ Y yo a ti, abuelo, hasta mañana. _

Antes de acostarse pensó que su temor a perder el hilo de la reflexión que traía al llegar a su casa estaba justificado, pues aquella cena que Maura y Javier habían, más que preparado, escenificado, había tenido categoría de acontecimiento. Sentado en su cama constató que si bien sus agotados huesos clamaban por la posición horizontal, pues estaba realmente cansado, no tenía sueño. Decidió por fin tenderse poco a poco, ayayayando cada movimiento, cada estiramiento. Dándose permiso para tener sesenta y nueve años y un cuerpo que le iba a cobrar de muchos modos la cruenta sobremarcha que le infligió. Reposó al fin la cabeza en la almohada, terminó de estirar brazos y piernas, exhaló el aire de sus pulmones e inspiró después, lenta y profundamente, todo el que le cabía, para repetir la operación unas cuantas veces. Sin saber cómo le llegó, le brincó el resto del 2016 por donde lo había dejado. No tenía nada que temer. La dolorosa ascensión a la claridad de su alma continuaba, ahora sin apremios, con toda la noche por delante.

Para responder a la jaquetonería del diputado Ramos Allup y su finiquito al gobierno del Presidente Maduro en un plazo

de seis meses, el TSJ de Moreno, que a su vez era de Maduro, a pesar de que la Constitución le confiere expresamente a la AN la atribución de nombrar al CNE, ratifica a las rectoras con los períodos vencidos y así, ese CNE “manió”, como dirían en Cumaná, vencido, y carente de autoridad desde el abandono a su suerte del estado Amazonas, le tumbó a la oposición el Referendo Revocatorio para el que había recogido las firmas y cumplido con los requisitos. Se valió esta vez de unos tribunales, sin competencia electoral y sin jurisdicción, que se ganaron para darle al CNE la cobertura jurídica con la que perpetró el secuestro de ese instrumento constitucional que la oposición había intentado. Fue, en la práctica, la repetición de la jugarreta del delito electoral en el estado Amazonas, que tan buen resultado les había dado. Pero hasta donde el asunto llegó, reveló tanto sobre las contradicciones en el seno del gobierno de Maduro que se impuso ir despacio. La claridad que él buscaba era muy amarga y su memoria no le ahorró detalles. Cuando el CNE, en la persona de la rectora presidenta Tibisay Lucena, anunció el 1 de agosto de 2016 que la oposición había logrado la primera fase, la fase de recolección del 1 % de las voluntades del Registro Electoral, la oposición había colocado todo a su favor y por eso estalló de júbilo. Sobreponiéndose a las miles de marramucias con que les empedraron el camino, habían colocado los instrumentos de la Ley y del Poder Electoral a su favor. Toda la trampa del retardo ilegal, arbitrario y anticonstitucional, se debía a que si el Referendo Revocatorio se lograba para el 2016, como nadie dudaba de que Maduro lo perdía de calle, habría que convocar nuevas elecciones. Si, por el contrario, el Referendo Revocatorio se colocaba para el 2017, como solo faltarían dos años, le correspondía culminar el mandato presidencial a quien fuera el vicepresidente o la vicepresidenta, según fuera el caso.

Cuando la rectora del CNE Socorro Hernández, el 30 de agosto de 2016, declara que la segunda fase, la recolección de huellas dactilares para la manifestación de voluntad del 20% del Registro Electoral se realizaría del 24 al 30 de octubre de 2016, muchos dirigentes de la oposición salieron a rasgarse las vestiduras por el retardo injustificado del proceso. Desconocían que esa convocatoria era una victoria importantísima, que significaba en todo caso, directamente, la salida de Maduro, independientemente que no hubiera nuevas elecciones. Y significaba una recomposición total del

escenario político. No todos los dirigentes de la oposición eran tan simples. El secretario ejecutivo de la Mesa de la Unidad Democrática, Jesús “Chúo” Torrealba, bajó línea: transformar la recolección de huellas dactilares del 20 % del Registro Electoral del 24 al 30 de octubre en el Referendo Revocatorio. Era obvio. Del 24 al 30 de octubre de 2016, toda una semana, el mundo estaría pendiente de Venezuela. En el Meliá Caribe de Sabana Grande estaría la sopa de letras: La ONU, la OEA, la UNASUR, la CELAC, la UE, el ALBA, el Centro Carter y todos los observatorios electorales del mundo. Venezuela sería noticia una semana seguida. ¿Qué más podría quererse? En esas condiciones se podría recoger no solo el 20% de las voluntades del Registro Electoral, sino hasta el 40 o el 45 %, y después de eso, ¿qué quedaría de la presidencia de Maduro? Pero todavía no llegaba el ignominioso lugar de su vergüenza. El 7 de septiembre de 2016 era miércoles porque él estaba viendo “Con el mazo dando”, el programa semanal de quien el politólogo alemán Heinz Dietrich seguía catalogando, sistemáticamente, como el “capitán anticomunista” Diosdado Cabello, primer vicepresidente del PSUV, y sí, veía lo que no le gustaba, porque de ese programa no le gustaba nada, le parecía peculado de uso puro y duro desde el comienzo hasta el final, pero quien quería tener algún resquicio de información, en la Venezuela más desinformada de los últimos setenta años, no tenía más remedio que verlo. Y, ¿por qué negarlo?, de vez en cuando el programa tenía su interés, como pasó ese día. Ataviado con una chaqueta verde olivo de corte maoísta que destacaba su poder militar, el vicepresidente del PSUV tenía lo que él llamó “una vuelta” al problema del Referendo Revocatorio. Empezó por descartarlo definitivamente para el año 2016 y si éste llegaba a realizarse en el 2017, y el presidente Maduro quedaba “negado”, esa fue la palabra que utilizó, asumía la presidencia hasta el final del período el Vicepresidente ejecutivo que estuviera en funciones para ese momento. La “vuelta” consistía en que, a la semana de haber asumido el que fuere vicepresidente la presidencia, ya como Presidente en funciones, podía nombrar como su Vicepresidente a Nicolás Maduro, y a la semana siguiente, en pleno uso de sus derechos, renunciar a la presidencia de modo que Nicolás Maduro, en su condición legal de Vicepresidente, no tuviera más remedio que asumir, de nuevo, la presidencia. ¿Van a hacer otro Referendo? se preguntaba sonriente, orgulloso de su genialidad, de su maquiavelismo, el primer Vicepresidente del PSUV. Él se quedó petrificado. Aquel

desprecio tan profundo por la decisión que, hasta Diosdado daba por impecable, Maduro revocado de su cargo por votación del pueblo venezolano, ¿era algo compatible con la noción de revolución? ¿se podía ser revolucionario y cagarse públicamente, de modo tan obscuro, en la voluntad de un pueblo que en un Referendo Revocatorio decida revocar el mandato del presidente?

Aquella declaración de “principios democráticos” del preclaro líder pesuvista, aquella exhibición espontánea y sincera de fascismo silvestre, tuvo para él la virtud de caracterizar el grado de putrefacción al que había llegado lo que, muy a su pesar, era la dirección práctica, real y objetiva del proceso bolivariano. Pero no fue necesario aplicar la astucia “diosdadista”. Como el peligro de que la recolección de huellas dactilares pauta por el CNE del 24 al 30 de octubre, se convirtiera de hecho en el Referendo Revocatorio, echaron mano de tribunales “pa’ lo que salga”, que no tenían jurisdicción en materia electoral, y a pesar de haber anunciado oficialmente que la fase del 1% había sido cumplida, anularon su propia decisión, como desproclamaron a los diputados electos por Amazonas, ¿qué era una raya más pa’ un tigre?, suspendieron la convocatoria para la fase del 20% y secuestraron una de las instituciones fundamentales de la Constitución Bolivariana: El Referendo Revocatorio.

No contentas con esa hazaña, las rectoras, que no el rector, del CNE, en agradecimiento por tanta confianza depositada en ellas, a cuenta de oreja de cochino violaron, una vez más, lo más preciso de la Constitución que son los lapsos. Así, a las Elecciones Regionales que correspondían en diciembre de ese año 2016, las pospusieron para cuando no fueran tan peligrosas para el gobierno de Maduro, para que no funcionaran como el Referendo Revocatorio que no tuvieron más remedio que secuestrar, pero él no olvidaba el operativo que pusieron en escena, pues el Ministerio de Elecciones tenía la contradictoria tarea de promover la abstención electoral exhibiendo cuán a la orden estaba del Poder Ejecutivo. El 18 de octubre de 2016 la rectora Tibisay Lucena, aduciendo como argumento la llamada guerra económica y la caída de los precios del petróleo, como si lo que pautase la Constitución fuera de adorno, pospone las elecciones para finales del primer semestre del 2017, a pesar de que Vicente Bello, representante de la oposición ante el CNE denunció que la Ley de Presupuesto de 2016

tenía contempladas, y con montos asignados, a las Elecciones Regionales que correspondían para ese año. Se trataba de la demolición de la Constitución Nacional de 1999.

No pretendió enfrentarse a esa pulsión de verdad que lo invadía y sabía que solo dormiría cuando su Vía Crucis llegara a la última estación. Esa película que estaba proyectando su memoria no podía quedarse a medias.

El 2017 olía a sangre en su memoria. Además, le dolía muy particularmente porque fue el año en el que la crisis lo mordió a él directamente y en el alma, pues fue a mediados de ese año cuando Paula Josefina le anunció su decisión de mudar su vida a Guayaquil, siguiendo los pasos de su mentor profesional, el Dr. Porrás. Entre el 6 de abril y el 13 de agosto de 2017 pasaron de ciento sesenta las personas fallecidas y eso se parecía demasiado a la guerra que tanto temía. Por tener ese componente de muerte y de violencia, y porque la vida le hizo un jaque inesperado con la decisión de su hija de mudarse a un lugar en el que, mediante el ejercicio de la profesión en la que se formó, pudiera garantizar alimentación, salud, escolaridad y condiciones de vida a su hija de ocho y a su hijo de trece años respectivamente, asuntos éstos que en Venezuela era imposible resolver, el 2017 le era revulsivo. Sin que él pudiera decir que hizo esfuerzos por recordarlo, la memoria, solícita e impertinente, le trajo las imágenes de aquel 9 de enero de ese año, cuando el diputado Julio Borges, Secretario General de Primero Justicia y recién electo Presidente de la Asamblea Nacional, escenificó el sainete que si no evidenciara algo tan dramático como la preparación de las condiciones para una guerra, hubiera sido hilarantemente cómico. En sesión plenaria de la Asamblea Nacional, resuelve que se va a acatar la sentencia del TSJ, al que se habían cansado de calificar de espurio, en el sentido de proceder a la desincorporación de los diputados del estado Amazonas, y así lo hace efectivamente. Una vez desincorporados los diputados, el presidente de la AN reivindica que, como ya se han puesto a derecho, y tienen todos los poderes que les confiere la Constitución Nacional, entonces resuelven que el presidente Maduro, al que venían denunciando sistemáticamente por abuso del cargo, había dejado de ser Presidente por un presunto “abandono del cargo”.

Cualquiera se equivocaba y pensaba que tenían que ser muy pendejos para realizar esa jugada, y además con actitud de “nos la comimos, o sea, somos lo máximo”. Para generar las condiciones de la guerra que planificaban les quedó muy útil, muy operativa. Se trataba de un deshilachamiento sistemático de la institucionalidad. Que no quedara piedra sobre piedra.

Se levantó a la cocina para tomar agua y se dio cuenta de que todavía no era el momento de meterse en la cama, que la intensa agitación interior que sentía le exigía moverse, que por más agotado que estuviera, la fuerza para culminar esa ascensión interior hacia la claridad necesaria para responderle a Paula, a su hija, ¿por qué no llamaba a estos “pegados de la teta y sin ver para los lados”, ladrones, como llamaste ladrones a adecos y copeyanos durante toda su vida?, y también la claridad necesaria para dar esa respuesta sin que los perros de la guerra se pudieran aprovechar de ella, no venía de los músculos del cuerpo sino de los músculos del alma, esos que él había ejercitado a lo largo de cincuenta y cinco años de militancia en la izquierda radical venezolana, y el que estaba cansado era el cuerpo, no el alma.

Salió de la cocina y pasó por el cuarto de los nietos, no a verlos dormir, como si fuera papá de película de Hollywood, sino a palparles el sueño que era de las cosas que más le gustaban en esta vida. Él había dividido el cuarto mediante la colocación de un tabique a media altura que soportaba un escritorio de lado y lado, así como un pequeño closecito, con un lado para colgar la ropa y otro con estantes. Toda persona tiene derecho a tener un closecito, como decía “Carpintero”, el pana de Carapita que lo había ayudado en la construcción de ese mobiliario. Las camas, adosadas a ambas paredes contrarias completaban la disposición del espacio.

Llegó al borde de la cama de Isabel y la distinguió en la semioscuridad que posibilitaba la ventana que daba al exterior, y la luna menguante que tardaba lo suyo en salir. Cuando la vio supo que estaba profundamente dormida pero, de todos modos, para confirmarse, le tomó delicadamente el antebrazo por la muñeca, lo levantó unos centímetros y lo dejó caer, y cayó, rotunda y terminantemente, sin reticencia alguna, dando así fe de la profundidad de su sueño. Tal como lo dijo Maura, estaba

rendida. No era para menos pues nada cansa tanto como llorar. En cambio, al aproximarse silenciosamente a la cama de Javier, notó en seguida que estaba despierto a pesar de sus ojos cerrados y su cara de dormido circunspecto. Se dio cuenta además de que lo estaba pillando. Se detuvo un instante y optó por hacerse el que no se había dado cuenta, regresó sobre sus pasos y salió sin hacer ruido.

Salió por la puerta trasera de la cocina a su espacio favorito de la casa. Era como una sala-comedor-biblioteca-sala de lectura-cuarto de las herramientas-palacio de los corotos inservibles que guardaba para hacer esculturas, que estaba techado con láminas de acerolite justo hasta el espacio, bruscamente trapezoidal, en el que se abría su conuco. Ahí, al fondo, a dos metros del muro que daba a la calle, su orgullo, la mata de mango que sembró con su mamá para recordar el día de su Primera Comunión el 8 de diciembre de 1957, que ahora tenía sesenta años, y cada cosecha era una peleadera para que los muchachos del barrio no le cayeran a piedras a los mangos desde la calle de atrás de la casa. De ahí venían las tetas de carato de mango verde que vendía Josefina por la ventana que daba a la calle, en las tardes de mayo y junio. Él recogía los mangos montándose en una escalera que se hizo para la construcción de la segunda planta de la casa, y con el bajafruta que se inventó con una vara de bambú y una cesta de alambre grueso. Ella los procesaba de modo y forma que, en esos meses, casi que era el ingreso principal de la familia. Además, en su conuco crecían diseminados en diferentes canteros matas de albahaca, de orégano, de romero, de malojillo, de toronjil, y su bienamada pira, el alimento de Guaicaipuro, al que también le decían bledo, amaranto y yerba Caracas. Sentado en su sillón de lectura, confortablemente instalado, con los pies sobre la mesa de centro donde, en tiempos pasados, solía estar el periódico del día, Roseliano García encendió la luz de la lámpara de pie, colocada tras el sillón, que iluminaba sin enceguecer, y le agradeció a la vida el conocerse como se conocía. No iba a dormir hasta culminar esa otra ascensión, esta vez, hasta la claridad de su alma.

Su hija, en aquella despedida-encuentro, en el que las lágrimas de ambos lustraron de nuevo el brillo de su relación, y la dejaron fresca y rejuvenecida, con la complicidad necesaria como para enfrentar, ella desde allá y él desde aquí, el devastador síndrome de los dejados atrás, lo que había causado con aquel desahogo torrencial era

evidenciarle que él no podía seguir posponiendo la hora de la verdad.

Él sabía que la excusa para mantener su silencio y su falta de actitud ante la realidad que su hija le denunció, el país vuelto una robadera, era cierta y no era menor. Sí había fuerzas políticas, y personas concretas, con el expreso objetivo de generar, desatar, propiciar en su patria una Guerra Civil. Su respuesta al emplazamiento que le hizo su hija, que en definitiva era la toma de posición y de conducta que su conciencia le exigía desde hacía años, no podía desentenderse de ese problema político real. Y, sin embargo, junto a esa convicción que en muchas maneras lo detenía, lo hacía dudar, estaba ese otro sentimiento que, generalmente, lo llevaba al paroxismo de la indignación.

¿Cómo sería Venezuela si, en vez de haberle robado medio billón de dólares, se hubiesen administrado honesta, eficiente y transparentemente? ¿Habría posibilidad de una Guerra Civil en Venezuela si en vez de desfalco hubiera habido honestidad y transparencia?

Se estaba desbarrancando antes de tiempo y lo sabía. Debía contenerse, De lo contrario, el lacerante repaso histórico quedaría más que incompleto distorsionado. El robo no era solo ni principalmente de dinero. El robo era de sentido, de horizonte, de rumbo. El robo era un robo de imaginario. Era un robo de alma.

A la bufonada del diputado Julio Borges, entonces presidente de la AN, que hasta María Corina Machado rechazó en términos airados como gran rayón opositor, el TSJ de Moreno respondió con las sentencias 155 y 156 en las que condenaba como traidores a la patria a diputados de la oposición por solicitar la aplicación de la Carta Interamericana Democrática, siendo éste un instrumento legal vigente, del que Venezuela era voluntariamente signatario por decisión expresa del Presidente Chávez en el año 2001, y repartía entre el TSJ y el Poder Ejecutivo las atribuciones que la Constitución reserva exclusivamente al Poder Legislativo, a la AN.

La cosa no hubiera pasado a mayores si el 31 de marzo de ese año 2017, la Fiscal General de la República, Luisa Ortega Díaz, en su informe de gestión del año 2016, no le hubiera amargado el viernes al presidente Maduro con

afirmaciones a los medios de comunicación social según las cuales, esas sentencias 155 y 156 verificaban “un desconocimiento del modelo de Estado consagrado en nuestra Constitución” y una “ruptura del hilo constitucional”. Algo tuvieron que pesar aquellas declaraciones de la Fiscal, pues el presidente Maduro convocó en forma imperativa, o sea ahoritamente ya, al Consejo de Defensa de la Nación. Tras sus deliberaciones este Consejo acordó algo verdaderamente insólito no solo por anticonstitucional, sino por lo revelador del acelerado proceso de desinstitucionalización que vivía el país. Acordó el Consejo de Defensa de la Nación transmitir al TSJ “una exhortación” en el sentido de revisar las sentencias 155 y 156. Una sentencia firme del TSJ no tiene casación ni revisión, y contra sentencia firme del TSJ no hay exhortación que valga, pero, demostrando la absoluta independencia del Poder Judicial, si el Consejo de Defensa de la Nación transmitió al TSJ su “exhortación a la revisión” de las sentencias 155 y 156 pasada la medianoche, tuvieron los magistrados que trabajar toda la madrugada para que el sábado 1 de abril de 2017, en horas de la mañana, estuviesen listas las sentencias 157 y 158 que modificaban ¿maquillaban? algunas de las muchas groserías jurídicas de las dos sentencias anteriores, referidas a lo que tiene que ver con la inmunidad parlamentaria y al despojo de atribuciones de la AN, pero dejando vivita y coleando la agresión del Poder Judicial contra el Poder Legislativo. El Estado venezolano se volvía flecos ante los ojos de un país despojado del derecho a la protesta.

El gobierno de Maduro le restregaba a la oposición que no conocía límites en el desconocimiento de los términos constitucionales, que seguiría llevando armas letales para reprimir las multitudinarias manifestaciones, pero los personajes como Lauren Saleh dieron a entender que las inmensas manifestaciones sobre la avenida Francisco de Miranda, desde Chacaíto hasta Altamira, con gente de Petare, de La Castellana, de El Valle, de El Cafetal, de todas partes, o sea, con gente por carajazos, era el ámbito perfecto para los atentados, las agresiones violentas, los incendios de instalaciones públicas, como el incendio del preescolar de los trabajadores del Ministerio de la Vivienda, con los niños adentro, que porque Dios es muy grande no hubo desgracias, en fin, el terrorismo y la guerra. Y si el gobierno mató a muchos más, por creer que los que se consideran los buenos sí pueden matar, cuando nadie debe

hacerlo, desde sectores de la oposición igualmente se ejerció violencia, se mató con equivalente sevicia, con la misma intención de exhibir odio, como en el caso de Orlando Figuera, asesinado en la Plaza Altamira por ser moreno, afrodescendiente, tener aspecto de pobre, portar una franela roja y coincidir, para quienes lo quemaron vivo, con el formato de un chavista.

Pero en todo caso la muerte no era solo de gente. También era muerte de caminos, de búsquedas, de esperanzas. Era el escenario preferido de la guerra. Para que haya decenas de miles de muertos primero tiene que haber decenas de muertos y esos, esas primeras decenas, eran las que se andaban buscando. No se le escapaba para nada, en el carrusel de ideas que le daban vuelta, que la dinámica de la guerra tenía una lógica perfecta.

Para un gobierno en trance de esconder-sepultar-resucitar-reinvertir el más pavoroso desfalco del Tesoro Público de toda nuestra historia, nada podría funcionar mejor que una guerra.

Para esa oposición a la que no convienen las elecciones ni ganando, porque hacer elecciones es afirmar a la Constitución Nacional Bolivariana y su objetivo estratégico es destruirla, la Guerra Civil es el castigo que la historia impone a los pueblos que se rebelan, como se rebeló el pueblo venezolano en diciembre de 1998. Máxime cuando el gobierno de Maduro, y sobre todo, el desfalco, les facilitó la más estruendosamente calamitosa situación en la que Venezuela se encontró jamás. La tarea política con la cual Leopoldo López y María Corina Machado pretenden lograr sus máximas glorias es la de destruir el imaginario de la liberación; para lo que les hace falta la Guerra Civil que el gobierno de Maduro pone tan manguangua, tan papaya, tan fácil.

Por eso él vivió aquel tiempo con gran dolor pero, sobre todo, con gran desesperación, pues se daba cuenta que tras las declaraciones de la Fiscal General de la República, pero más aún, desde la exhibición de arrastramiento con la que actuó el TSJ, la oposición sintió que se cerraban todas las puertas. La electoral estaba clausurada por un CNE que se esforzaba en clarificar su parcialidad con el Poder Ejecutivo, y desalentar así la participación electoral que había sido, históricamente, la mayor amenaza del gobierno de Maduro.

No podía esperarse nada de un Poder Legislativo que tumbaba una y otra vez al gobierno de Maduro pero, eso sí, de pensamiento y palabra mas no de hecho.

Fue entonces cuando vio la calcomanía en un kiosco de Chacaíto, cercano casualmente a la estatua de José Martí. Era un alarde comunicacional tanto por el texto como por el diseño gráfico. “Calle o Cuba”, decía la calcomanía. La palabra “calle” estaba recortada sobre el tricolor nacional, y las palabras “o Cuba” estaban en el más fúnebre de los negros posibles. Él era lo suficientemente ñángara como para no tener puntos de contacto con esas palabras “Calle o Cuba”, pero también era lo suficientemente culto como para entender a quién le hablaba esa consigna, y entender por qué era tan genial, por qué era tan densa, tan escueta, tan coza, tan inquietante para él. Cuando la vio se lamentó del modo en que Cuba estaba inmersa en la política nacional.

Había una buena mitad grande del país para quienes la realidad nacional avanzaba copiando el curso que, en su momento, tomó el proceso cubano tras el derrocamiento, por las fuerzas que Fidel Castro lideraba, de la dictadura de Fulgencio Batista, y para quienes aquello era lo peor que podía pasar. Le sobrevino, un tanto impertinente, la pregunta sobre cuál era su posición personal en torno, más que a la presencia cubana en Venezuela, a la significación de aquel miedo de buena parte de la sociedad venezolana.

Cuba, en su vida de más de medio siglo de militancia en la izquierda radical venezolana, había fluctuado, más que cambiado, muchas veces. Sobre todo, para alguien como él, que militó en el PRV-FALN. Cuando su partido, o sea, Douglas Bravo, acordó con el gobierno revolucionario cubano, o sea, con Fidel Castro, el apoyo armamentístico para las guerrillas de las FALN que se vio frustrado en las playas de Machurucuto en mayo de 1967, tenía él dieciocho años, Cuba era entonces el faro luminoso que le indicaba a los pueblos oprimidos de América Latina y el mundo, el camino hacia la justicia y la libertad con las que está hecho el futuro. Una década más tarde, su PRV-FALN, en la histórica fractura sino-soviética, o sea, entre Mao Zé Dong y Leonid Brézhnev, cuadra con Mao en contra de la URSS, que pasó a ser concebida como el social imperialismo soviético. Independientemente que en su corazón eso no hubiera pasado nunca, en los documentos políticos de su partido, Cuba y Fidel Castro eran fieles servidores y

seguidores de esa traición a la revolución proletaria mundial que significaba la URSS, según China, o sea, según Mao Zé Dong. La anécdota se le vino encima sin poder evitarla, por el contrario, agradeciéndole mucho que se hiciera presente, porque el humor, cuando pasa, inunda, y a él siempre le hacía reír a carcajadas.

Pasó en una reunión de balance del trabajo en Sabal. Estaba Víctor Belis, el de “las últimas condiciones modifican a las primeras”, el Loco José Rafael Caldera, histórico animador de rebeliones y él. El Loco andaba apurando la reunión pues él, boxeador amateur y fanático del boxeo, estaba pendiente de esa noche transmitían por TV una pelea de mucha altura entre un pugilista cubano y uno venezolano. Víctor le pilló la prisa al Loco y aprovechó la situación para provocarlo. _ Y esta noche..._ le dijo, apuntando al Loco con el dedo _ a ver si nos dejamos de nacionalismos pequeñoburgueses, de chauvinismos trasnochados, y le vamos al cubano en la pelea, porque el cubano es el deporte socialista y el venezolano el deporte capitalista, y nosotros, que somos el proletariado internacional no nos confundimos con las fronteras que el capitalismo nos puso para dividirnos. Si está peleando el socialista contra el capitalista ¡hay que ir al socialista! _

El Loco, hombre corrido en las siete plazas, como dice el dicho, no se amilanó ante el emplazamiento de Víctor y, serenamente, contestó: _ Camarada, me perdona, pero hasta ahí no lo acompaño. El cubano será socialista, pero yo soy venezolano y mi patria es mi patria. ¡Le voy a ir al venezolano! Ja ja ja...se retorció en su asiento, contento de tener ese recuerdo, contento de ser testigo de aquella escena fraternal que le hacía recordar desde cuándo y cómo estaba Cuba en sus afanes.

Se alegró internamente de haberse sincerado consigo mismo y haber saltado de la cama a ese espacio de desastre semitechado que lo comunicaba con su conuco, con su contacto directo con la tierra, bastantes siestas que había dormido recostado contra el mango de su orgullo. Se levantó a caminar hasta el árbol y al salir del espacio techado, la luz de la luna menguante lo inundó maravillosamente, una luz especialmente puesta para iluminar su difícil ascensión interior a la claridad que tanto necesitaba para responderle a Paula, a su hija, que no era poco compromiso, y para responderse a él mismo cómo es

que iba a salir de ese silencio chantajeado por el peligro de que se aprovecharan de su denuncia, de su protesta, de su crítica los que esperaban utilizarla como leña de la hoguera gigantesca que se empeñaban en prender. Orinó en el recipiente de recolección para después mezclar con agua servida del fregadero y producir así agua de riego. Su conuco era testigo de escasez, de sequía, de toma maticada el agua que me acaba de lavar la cara, para que te refresques y crezcas, pero ¿qué era aquello que le pasaba?, ¿por qué aquella luz lo tenía obnubilado? Respiró largo rato sintiendo que tenía que cargar las pilas para el buen discernimiento, que tenía, que le urgía tomar, tanto decisiones como definiciones, en fin, ¿por qué esa luna?

Regresó nítidamente al tiempo en que su tarea como militante que tocaba el cuatro y cantaba era difundir a Alí Primera, y recordó la cantidad de veces que había entonado aquella de “hay gente que causa risa cuando tratan de mentir, sobre Cuba socialista, la que del yankee se rió...” con aquel estribillo que hoy, después de haber leído casi completo al escritor cubano Leonardo Padura Fuentes, no habría podido seguir cantando “Cuba es un paraíso para el cubano señores...” pero bueno, ese había sido él, y para esa persona que él había sido en ese tiempo, Cuba estaba en el imaginario de la liberación.

A él no lo afectó tanto los vaivenes de la política y la guerra fría como su experiencia de lector, de músico, de cinéfilo. En los primeros setentas leyó “En Cuba” de Ernesto Cardenal, y no paró hasta que se fue, en unas vacaciones de diciembre, a cortar caña de azúcar en el Sistema de Riego de Las Majaguas, en la población de Agua Blanca del estado Portuguesa, a sacarse el escarnio de ser un trabajador intelectual que no sabía lo que era cortar caña, que no sabía lo que era bueno. A mediados de los ochentas leyó “Retrato de familia con Fidel”, el desgarrador testimonio de Carlos Franqui, el fundador de Radio Rebelde en la clandestinidad y del histórico periódico “Revolución”, que contó, desde adentro, el proceso de perversión de esa ilusión continental que fue Cuba. Después se conmovió hasta las lágrimas con “Fresa y chocolate”, la maravillosa y monumental película de Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, que fue la más revolucionaria de todas las películas a pesar, o quizás por el hecho de que Fidel Castro opinó que era una película contrarrevolucionaria, sencillamente porque retrataba a la sociedad cubana, sexualmente diversa y tolerante, y aquel

Estado cubano homofóbico y represor, porque retrataba a esa sociedad cubana en la que la jefa del Comité de Defensa de la Revolución local, el entrañable personaje encarnado por la fabulosa actriz Mirtha Ibarra, era la que conseguía las mercancías de contrabando, en fin, por poner las cosas en su sitio y desatar huracanes de esperanza con el abrazo final de la película. ¡Cuánto le había gustado!

Desde mucho antes del período especial que arrancó en 1992, cuando el naufragio definitivo de la URSS, magistralmente conducido por Mijaíl Gorbachov, quien desmontó el armatoste podrido del socialismo real sin disparar un tiro ni lamentar un muerto, y el correspondiente “sálvese quien pueda” que les dijo Borís Yeltsin, desde una renacida Federación de Rusia que los miraba con cara de decir si te he visto no me acuerdo, cuando la isla quedó como una agrietada balsa en el más hostil de los mares, desde mucho antes que eso, se ratificó a sí mismo, él había cantado, escuchado y sentido a la Nueva Trova Cubana como una expresión musical que galvanizaba a una generación de corazones desde Alaska hasta la Patagonia y mucho más allá. *Cómo gasto papeles recordándote, cómo me haces hablar en el silencio, que el tiempo pasa y nos vamos poniendo viejos, y el amor no lo reflejo como ayer, y esto no puede ser no más que una canción, quisiera fuera una declaración de amor, y si yo pudiera hacerte venir*, en fin, podía seguir por horas hilvanando trozos de canciones de Silvio Rodríguez, de Pablo Milanés, de Amaury Pérez, de Noel Nicola, reconociéndose en ese tiempo como una voz que clamaba contra el aislamiento criminal que, ante el colapso del apoyo soviético y sumado al bloqueo económico que por décadas habían mantenido los gobiernos de los Estados Unidos, arrastraba en un espiral de deterioro las ya menguadas condiciones de vida del pueblo cubano.

Por eso le alegró tanto que le tocara a su patria el honor histórico de llegar a romper el bloqueo cuando, con Chávez en la presidencia, Venezuela recuperó la soberanía necesaria como para hacerlo. Y recordaba todo ese tiempo, desde 1992 hasta que el convenio Cuba-Venezuela acabó con esa ignominia, como un tiempo en que ser solidario con Cuba no implicó creer que Cuba era un paraíso, sino que Cuba era Cuba, era su historia y su devenir, y que siendo muy respetable no tenía necesariamente que ser modélica.

Pero adicionalmente, y esto para nada fue banal, en 1999 un compañero de trabajo puso en sus manos la novela "Vientos de cuaresma", de Leonardo Padura y, de ahí en adelante, le siguió el paso al teniente de la policía Mario Conde por "Pasado perfecto", "Paisaje de otoño", "Máscaras", "La neblina del ayer" cuando Mario Conde había salido de la policía por haber decidido no calársela más, y estaba en ese tiempo de mercader de libros raros. Sin haberla leído, ya sus compañeros de la cooperativa de lectura le habían adelantado que la última novela de Padura, con Mario Conde como protagonista, "La transparencia del tiempo", era una trama interesantísima que Padura colocó como excusa, como pretexto, de una colosal denuncia sobre la desigualdad social en Cuba, sobre la aparición de clases sociales claramente determinadas por su capacidad de acceso a las divisas, al interior de una sociedad en la que el acceso a las divisas pasa por las conexiones con el gobierno, pues no hay de otra. Ese personaje, Mario Conde, se convirtió en su propia actitud hacia Cuba. Mario Conde se moría de amor por Cuba y su revolución pero no daba medio por el gobierno concreto, al que conocía desde las tripas, que había desarrollado prácticas y conductas que solo habían conducido a la fatiga, al desaliento y a la corrupción. Mario Conde amaba a su patria y a su revolución, pero no se le habría pasado por la cabeza decir a los ciudadanos de otro país, oigan, miren, sean como Cuba, ni tampoco, mucho menos, hagan otra Cuba de su país. Eso para nada. Y todavía, más allá de la saga de Mario Conde, en otra dimensión, con la fuerza necesaria para entrar en su personal Olimpo literario, y para significar un antes y un después en su visión del mundo, de la política y, muy en concreto, de Cuba, la monumental "El hombre que amaba a los perros" que leyó en 2010, y a la que volvía de tiempo en tiempo, abriéndola al azar pues en cualquier parte se enganchaba. No iba a ser él más papista que el Papa. Si Padura, Premio Nacional de Literatura por la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, decía lo que decía, ¡y cómo lo decía!, él no tenía que tener ninguna cortapisa. Cuba, mucho respeto, Cuba, mucha admiración, Cuba, mucha solidaridad, pero él no quería que Venezuela fuese como Cuba. No quería un solo periódico, un solo canal de televisión, un solo partido, una sola vanguardia preclara, capaz de pensar lo mejor y lo que le conviene al pueblo entero, no. Terminantemente no. Y si él, que era quien era, pensaba eso, ¿qué quedaría para los que vivían en los edificios de El Cafetal, de Macaracuay, de Bello

Monte? Eso era lo que le permitía comprender la consigna “Calle o Cuba” en ese lúgubre abril de 2017 que tanta sangre vio derramarse sobre las calles.

Él comprendía que la oposición interpretase aquella conducta del gobierno como un cierre, pero no en sentido figurado sino literal, un cierre asfixiante de las salidas políticas, y hasta de las fronteras. Un cierre, un de aquí no sale nadie.

Tras un mes de colosales manifestaciones y decenas de muertos, el 1º de Mayo de 2017 el presidente Maduro se sacó de la manga la convocatoria a elecciones para una Asamblea Nacional Constituyente sin que el pueblo, en Referendo Consultivo Constitucional, hubiese decidido que quería cambiar de Constitución. Esa puñalada contra la Constitución Bolivariana de sus sueños, su Popol-Vuh, su Libro de la Comunidad, fue ya lo que es una raya más para un tigre, ya no le sorprendió. Si por un puñado de dólares se entregó toda el agua de la cuenca del Orinoco, por lograr unos angustiosos minutos más de tiempo en el poder no habría problema en mandar a la mierda a la V República, total, ¿a quién le interesa hoy la V República? Se acordó clarito, pues él era persona de detalles, que por aquella época el periodista Francisco Solórzano, el histórico Frasso, tenía un programa a las seis de la mañana en Venezolana de Televisión, el canal de algunos, muy poquitos, venezolanos, el canal 8, y al recibir a su invitado de aquel día, Elías Jaua, Frasso le preguntó al rompe: ¿Y entonces, Elías, estamos ya en la Sexta República? Por breves instantes, Elías Jaua se volvió un significativo etcétera hasta que logró articular la idea de que eso sería si el pueblo lo decidía, y él, como un loco, gritándole a Elías en la pantalla del televisor, que cómo sería eso si al pueblo jamás le preguntaron.

El gobierno insistió en la maniobra que ponía en tela de juicio a la Constitución Bolivariana, y se lanzó con unas elecciones sui-generis que, solícito, el Ministerio de Elecciones, perdón, el CNE le facilitó. En éstas, extraño injerto entre voto corporativo y voto directo, algunos tendrían dos votos y otros solo uno. Ese fraude electoral que contó, como era de esperarse, con una abstención mayoritaria, incluida la suya, que Paula, su hija, y así se lo hizo saber, reconoció como un resto de dignidad.

_ Ese librito es su sueño y usted no podía salir a votar contra él. _ le dijo, y él agradeció que, con tan pocas palabras, se hubieran podido comunicar tanto. Por supuesto ella, como la gran mayoría de la población, también se abstuvo de ir a elegir constituyentes de una Constitución que no habían decidido cambiar. El CNE reconoció la abstención en 59% diciendo que hubo un 41% de participación pero, después de la denuncia de Smartmatic, la empresa de informática del CNE, sobre manipulación en las cifras de participación electoral de más de un millón de votos, ya nunca jamás se sabría. Tan chimbas serían esas elecciones que el CNE, temiendo lo que Smartmatic le pudiera probar, jamás dio su resultado definitivo, el cual permanecía en el limbo medio año después, a pesar de tener todos sus constituyentes proclamados. A pesar de lo chapucero de su origen, esa presunta Asamblea Nacional Constituyente se apuró en otorgarse a sí misma carácter plenipotenciario y supraconstitucional, y fue por ese arte de birlibirloque que quedó, en la práctica, derogada la Constitución Bolivariana de 1999

Estaba por morir ese jueves 25 de enero de 2018, y él creyó cerrar la revisión del año 2017 con el espectáculo de las Elecciones Regionales de octubre, casi un año después de lo que estaba pautado en la Constitución. ¿Por qué estaba haciendo ese recorrido sinuoso por los vericuetos de su memoria? ¿Necesitaba saber más o sentir más? ¿No era casi que un acto de masoquismo recordar el espectáculo de aquel CNE desvencijado, roto en su moral, consciente totalmente de su activo papel en la tarea de desalentar la participación electoral del pueblo, evidenciando, haciendo tangible, visible, audible, olfateable, la colusión total con el gobierno de Maduro? Eso, con la honrosa excepción del rector Luis Emilio Rondón, que la historia sabrá recordar. El caso es que la rectora Lucena, siempre ella, pobrecita, salió a decir que las Elecciones Regionales quedaban para la primera quincena de diciembre de 2017, total, puestos a violar los lapsos, que sea un año completo. Y así estaban las cosas cuando en su bunker, el gobierno de Maduro se dio cuenta de que a medida que pasaba el tiempo el patuque olía peor. Como tenían, presta pa' lo que salga, una plenipotenciaria y supraconstitucional Asamblea Constituyente, le ordenaron a ésta que le ordenara al CNE poner las elecciones para octubre en vez de para diciembre, y así se hizo. A él le sobrevenía un asco profundo de ver al Poder Electoral, al mismo que había conducido la victoria histórica sobre el "Acta mata voto" de la IV República,

envilecido, no solo parcializado sino desembozadamente tramposo.

¿Desinstitucionalización? Desbaratamiento institucional. Destrucción. Desastre. ¿Era ese el estado real del que había sido su sueño de toda la vida? ¡Tan orgulloso que estrenó sus cincuenta años en el advenimiento del proceso bolivariano que significó en su vida la revolución por la que había luchado desde que era un adolescente! Con sesenta y nueve años recién cumplidos, la partida de su hija para impedir que le robaran el futuro era un torpedo en la línea de flotación. La revolución de su vida se había vuelto una robadera y él no tenía una posición tomada al respecto.

Cuando dijo para sí -"con sesenta y nueve años recién cumplidos" recordó su cumpleaños el pasado seis de enero, recordó que Paula, además de prepararle una torta sencilla y sabrosa cubierta de chocolate, le había echado un litro de "Carta Roja" al garrafón del ponsigué, recordó también que había escurrido el garrafón con su compadre Patricio, que había venido para la ocasión, pero se preguntó si no habrían devuelto algo los ponsigués. Se puso en búsqueda, primero de un pocillo en la cocina, después del garrafón del ponsigué en el bajo de la estantería donde se juntaban libros y corotos en diverso estado de actualidad. Lo que le hubiera mandado a botar Josefina, pensó mientras se agachaba al recóndito lugar donde tenía el garrafón del ponsigué. Las manzanitas, como les dicen en el Zulia, o los ponsigués, como se les conoce en Oriente, son raros. Cuando les echaba ron y al rato iba a servirse, notaba que bajaba el nivel de lo que había trasegado porque los ponsigués lo absorbían; pero a los días, como era el caso, ¿habrían exudado alguito de lo que absorbieron? Encontró el garrafón y lo agarró con cuidado. Hecho el bolsa, ya tenía poco más de veinte años curtiendo rones baratos, ennobleciendo alcoholes bárbaros con el sensible y natural alambique de sus ponsigués. No fueron muy generosos, escurrió poco menos de un dedo pero, eso sí, concentrado. Alma de ponsigué. Regresó a su sillón de lectura aspirando el bouquet de su licor casero pero no por ello falto de refinamiento y distinción. Solo después de que se arrellanó en su sillón se llevó a los labios el pocillo del ponsigué, tomó un sorbo y lo paladeó deleitosamente mientras pensaba que si la caldera de su cerebro iba a estallar, él le echaba leña a la candela.

La cosa fue una confrontación al interior de la oposición. Después de una victoria electoral como la de diciembre de 2015, todavía muy reciente, para proponer la abstención en unas elecciones de gobernadores diez meses postergadas respecto del lapso constitucional, había que ser, deliberadamente, agente, promotor de la Guerra Civil y sin embargo, básicamente, María Corina Machado y su partido Vente Venezuela, la Maquinaria López y un sector de Voluntad Popular, y el sector de Primero Justicia que lideraba Julio Borges, lanzaron como línea la abstención electoral y que para quitarle legitimidad al gobierno, como si tuviera alguna distinta a ser el gobierno. Se contraponían al sector de la oposición que llamaba a participar en las elecciones aunque fueran nariceadas y eso no le gustase a nadie, que conformaban el sector de Primero Justicia que lideraba Henrique Capriles, quien nunca compartió la política abstencionista, y tanto Juan Pablo Guanipa en el Zulia, como Carlos Ocariz en Miranda, como Ismael García en Aragua, se postularon como candidatos a las respectivas gobernaciones, el sector de Voluntad Popular que lideraba Luis Florido, Acción Democrática, Un Nuevo Tiempo, el MAS, Avanzada Progresista, Soluciones, Redes, en fin, el resto de los partidos y organizaciones que participaron. Los resultados, a pesar de los pesares, se impusieron salvo en el caso del estado Bolívar. La oposición ganó con Guanipa en el estado Zulia, con Barreto Sira en Anzoátegui, con Ramón Guevara en Mérida, con Alfredo Díaz en Nueva Esparta y con Laidy Gómez en Táchira. Carlos Ocariz no le ganó la gobernación de Miranda a Héctor Rodríguez porque lo dejaron morir en Baruta, Chacao y El Hatillo. Allí se impuso la Guerra Civil, perdón, la abstención y ganó el gobierno de Maduro.

Lo del estado Bolívar fue sin precedente y, aunque él no le tenía ninguna simpatía a Andrés Velásquez, pues le veía el estalincito a flor de piel desde que era dirigente sindical en SIDOR, y nunca le perdonó su conducta en el megafraude electoral de diciembre de 1993, no por eso dejaba de ser verdad la verdad. Lo grave del asunto era que, para arrebatarse las elecciones que había ganado, y de las que tenía todas las actas de todas las mesas de votación en su poder, cosa que su contrincante del PSUV, el General Justo Noguera Pietri, no tenía, el gobierno de Maduro y el PSUV, como el Barbarazo, acabaron con todo. Vamos a estar claros: era la pérdida de la virginidad del sistema automatizado, orgullo del Poder Electoral venezolano, mejor

sistema electoral del mundo según el presidente Jimmy Carter. Como el estado Bolívar era el espacio del Decreto del mal llamado Arco Minero del Orinoco, y como el manejo de eso no podía ser público ni transparente, para el gobierno de Maduro el estado Bolívar se ganaba a juro, como fuera y porque sí. Y así fue. Para macabro recuerdo de cuando tuvimos un sistema electoral indefraudable, el candidato Andrés Velásquez tenía todas las actas de todas las mesas de votación, incluidas las mesas impugnadas por el PSUV, en las que resultaba ganador por casi quinientos votos. El candidato militar del PSUV logró que el CNE le reconociera y contara unas actas forjadas, que no procedían del sistema automatizado, con las que le adjudicaron la gobernación de Bolívar por 1471 votos.

Se quedó un momento con ese recuerdo. Acababa de pasar, estaba fresquito, pero le había ocurrido lo que a tantos otros acontecimientos, que les pasaba el próximo y los dejaba debajo, cual si fueran hojarasca. Desde el segundo semestre del 2017, como consecuencia del deterioro de la situación económica, el creciente desempleo y, más que nada, la pérdida de horizontes, comenzó una diáspora que Venezuela no conocía. Él había sido testigo ese día, no solo porque fue a despedir a su hija sino porque, como se lo contó a Maura y a Javier, el terminal de La Bandera era un triste festival de despedidas. Era ése un fenómeno social cuyas manifestaciones cotidianas se sentían en la desprofesionalización de los servicios públicos. Se fueron decenas de miles de técnicos, de CORPOELEC, del Metro, de las empresas hidrológicas públicas, en fin, se fue quien, como su hija, tuviera temor de que le estuvieran robando el único futuro que tenían. Se fueron a tener su futuro en otra parte en donde fuera posible hacerlo, construirlo, forjarlo.

Con decir que muchos se fueron a Australia...

Ese acontecimiento no ocurría en un día, como la elección del presidente de la AN, que ese año le tocó a Omar Barboza de Un Nuevo Tiempo, sino que iba ocurriendo un día tras el otro, silentemente, como una hemorragia. De pronto las aulas sin maestro y, un poco después, las aulas sin estudiantes.

Ningún país se sobrepone a que le roben medio billón de dólares. Medio billón de la numeración nuestra, no de la

numeración estadounidense que llama billones a nuestros millardos. Medio billón son quinientos millardos. Quinientos mil millones de dólares. El desfalco era, puya más, puya menos, de ese tamaño. Contener ese botín y usufructuarlo había llevado al gobierno del presidente Maduro a desconocer a la Constitución en un primer momento, y abjurar de ella después, con el forjamiento de un poder constituyente que solo reside en el pueblo. Había montado un tinglado cuyo resultado objetivo, una nueva Constitución, pretendía enterrar a la Constitución Bolivariana sin haberse puesto en práctica a plenitud, ¡qué decía a plenitud, ni a media máquina! Violada y desconocida la mayor parte de aquellos años, la Constitución Bolivariana, precisamente porque en 2007, con la derrota sufrida por Chávez en su pretensión de volverla una constitución socialista, esa Constitución de 1999, el librito azul, se volvió el Libro de Todos justamente por eso, por haber impedido que, en el mayor momento de su poder y su popularidad, Chávez la cambiara.

Ahora venían a sacarle del sombrero esa navajita de cartón plenipotenciaria y supraconstitucional tan absolutamente chimba que jamás presentó resultados definitivos porque sabían que Smartmatic los podía desnudar en público como lo hizo con los primeros resultados, cuando evidenciaron una manipulación de más de un millón de votos en la cifra de participación, manipulación con la que pretendían esconder que casi nadie votó. Los de la oposición porque esa era una vulgar maniobra dilatoria del presidente Maduro, y los chavistas porque no podían darle una puñalada traperera al legado fundamental de Chávez cual era la Constitución Bolivariana de 1999.

Aquel mamotreto de la Asamblea Nacional Constituyente servía para emponzoñar al máximo el ambiente político al supeditar la entrega de las gobernaciones al hecho de juramentarse ante esa ANC que era un fraude con ropa y todo. Fieles a sus votantes, y conscientes del carácter de provocación basada en la fuerza, pero no del voto, sino de los Sukoy, los cuatro gobernadores electos y postulados por Acción Democrática, tragarón el sapo y se juramentaron ante esa trampa, se calaron la humillación, la vejación, pero pasarían cuatro años representando una realidad política. Representando el espacio político de la oposición. Pensó que el pueblo opositor zuliano, que se jugó el físico para que Juan Pablo Guanipa le ganara a Francisco Arias Cárdenas,

no perdonaría nunca que por no haber tenido la tesitura humana para pasar por encima de esa provocación con creatividad y elegancia, (como por ejemplo decir: juro antes esta moribunda Asamblea Nacional Constituyente..., a ver si le decían que eso no se podía hacer), se haya perdido ese colosal esfuerzo.

Y entonces era ahora.

Ahí estaba, en lo que más exactamente podría llamarse su zona de confort, no tanto su casa, que también, sino de su casa el espacio polivalente y semitechado que comunicaba con su conuco.

Faltaban veinticinco minutos para que fuera las doce de la noche y comenzaran los primeros segundos del viernes veintiséis de enero de 2018. Hacía siete horas que había salido del Terminal de La Bandera a tomar el camino de regreso a su casa, y a un estado de tranquilidad consigo mismo que no tenía. A su casa ya había llegado, pero estaba lejos de estar tranquilo. Si todo seguía bien, como iba, Paula debería estar cerca de Agua Viva. De sus viajes a Los Andes podía recordar nítidamente el paso del puente sobre el río Motatán, y agarrar la carreteo Panamericana hasta El Vigía, atravesando las feraces y exuberantes tierras del Sur del Lago que Paula no vería por ir dormida. Pero bueno, ajá, qué iba a hacer ahora con su memorial de agravios, con el mecate histórico que había entorchado a lo largo de siete horas ¿dramáticas?, no, porque se había reído mucho, ¿cómicamente entonces?, menos que menos, había llorado lágrimas amargas tanto por la partida de la niña de sus ojos, como por la sensación abrasante de haber sido demasiado cobarde, demasiado escarapate, demasiado alcahuete, demasiado cómplice de silencio, entonces ¿qué?

Era, sin duda, el momento de un segundo sorbo a su Gran Reserva Especial hecho en casa, zanjonero, como lo llamaba Josefina, su esposa quien, en señaladas ocasiones, se sentaba con él a tomarse un pocillito, y comentaba lo bueno que estaba el zanjonero ése que él tenía escondido, como los aguardientes clandestinos de Los Andes que escondían en zanjas fuera de las casas, y por eso lo llamaban aguardiente zanjonero.

No había sido poca cosa, pensó, llegar al reconocimiento de un momento de inflexión en su proceso personal. Iban a cumplirse dos años del momento en que la conducta rastreadamente entreguista, extractivista, colonialista, racista, mercantilista y supercapitalista, que expresaba el Decreto del mal llamado Arco Minero del Orinoco, había significado su personal deslinde con el gobierno de Maduro, aunque fuera íntimo y secreto, pero había sido, que no eran conchas de ajo. Sabía de mucha gente que por no reconocer ése, o algún otro, momento de ruptura, había optado por la actitud de escapatarse indefinidamente, convencidos de no estar tapando nada.

Mientras había dólares del petróleo para desfalcar, el Orinoco era un asunto de indígenas, garimpeiros, hacendados y misioneros. En cuanto la renta petrolera se esfumó, revolucionariamente, el gobierno del presidente Maduro se orientó a la renta aurífera, diamantífera o coltanera, pero renta, renta, renta. No dejar de ser jamás un país rentista. Mantener el destino de mina, no importa de qué, de perlas, de oro, de lo que sea, pero el destino de mina, de El Dorado, que nos impusieron los invasores coloniales. Él jamás olvidaría, lo llevaba en el moreno de su piel, que se había sido y se seguía siendo mina de fuerza de trabajo. Pero de las grandes traiciones, ésa era sin duda una traición estratégica, una traición a futuro. El gobierno de Maduro nos diseñaba como mina y, por supuesto, sin consultarnos. La gente va muy bien para hacer la ola, como decía Serrat, no para decidir el futuro. Eso debe quedar en mano de los que saben...

Por el otro lado del asunto, contradictoriamente, como contradictoria suele ser la realidad, más que haberle gustado, le pareció acertada, y en ese sentido necesaria, su percepción respecto a que su toma de posición personal, único lugar a partir del cual podría ser posible responder a su hija, no podía desentenderse de la utilización que las fuerzas por la Guerra Civil en Venezuela pudieran hacer de ella. Esto es, que no podía denunciar y enfrentar al gobierno del desfalco sin dirigir la mitad de su fuerza contra quienes quieren para Venezuela el destino de Panamá, contra quienes quieren ser los Guillermo Endara de la partida, juramentándose como presidentes de Venezuela, con el país incendiado por las bombas, ante un sargento de la marina estadounidense; y ahora que decía marina estadounidense, que la que fuera su posición tenía que

sostener esa noción, esa convicción, ese hilo conductor que la comunicaba con los patios del liceo Andrés Bello, con la juventud, con la pureza del corazón que recita una y otra vez “Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad”, o sea que su posición siempre enfrentaría a quienes armaron a los Tonton-Macoutes de Francois Duvalier para aterrorizar y empobrecer a Haití generacionalmente, que su posición siempre enfrentaría a quienes en 1954 tumbaron al gobierno de Jacobo Arbenz por querer en su país, Guatemala, un capitalismo civilizado, con empresarios y sindicalistas cuando para que los Estados Unidos fuera first then, o sea entonces, era necesario que hubiera amos y esclavos, que su posición siempre enfrentaría a quienes posibilitaron el genocidio stroessneriano en Paraguay, a quienes protegieron amigablemente la salvajada represiva y torturadora de Trujillo en la República Dominicana, a quienes armaron a la carnicera camada de dictadores con la que asolaron este continente y se aseguraron sus ¿comodidades? No, perdón, sus commodities, su petróleo, su hierro, su cobre, su estaño, su bauxita, su aluminio, en fin, sus bananos, o sea, sus cambures. Su posición tenía que dejar claramente establecida que la intromisión del gobierno de los Estados Unidos era el daño fundamental de la vida latinoamericana. Que la bombardeada dignidad de Salvador Allende, defendiendo La Moneda en el lúgubre Santiago de Chile de septiembre de 1973, el zarpazo asesino contra Maurice Bishop por tratar de hacer de Grenada una nación, y no un portaviones gringo en el Caribe, en fin, para decirlo con palabras del presidente Ronald Reagan, que la pretensión de que todos los países latinoamericanos les digamos “tío”, que esa pulsión, que esa presión, que ese hostigamiento es nuestra principal amenaza, y contra ella habíamos insurgido e insurgiríamos siempre.

Era imperativo definirse frente al desfalco. Había compañeros que llegaban a pensar que era debilidad neuronal y hasta arterioesclerosis cerebral lo que él tenía con el desfalco, porque era como una fijación, una obsesión, un desespero y, para muchos, un fastidio, ya está Roseliano, otra vez, con el desfalco. Le amargaba la existencia, lo humillaba, que lo que se iba construyendo como “la posición seria” era asumirlo como clavo pasado, olvidarlo, ya ha ocurrido otras veces. No soportaba, en los programas de opinión, cuando entrevistaban a los más

renombrados economistas, todos haciéndose eco en el reconocimiento de que Venezuela necesitaba dinero fresco, y parecía no necesitar a los frescos que se llevaron el dinero para hacer que lo devolvieran. ¿Devolvieran? ¿En qué mundo vive, señor Roseliano? ¿Cómo se devuelve medio billón de dólares? Lo mortificaba la cuenta que había sacado hacía tiempo, dividiendo el desfalco, o sea medio billón de dólares, entre lo que había confesado desfalcar el teniente Alejandro Andrade, o sea mil doscientos millones de dólares, y le daba cuatrocientos once. ¿Habría cuatrocientos once Alejandro Andrade, entre civiles y militares, en el gobierno y fuera de él para que cuadrara esa cuenta?

Él vivía el desfalco en la cifra de las importaciones no petroleras, esto es, alimentos, medicinas y bienes de capital, o sea, maquinarias y repuestos. En el año 2015 fueron de treinta y seis mil millones de dólares, y fue el año del desabastecimiento, las colas de horas en los abastos, mercados y supermercados. Al año siguiente, 2016, fueron de quince mil millones, menos de la mitad del año anterior, y lo más importante ya no eran las colas kilométricas, los millones de horas perdidas, la humillación. Lo más importante empezó a ser el hambre. Venezuela enflaqueció de desfalco, y un grueso sector de la infancia popular venezolana pasó a estar desnutrida. Ésa, la de la desnutrición infantil, como la de perpetuarnos como mina, era otra grave traición en el presente y en el futuro. Él había sido maestro de escuela toda su vida. Había vivido rodeado de niñas y niños. Cuando comenzaron los reportes de desmayos en las aulas de clase, la constatación de que la reducción de la ingesta colectiva afecta primero a los más débiles, a los más vulnerables, a los niños, a la infancia, lo indignó profundamente. El desfalco no era una figura retórica para el debate político, no. El desfalco era niñas y niños desmayándose de hambre en las aulas de clase. Después su indignación se mudaba al hospital JM de Los Ríos, en la entrada de San Bernardino que da para Sarría. Era en la práctica el hospital pediátrico de Venezuela. De todo el país recalaba allí el dolor de la infancia enferma buscando la salud. Adicionalmente a la consulta y el saber médico, lo que no consiguieran los familiares el hospital no lo daba, y todo, desde el agua potable para beber y para asear a su respectivo paciente, los insumos médicos, los medicamentos y la comida del paciente recaía sobre los familiares, la mayoría de las veces procedentes del interior y generalmente sin mayores bienes de fortuna, o sea, pobres.

Los servicios públicos que transmitían por radio y TV, solicitando los más elementales medicamentos, casi que se solicitaba de emergencia agua oxigenada, gasas, vendas, todo, le daban una profunda vergüenza. Aquello no era pobreza sino pobreza extrema. Y se morían de a montón los niños por las pendejadas más disímiles, desde máquinas de hemodiálisis contaminadas, hasta inexistencia de material para quimio y radioterapias, pasando por medicamentos, sobre todo antibióticos que, o no los había, o los había tan caros que igual se moría el paciente porque sus padres no lograron conseguir la medicina.

El desfalco era el Metro destartado, la inexistencia de trenes y la ausencia de operarios calificados.

El desfalco era su querida Hidrocapital en el suelo, donde el valioso personal que todavía quedaba, por pura moral, por saber que se trabaja con la vida de la gente que es el agua, no tenía cómo llegar a hacer las maniobras para pasar el servicio de un sector a otro porque el vehículo de trabajo no tenía cauchos, o batería, o gasolina, y se quedaba la gente sin agua en un sector y en el otro botándose, porque Hidrocapital estaba operativamente quebrada y nadie tenía el valor de informárselo a sus dueños.

Por último, lo más grave según su criterio, el desfalco había sido un llamado a robar que se hacía desde la presidencia de la Oficina Nacional del Tesoro y, como se lo podía imaginar perfectamente, no iba a ser el ignoto Guardia Nacional, en la alcabala tal de la carretera cual, el que iba a decir: el honesto soy yo, y no le voy a quitar un racimo al chofer de este camión de plátanos. Era un llamado a robar en toda regla, para robar en todo momento, a toda hora, sin importar que fueran familia, compadres, amigos del alma, lo que fuera. Aquella era toda una consigna: “A robar, a robar, que el mundo se va a acabar”. Y como le dijo su hija Paula Josefina, el país, todo él, se volvió una robadera.

Él era un militante de izquierda. Del PRV-Ruptura había derivado a la Tendencia Revolucionaria con Alí Rodríguez Araque y, con él, había entrado en su momento a La Causa R, y por las vicisitudes de la política no había tenido más remedio que participar en la fundación de Patria Para Todos, para después, ese fue su proceso, irse diluyendo en el potente y turbulento caudal del proceso bolivariano. Desde su otra militancia, la militancia como docente en

“Cuadernos Pedagógicos”, le fue muy fácil insertarse en muchos emprendimientos de esos años iniciales del proceso bolivariano de cambios y, además, estaba su participación en el Consejo Comunitario del Agua de Sucre con la Mesa Técnica de Los Frailes. Estaba, como se dice, de lo más activo política y organizativamente, pues bueno, todo ese circunloquio, todo ese rodeo que tenía consigo mismo se refería al momento crucial en el que las gentes de izquierda asumen lo que se llama una línea política, que era lo más difícil de construir en la vida y, al mismo tiempo, sin línea, como andaba él hasta que su hija lo zarandó de lo lindo, así, sin línea, se dijo a sí mismo de nuevo, no es que no provoque vivir, sino que eso que uno vive cuando no tiene línea no es uno vivir la vida, sino que la vida lo viva a uno. Él se entendía. Tenía que parir línea, y la línea solo es verdadera cuando puede expresarse en consignas, como por ejemplo:

¡A recuperar el desfalco para impedir la muerte por hambre, sed y enfermedad!

¡A enfrentar la amenaza de la Guerra Civil y a sus promotores!

¡A revivir la vigencia de la Constitución Nacional Bolivariana de 1999!

Él reconocía que era un poco larga y que no tenía “cantaíto” posible, esto es, que no rimaba ni a balazos, pero bueno, lo que importaba era que a partir de esos postulados, de esas propuestas, que llevaban implícitos los enfrentamientos que lo definirían, los desfalcadores desde el gobierno de Maduro, los perros de la Guerra Civil, desde el sector de la oposición que siempre llamaba a la abstención. Implícito también el ámbito de las alianzas: Con quien quiera reconocer que, justamente, porque no dice la palabra socialismo, el librito azul puede ser la Ley Fundamental de toda la nación y no solo de parte de ella, en tanto en cuanto, una buena mitad grande de la nación jamás regresaría a reflejarse, ni a identificarse en textos como el de 1961, en el que a los pueblos indígenas, sin que merecieran siquiera un punto y aparte, perdidos y desconocidos en el artículo setenta y siete referido a comunidades campesinas, se les dice que ya se verá qué se hace con ellos hasta su “incorporación progresiva a la vida de la Nación”. Ni con ésa, ni con ninguna de las formas en las que la racionalidad occidental, la misma que nos había llevado al holocausto

climático, apareciera con sus diferentes disfraces, democracia representativa y demás, como lo único posible, lo único viable, lo único serio, en fin, él se entendía. Además, en ese plan había mucha pero mucha gente. Para nada era un refinamiento académico.

Y desde allí, desde la perspectiva que le daba esa línea política, le diría a Paula Josefina cómo esos “pegados de la teta y sin ver para los lados” no son ladrones como eran para él, toda la vida, adecos y copeyanos. Que eran mucho peores. Que requerían de una palabra gruesa, parecida a estupro, referida a la violación de la inocencia.

En el pocillo del ponsigué quedaba una miseria que apuró con deleite. Tenía en el cuerpo un extraño hormiguillo, un ronroneo como de gato. Había estado muy triste pero ya no lo estaba. Después había estado muy indignado pero ya no lo estaba. Pensó que esa sensación era una forma de iluminación pues sentía, por dentro, una brisita de tranquilidad no exenta de inquietud. ¿Sería tan valiente como para echarle bolas a la línea política que había parido? Ahora, a diferencia de antes, tenía línea, y eso no es fácil porque las líneas políticas son cosas que se impulsan, y él se preguntaba dónde y cómo impulsaría él la línea política que había resuelto su existencia...

_ Tranquilito, compañero abuelo, ven conmigo, te vas a quedar tullido con este sereno..._ La voz de su nieto le llegó desde una exterioridad extraña, como si él estuviera sumergido bajo el agua y estuviera casi llegando a la superficie. Se despertó de golpe para decir _ Javier, y tú qué haces despierto a estas horas..._

_ Estoy llevándote a tu cuarto, a tu cama, porque te quedaste dormido con la luz prendida y congelándote de frío..._

_ ¿Cómo así? _ dijo, para salvar el honor en lo posible.

_ Así mismo _ le retrucó el compañero nieto en plan aquí mando yo y jalándolo para que se levantara de su sillón de lectura.

_ ¿Y tú recorres la casa en la madrugada, o qué? _ reviró el abuelo, pues no se iba a dejar apabullar.

_ Me paré al baño y vi la luz prendida, abuelo, es todo, ¿entiendes? _ le dijo el nieto con tono de ya, no sigas. Jalado suavemente por su nieto, que lo llevaba del brazo a su cuarto, Roseliano García supo que había que vivir sesenta y nueve años, todos sus días y todas sus noches, para sentir momentos de amor como el que estaba viviendo. Su nieto supervisó que se metiera en la cama y con cara de cierto fastidio le dijo _ Bueno viejito, basta de travesuras por esta noche ¿okey? _

_ Okey _ le contestó él, con el alma llena de ternura.

VI

Guayaquil, 17 de marzo de 2018

Papá querido, deme la Bendición...

...ya pasó el estrés de la llegada, ya estoy en mi oficio, con un horario agotador y en un entorno que al principio, si no fue directamente hostil, por lo menos no fue nada amigable. A pesar de eso me siento bien porque, como todo en esta vida, el asunto es agarrarle el truco al nuevo ambiente, a la nueva situación, y hablando de nueva situación, Maura debe estar iniciando los trámites para la obtención de los pasaportes. Hay que estar pendientes de eso hasta tenerlos en la mano...

Caracas 30 de marzo de 2018

...no crea, me avergüenza que hayan pasado dos meses para que asumiéramos los dos, tanto usted como yo, que hay cosas que ni se pueden si se deben hablar por teléfono.

Durante estos dos meses le he informado de sus hijos, lo que resulta redundante pues ellos se encargan de hacerlo person to person, y sé que, con la complicidad de Maura, que tiene un superteléfono como el suyo, con WhatsApp o, si quiere, como dice su tía Marta, con guassá, se la pasan

hablando a cada rato, y lo que, de verdad, tenía que decirle, no termino de decírselo.

No encontraba el tiempo, o el guáramo, o el tiempo y el guáramo para contarle que no tengo vida sino para responder a su emplazamiento, porque si yo jamás he sido politiquero, sería una verdadera afrenta, un verdadero rayón, como dirían ustedes, que empezara a serlo con usted, que es mi hija. No señor, menos que menos. Si me comprometí a responderle, éste es el inicio de mi respuesta.

El día en que usted me puso entre la espada y la pared para que le respondiera por qué, a estos “pegados de la teta y sin ver para los lados”, no los llamo ladrones, como llamé ladrones a adecos y copeyanos toda la vida, fue el detonante de un proceso profundo y nada sencillo de bucear en mi interior para responderle con historia, con realidad, con objetividad. Quisiera pedirle perdón por haberla escandalizado. Mi falta de actitud ante lo que estaba pasando la llamó a escándalo con todo derecho, lo que habla muy bien de usted. Yo le he enseñado principios y valores que no admiten ya va, que o son o no son y no pueden ser a pedacitos. Yo le he enseñado que quien ve robar y no denuncia se llama cómplice. ¿Roba el cómplice que no denuncia al presenciar un robo? Que no participe del botín, que no tenga parte del robo, no hace menos delito su conducta en tanto que permite el robo, cuando su deber moral y legal es tratar de impedirlo y, cuando menos, denunciarlo. Así que, hija de mi vida y de mi corazón, pido formalmente perdón por haber sido ante sus ojos, ante su percepción, cómplice de silencio frente al más grave desfalco desde Páez hasta ahora, que se dice pronto. Yo tengo atenuantes de mi falta que trataré de ir explicando poco a poco, pero el atenuante no borra la falta, por el contrario, la precisa.

Dicho esto, paso a intentar un primer acercamiento, una primera entrega, estoy seguro de que serán varias, sobre mi respuesta a la pregunta que me ha perseguido desde el 25 de enero de este año, fecha de su partida y momento que usted aprovechó para planteármela. Admitamos que no es cualquier respuesta la que cuadra a la precisión de su pregunta. Le cuento una anécdota, a mi juicio insólita, que me permitirá explicarme mejor. Corrían los años ochentas, en la segunda mitad, diría yo, y un personaje de la política venezolana de ese entonces, el senador Gonzalo Barrios,

Presidente de Acción Democrática, que era el PSUV de entonces, el que era un cargo más bien ornamental al lado de las omnipotentes Secretaría General y de Organización, esta última en manos de quien detentaba el verdadero poder del partido, quien era Luis Alfaro Uceró. El caso es que todos los domingos, ya era costumbre, el senador Barrios era objeto de sistemáticas ruedas de prensa a la salida de sus almuerzos dominicales en algún lujoso restaurante del Este de la ciudad, en los que departía con diferentes personajes y personajillos del “acontecer nacional” para decirlo con el lugar común de los comentaristas de prensa. Este senador, Gonzalo Barrios, era de la generación fundadora de Acción Democrática, y aún de muchísimo antes, desde ORVE, y después el PDN. Era un carcamal del tiempo de Rómulo Betancourt, de quien fue un segundón toda la vida. Usted debe acordarse de él, pues tan chama no es. Lo que le estoy contando pasó teniendo usted diez o doce años, y el senador Barrios murió años después. Impuesto por Betancourt, quien bloqueó así la designación que las bases del partido hicieran del legendario educador Luis Beltrán Prieto Figueroa, él fue el famoso primer candidato adeco en perder unas elecciones presidenciales, las de diciembre de 1968, en las que fue electo, por primera vez, Rafael Caldera como presidente de la República. Añadiría para su caracterización que era extremadamente glotón. Cuentan que en un almuerzo al que estaba invitado, a los postres, que eran duraznos en almíbar, en el momento de servirle le preguntan ¿uno o dos?, a lo que él, muy educadamente, contestó: tres, por favor. Ya muy mayor, seguía pontificando sobre la situación nacional y le gustaba hacer saber que él era de los que sabían las noticias antes de que salieran publicadas. En aquellos años, Paula, como le decía, y perdone que me extienda en los recuerdos, la situación de la corrupción, como ahora, estaba desbordada. La famosa Blanca Ibáñez, secretaria privada del Presidente Jaime Lusinchi, mandaba más que dinamo de gandola y no había proyecto, ni contrato, que no pasara por su aprobación. Era, cómo se lo digo, la teniente Alejandro Andrade de esos años, pero como la historia habrá de admitir, mucho más modesta en sus afanes. Se sentía el peso hediondo de la corrupción en el funcionamiento del gobierno. La pregunta de rigor del momento era ¿cuánto hay pa' eso?, la cosa en su conjunto padecía la enfermedad italiana, o sea, el franco deterioro. Se va un domingo a almorzar el senador Barrios y, a la salida del almuerzo, en la entonces habitual rueda de

prensa informal que le hacían los periodistas que le montaban guardia, le preguntaron por la corrupción en el país, por la pestilencia que se respiraba. Al senador Barrios le debió sobrevenir un ataque de sinceridad senil y contestó para la historia, que no olvidará sus palabras, más o menos lo siguiente: Los funcionarios roban y se corrompen porque no tienen razón alguna para no hacerlo. ¿Ves hija? No tienen razón alguna para no hacerlo. ¡Vaya retrato del alma adeca de aquellos años! La razón nacional para votar por Carlos Andrés Pérez en 1988, tras la experiencia de su primer gobierno signado por escándalos de corrupción, era que Carlos Andrés se bañaba pero salpicaba, y la jaculatoria preferida de esa feligresía color de guanábana era no le pido a Dios que me dé, sino que me ponga donde “haiga”, o sea no había ningún liderazgo que proclamara la honestidad, no había ideal alguno de cambio hacia otros valores, hacia otro tipo de sociedad, de modo que robar, corromperse, agarrarse una comisión, saltarse un proceso de licitación y asignar a dedo los contratos para que le quedara al funcionario aunque sea pa’ los frescos, era el sentido común, el curso normal de la historia, la cosa era así, qué quiere que le diga.

Esa fuerza del pueblo que llevó a Hugo Chávez Frías a la presidencia de la República en diciembre de 1998, fue convocada, expresamente, a salir de esa corrupción que AD y COPEI representaban. Si ocho años después, en 2007, entra en la presidencia de la Oficina Nacional del Tesoro y en el viceministerio de finanzas un personaje, que con su dedo, con si firma, con su voluntad, determina quiénes van a ser la generación de multimillonarios, encabezada por él, por supuesto, que extraerán y usufructuarán la renta petrolera de mucho más de una década y, para llevar a cabo esa honrosa tarea sin ser vistos, ni sometidos a contraloría o fiscalización alguna, ponen de parapeto, de mampara, de escaparate a la revolución bolivariana y a su máximo líder, Chávez, la palabra ladrón no les cuadra por pequeña, por insuficiente. Ladrón la constituye, evidentemente, pero no alcanza a dar una idea de lo que esos ladrones están robando. Había en el pueblo bolivariano tanta fe en que con Chávez se saldría de la corrupción, había tanta inocencia mágico-religiosa, había tanta reivindicación de clase contenida, que lo último que se podía pensar era que, desde la presidencia de la Oficina Nacional del Tesoro se estuviera lanzando la consigna que, una década más tarde, habría de

llevar a Venezuela a la peor situación de toda su historia: “A robar, a robar, que el mundo se va a acabar”.

Solo toma en cuenta que, en comisiones por asignación de divisas preferenciales, el teniente Alejandro Andrade confesó, en el Tribunal del estado de Florida que le sigue juicio por manejos financieros dolosos, haber levantado su fortuna personal de mil doscientos millones de dólares, y esa debe ser la punta del iceberg. El grueso debe estar en la participación en las ganancias que, con las divisas preferenciales otorgadas, hicieron quienes están en una lista secreta que el pueblo venezolano no puede, no tiene derecho de conocer, a pesar de que ahí están sus cobres, su billete, o como diría madame Kalalú, la plata. Entonces, ¿cómo se llaman los que, al mismo tiempo, cometen robo y estupro? Otro elemento que hace de ladrones una palabra ¿pusilánime? para nombrar a quienes se llevaron, o permitieron que se llevaran, medio billón de dólares, respecto de nuestros históricos ladrones adecos y copeyanos de toda la vida, es el efecto ocasionado en la vida del país. Durante cuarenta años se robó, como lo diría Gonzalo Barrios, constitucionalmente, como estaba mandado, y del robo general hubo picos estelares como aquel, en el gobierno de Lusinchi, cuando por decisión de éste, se reconoció a la deuda externa privada, a la deuda de FEDECAMARAS, como deuda pública a ser pagada con dólares de RECADI. Luis Raúl Matos Azócar, quien se desempeñaba como ministro de CORDIPLAN de aquel gobierno, declaró que aquella había sido la transferencia de capital al sector privado de la economía más grande de la historia republicana y, consecuentemente, renunció a su cargo de ministro y se fue de ese gobierno. Pero después de esos grandes robos, el país podía seguir viviendo. La cosa podía estar más o menos apretada, pero el Metro de Caracas seguía funcionando, no se quedaba sin trenes. Esa no es la situación con el desfalco del medio billón de dólares. Ningún país se sobrepone a que le roben la plata de más de una década de las importaciones de la comida que no produce, de los medicamentos, de las maquinarias, herramientas y repuestos. Se llevaron un monto equivalente a las importaciones no petroleras de más de una década y lo que viene es hambre, desnutrición infantil, enfermedad y muerte.

Por eso le contesto ahora que esos “pegados de la teta y sin ver para los lados” son cuantitativa y cualitativamente

mucho más ladrones que adecos y copeyanos de toda la vida, y que me falta la palabra para nombrarlos, pero no es porque me esté haciendo el paisa, el que no sabe, el bolsa. Es para mí más difícil de lo que usted cree salir a decir esto en el restringido espacio de vida política que todavía tengo, aunque sea con los compas de la cooperativa de lectura, pero usted sabe que es bastante más que eso, que es toda una vida. Más lo que esta carta quiere dejar clara es mi respuesta para usted. No quiero seguir siendo motivo de escándalo, y ahora voy a ver cómo hago para que no sea solamente un asunto privado entre usted y yo.

De resto bien, bueno, dentro de lo que cabe...

Guayaquil, 1º de mayo de 2018

...yo sé que usted tiene razón, papá, pero me cuesta ponerme a escribir siendo tan fácil hablar. Cuando lo llamé al día siguiente de recibir su correo del pasado 30 de marzo, fue porque necesitaba decirle que me timbró mucho lo que me dijo. Usted me reviraba que así no se valía, de boquilla, que tenía que decírselo por escrito y ya ve lo que me tardé. Es verdad, diciéndoles solamente ladrones no se los define o, como diría usted, para que vea que lo tengo muy presente, no se los caracteriza adecuadamente. Habrá que inventarles una palabra... ...y sí es verdad lo que usted le dijo a Maura y a Javier, Yo me fui muy relajada, muy desahogada, muy serena. Así estaré, que ya estoy pensando en un negocio con Maura para vender pantalones de Otavalo en Caracas. En el trabajo con el Dr. Porras me va cada vez mejor, me estoy dando a conocer con la gente de la clínica, estoy haciendo mi espacio... ...pero los extraño mucho. A veces la distancia de mis hijos me paraliza, me duele demasiado, me dan verdaderos ataques de terror por lo que pueda pasar, y me tranquiliza el pensamiento el saber que es muy difícil que lo que pueda pasar sea más terrorífico de lo que ya está pasando... ...cuénteme qué piensa de las elecciones presidenciales, ¿no serán una trampa?, ¿usted va a votar?...

Caracas 13 de mayo de 2018

...¿se acuerda?, hoy era día de fiesta para su mamá, ¡muchacha! En cualquier día de la semana la Virgen de Fátima era fiesta de guardar, pero si caía en domingo, como hoy que es domingo, ¡ná guará!, más todavía. Se paraba tempranito, Josefina, cantando el trece de mayo en Cova de Iría, bajó de los cielos la Virgen María, Avé, avé, avé si te levantas marido, que quiero que me cueles el café y que me tiendas la arepa, porque hoy es fiesta, y me voy para El Junquito, y te abandono, me decía su mamá, Paula, hija, y ¿vio?, cómo podría haberle dicho esto por teléfono, este recuerdo tan bonito que me trajo el acto de poner la fecha para empezar esta carta. Y sí, verdad que me abandonaba, su mamá, y se iba con la numerosa colonia luso-catiense para El Junquito, a celebrar la Virgen de Fátima.

Le escribo una semana antes de las elecciones presidenciales, obligándome a ello no solo por contestar a su pregunta sobre las mismas, sino por algo más importante, mi responsabilidad de padre para con usted. ¿Conoce mi estilo, verdad? Antes de referirme al terror congénito al hecho de ser padres, y en tu caso madre, de perder a nuestros hijos, debes saber que eso pasó, pasa y seguirá pasando, y no hay antídoto alguno contra ese miedo. Cuando nos asalta nos asalta y solo podemos esperar a que se vaya y que nos deje tranquilos, pero cuando me lo contó en su correo pasado, la cito: "A veces la distancia de mis hijos me paraliza, me duele demasiado, me dan verdaderos ataques de terror por lo que pueda pasar y me tranquiliza el pensamiento el saber que es muy difícil que lo que pueda pasar sea más terrorífico de lo que ya está pasando", disparó todas mis alarmas paternas. Ahora otra anécdota, porque a mí, como a Jesucristo, nos gustan las parábolas. ¡Falta de respeto!, me hubiera dicho su mamá, para que vea que no se me aparta del pensamiento. ¿Se acuerda de los tiempos de ¡chama pila!? Sé que sí, porque la he visto con Javier y con Isabel decírselo insistentemente, sin estar pendiente de mi mirada sino por convencimiento, y ningún reconocimiento será mejor que el hecho de que usted también practique ese alarde de la sicopedagogía infantil que es ¡chama pila! o ¡chamo pila!, según sea el caso. Esas dos palabras dichas con sentimiento, con actitud, con entonación, significaban que nadie debía cuidar de usted mejor que usted misma. Que la cosa no era solo mirar pa' un lado y mirar pa'l otro, al cruzar la calle, sino que además era mirar para arriba y para abajo, y también para atrás de cuando en vez, mirar quien viene y quien va, estar

pendiente de los charcos y de todo lo demás, en fin, ¿se acuerda? Y ¿cuál era el sustrato de esa píldora del aprendizaje? El miedo a que uno pudiera faltar y no pudiera mirar por usted, tal como la vida me lo ha regalado. Pues, así como hay el tiempo del ¡chama pila!, tuvo que llegar a los cuarenta años para que le enseñara el principio del “Todo siempre puede ser peor”. Eso que dijo en su carta, y la vuelvo a citar en corto: “es muy difícil que lo que pueda pasar sea más terrorífico de lo que ya está pasando”, no solo es falso, Paula, hija, mi amor, sino muy peligroso. Cualquier sirio, después de más de un lustro de Guerra Civil, con su ciudad destruida por las bombas y los cañonazos, con todas sus pertenencias en dos maletas y los hijos a cuestas, aparcado en cualquier refugio de cualquier frontera, puede voltearse a mirarnos y decirnos a todo el pueblo de Venezuela, ustedes no han visto llaga, lo que han visto es peladura.

“Todo siempre puede ser peor” son cinco palabras transidas de sabiduría pues implican que, para que la situación no empeore, media lo que cada quien pueda hacer o dejar de hacer, pero en todo caso está en uno que la cosa no empeore, es parte del esfuerzo diario permanente. Si uno afloja nadie puede garantizar que la cosa se mantenga y no empeore. Te puede parecer un enredo, pero empiezo a contarte lo de las elecciones con esa píldora epistemológica por delante.

¿Por qué sí voy a votar en unas elecciones que parecen una trampa? Porque eso es lo que corresponde hacer a quien como yo no quiere que la cosa se ponga siria, perdón, seria, esto es, para que no se ponga peor, para que no se ponga guerra. No tengo particular simpatía por Henry Falcón, pero le agradezco que le haya dado un nombre y un rostro a los que queremos cobramos que el Teniente Alejandro Andrade esté preso en una cárcel del estado de Florida por confesar que hizo mil doscientos millones de dólares en comisiones por otorgamiento de divisas preferenciales y, nosotras y nosotros, el pueblo de Venezuela no tiene derecho a conocer la lista de los beneficiarios de esas divisas preferenciales. Sabes de sobra que soy muy respetuoso de la cuestión religiosa, pero cuando salió la candidatura del pastor evangélico Javier Bertucci me dio demasiada impresión de que esa era una candidatura “sparring”, para que Maduro no estuviese solo en el ring electoral, pero para quienes temíamos y seguíamos temiendo la escalada de la

violencia, la posibilidad de que una candidatura como la de Henry Falcón pudiera expresar la voluntad de utilizar la vía electoral como fuera posible me pareció más que oportuna, y me ganó la sinceridad de su consigna fundamental: Si votamos ganamos.

Pero hija, si necesitaba contarle con detenimiento las elecciones no era solo por lo que le he dicho, y que conste que sobre eso tenemos que volver y profundizar, pero antes quiero contarle algo que me pasó por las elecciones y que es muy importante para mí que usted lo sepa cuanto antes porque usted fue su inspiración. Verá, para mí las elecciones presidenciales del próximo 20 de mayo han sido el espacio para sacar adelante la posición crítica que me propuse expresar, en un primer momento, y luego impulsar. Es bueno que sepa que yo no contesté a su famosa pregunta antes de contestarme a mí mismo cuál era la línea política a seguir. Le pude responder porque ya tenía línea. Verá, le cuento. Hace cosa de mes y medio, propuse en una asamblea del espacio magisterial en el que me desenvuelvo, la organización de un ciclo de foros semanales que se llamara “Educadores por un voto crítico”. Tal como lo pensé, se prendió un peo. ¿Qué era eso de “crítico”, y desde cuándo yo era crítico? Volví a intervenir para explicar que por crítico entendía que las elecciones eran inequívocamente un momento para la evaluación. Que de la evaluación surgirían la discusión y el razonamiento, aptitudes y actitudes muy loables en el gremio de quienes educan a la infancia y juventud de un país. Que el carácter semanal de los foros permitiría evaluar al gobierno y a la oposición a éste por ejes temáticos: educación, salud, economía, justicia, democracia participativa, dónde y cuándo los ciudadanos y ciudadanas estaban tomando decisiones sobre los recursos que les pertenecían colectivamente, en fin, todo, les dije. Entonces Máximo tomó la palabra y comenzó con un rodeo que olía a veneno desde el momento en que se dirigió a mí por mi nombre pero no me miraba, sino que dirigía teatralmente su mirada a la concurrencia en abierta actitud de quien persigue la complicidad del auditorio. Sabe quién es Máximo porque se acuerda, hace diez años, yo tuve una bronca fuerte con él por el asunto de los Consejos Comunales, y usted, por casualidad, había venido a la asamblea conmigo pues luego iríamos a buscar a Javier que estaba en casa de su tía Marta. En aquella asamblea él planteó que los Consejos Comunales tenían que ser como los Comités de Defensa de

la Revolución cubanos, para que se terminara de definir en cada comunidad quien estaba en contra de la Revolución, porque para buscar beneficios, dijo Máximo, todo el mundo se anotaba, pero en las elecciones querían votar por el que les diera la gana. Se llevó sus aplausos, nutridos pero no apabullantes, y entonces intervine yo. Lo enfrenté por todo el cañón. Dije que no estaba de acuerdo con nada que significara copiar porque, como lo había dicho Simón Rodríguez, que era una de las tres raíces del árbol del proceso bolivariano, “O inventamos o erramos, o creamos o nos equivocamos”. Si copiábamos a Cuba, como proponía Máximo, ya nos estaríamos equivocando por el hecho de estar copiándonos, y añadí que los que inventaron que para conseguir cualquier dádiva, o “beneficio”, como lo llamaba Máximo, había que presentar el carnet del partido, habían sido los adecos, que si lo que estábamos haciendo era una revolución esa era una de las cosas que habría que cambiar: Que el pueblo sea dueño de la parte del patrimonio que le corresponde sin que importe si está, o no, de acuerdo con el gobierno. A mí me aplaudieron mucho más que a él, y a pesar de que yo sabía que había perdido esa pelea, esa asamblea me la llevé de calle y él nunca me lo perdonó. Por eso, cuando propuse lo de “Educadores por el voto crítico”, el pensó que había llegado el día de su venganza.

Antes que nada, camaradas, compatriotas, dijo con la voz impostada de quien siempre está hablando para la historia, debo confesarles lo triste que me siento por haber tenido que presenciar lo que todos hemos visto y escuchado en la intervención del señor Roseliano, del maestro Roseliano, llego hasta colega Roseliano, pero camarada no le digo más nunca y compatriota lo dudo. No faltó quien se riera del recurso que utilizó para degradarme y, tras esperar que las risas concluyeran, continuó. El maestro Roseliano tiene un atenuante para su vergonzoso culipandeo político con ese fulano “voto crítico”, cuando el único voto posible es el voto antiimperialista, el voto contra las sanciones unilaterales de Donald Trump, el voto por Chávez que es el voto por Maduro, y ese atenuante es el golpe moral que recibió porque su hija abandonó y se fue a Ecuador a ganar en dólares, y eso a cualquiera le estremece los principios. Fíjese cómo somos, Paula, hija, que cuando Máximo exhibió como afrenta para mí que usted se hubiera ido, yo sentí que eso no le gustó a nadie, no sé cómo explicárselo, fue un pálpito de que, mentalmente, la gente le estuviera pitando foul a Máximo, tarjeta roja por premeditación y alevosía,

pero él no tuvo ese pálpito porque siguió diciendo que él hubiera preferido no tener que ver eso, que le dio mucho dolor verme morir en la orilla después de tanto nadar. Sin embargo, no se vaya a creer, me preocupaba un poco la manipulación que Máximo hacía de la asamblea, y es ahí donde yo creo que su mamá me hizo la segunda con algún santo milagroso pues Máximo, queriéndome dar patadas en el suelo, continuó diciendo que él no terminaba su intervención sin quitarse una curiosidad que, sinceramente, lo carcomía: ¿Cuál era el fulano voto crítico del maestro Roseliano García? Inmediatamente, sin esperar un milisegundo, le respondí sin verlo, mirando más bien a la asamblea, ¿de una vez o me anoto en el derecho de palabra? La gente, con cierta sorpresa por el pronto que yo había tenido, quedó como en un silencio que yo aproveché para añadir, que el colega Máximo tenga mucha curiosidad y yo muchas ganas de quitársela, no le quita el derecho de palabra a los que están anotados, a lo que la gente se quedó como mirándose las caras hasta que Dorotea, la directora de debate, informó que estaban anotados Pedro y Miriam. Para que sepa, Pedro es el que compite con Máximo por los cargos y los puestos en el partido, y Miriam es, o por lo menos era, la esposa de Máximo. Pedro intervino para decir que él se había anotado y que iba a ejercer su derecho. Se pasó su intervención diciendo que con un plazo tan corto para las elecciones no había tiempo sino para las concentraciones, marchas y tareas que bajarían del Comando de Campaña, que él no estaba de acuerdo con la forma de la intervención de Máximo pero sí con el fondo, o sea, con que hay un solo voto posible, sea crítico o acrítico, y era por Maduro, por el presidente obrero, y terminó proponiendo unas vainas operativas del aparato que yo ni las oí pensando en qué iría a decir, en cómo iría a responder a Máximo, cuando se levanta Miriam y dice, yo le cedo mi derecho de palabra al compañero Roseliano. Mire Paula, hija, no sabe cómo ni de qué manera me acordé completico de lo que me contó sobre su enfrentamiento con la señora esa, que ni vecina es, la de la bolsa del CLAP pero, en todo caso, inmediatamente tomé la palabra. No se crea, sí me dio mi vainita, porque mientras su marido me había arrastrado por el fango de lo peor, que solo llegaba a decirme colega, ella me levantaba con un “compañero” dicho muy sentidamente, que no apaciguó mis alarmas, por el contrario me puso más chamo pila, pero empecé agradeciendo la gentileza de la compañera Miriam, mirándola a los ojos y diciéndoselo también con ellos, y de

una vez me arranqué, también en tónica de agradecimiento, agradeciéndole al ...colega Máximo por su curiosidad que me permitía explicar mi voto crítico como tendríamos que poder explicárselo a cualquier estudiante que nos preguntara profe, ¿va a votar?, ¿por qué?, ¿por quién?

Teniendo en mente estas tres preguntas, paso a ejercer mi derecho a la evaluación, así les dije, Paula, con mis ojos puestos en Máximo para que la gente viera que no solo no rehuía su mirada sino que la buscaba pero, eso sí, hablando para todo el mundo, haciendo rápidos paneos por el auditorio para volver a clavarle la mirada mientras decía, a todos ustedes les consta que en abril de 2013, en las elecciones presidenciales que llevaron a Maduro a Miraflores, nadie activó más que yo en el barrio, en el gremio, en la lucha del agua, en fin, en todas partes. De esa apretada victoria por doscientos y pico mil votos yo me siento muy responsable pues puse mi trayectoria política, en la convocatoria, en el llamado a votar por Maduro y hoy, a unas semanas de las elecciones presidenciales del 2018, tengo todo el derecho a evaluar si mi esfuerzo por hacerlo presidente valió la pena, si estoy orgulloso de ello, así les dije, Paula, con concha y car'e perro, y seguí diciendo que para ser respetuoso con el tiempo trataría de resumir.

En el año 13 y en el 14 se produjeron las denuncias de Edmée Betancourt, Jorge Giordani y Héctor Navarro. Tres bastiones de los gobiernos de Chávez. Dijeron 22.000 millones de dólares a empresas de maletín, dijeron piñata de millones de dólares en la asignación de divisas preferenciales. A los tres los botaron de sus cargos diciéndoles hasta del mal que se iban a morir pero una cosa no les dijeron: Mentirosos. No les dijeron que lo que estaban denunciando era mentira. Que el gobierno del presidente Maduro tenía con qué desmentir las denuncias realizadas por tres figuras de altísima relevancia en todo el país, pero mucho más al interior del chavismo. Jamás se investigó nada y los venezolanos tenemos demasiado RECADI a cuestas como para no saber lo que estaba pasando. Después, en el año 15, el gobierno del presidente Maduro nos regaló la figura institucional más fuerte de nuestros días: el bachaquero y su doctrina el bachaquerismo. Sacar irregularmente de Abasto Bicentenario, a dólar subsidiado, y vender a precio de dólar de mercado. Este era el formato actualizado de la vieja Oficina del Régimen de Cambio Diferencial, el popular RECADI que inventó Luis Herrera en

1983 para que sus amigos no quebraran. Sometida a ese régimen de cambio diferencial la red de abastos Bicentenario quebró estrepitosamente. El propio presidente Maduro se vio en la obligación de salir a decir que los Abastos Bicentenario eran irrecuperables “que eso estaba todo podrido” y se perdieron ese pocotón de millones y no hubo contraloría, ni fiscalía, ni incautación de bienes, ni nombres, ni rostros. Nada. En el año 16, desesperados por la carencia de divisas, con el Decreto del mal llamado Arco Minero del Orinoco, el gobierno del presidente Maduro decidió entregar el 12% del territorio nacional a las más depredadoras empresas mineras transnacionales mandando largo al carajo los derechos ancestrales de los pueblos indígenas que la Constitución reconocía y mandando a la mismísima mierda el derecho del pueblo de este país a no ser la mina que ordenó que fuéramos el más colonial de los poderes, sin consultarnos si cambiábamos el agua, el aire, la biodiversidad de la Orinoquia por un plato de lentejas. No contento con eso, en el año 17, en seguimiento de prácticas cuartorepublicanas, como la de que los cuerpos de seguridad del Estado lleven armas letales para reprimir manifestaciones, se causaron decenas de muertos en las multitudinarias manifestaciones que convocó la oposición entre abril y agosto, y de regalo de 1º de mayo, la convocatoria a elecciones de una Asamblea Nacional Constituyente sin preguntarle al pueblo si quería otra Constitución. ¡Qué silencio, Paula, hija, no lo creerías, así que yo seguí preguntando en el nombre de cuál principio, en seguimiento de cuál criterio, tendría cualquier persona, pero mucho más una persona de izquierda, que ratificar a alguien que ha llevado a la República a un naufragio múltiple en todos los órdenes, en todos los ámbitos de la vida nacional, a alguien que le quitó al ejercicio del gobierno, del Poder Ejecutivo, la obligatoriedad de la rendición de cuentas, a alguien que pretende llevar a su fin a la Constitución Bolivariana de 1999. Para terminar, les dije, voy a responder las tres preguntas que me podría, o que nos podría hacer cualquier estudiante.

¿Voy a votar? Sí lo voy a hacer.

¿Por qué? Porque a pesar de unas condiciones electorales deplorables, con ello enfrento la pretensión de los perros de la Guerra Civil en Venezuela. Para quien como yo ha identificado en la amenaza de una Guerra Civil a una de las dos cabezas del enemigo principal, es esencial identificar

sus movimientos en la coyuntura. La Guerra Civil quiere abstención. Entonces yo participo y llamo a participar. La Maquinaria López y María Corina Machado llaman a la abstención. Entonces yo voto y llamo a votar.

¿Por quién? Mejor me expreso si digo contra quién. Las elecciones del 20 de mayo no son para votar por, en razón de que hay demasiadas condiciones vulneradas, demasiadas candidaturas inhabilitadas, sino para votar contra quien, así como redujo al país a la miseria, redujo las elecciones a su conveniencia.

La gente, además de seguir en silencio, se miraba entre sí con cierto aire de asombro que yo aproveché para quitarle la curiosidad a Máximo diciéndoselo directamente a él, de modo de preparar el ambiente a lo que realmente quería decirle, y así mismo fue. Máximo, le dije, ahora la respuesta a su pregunta. El próximo 20 de mayo votaré según sea la participación que vea. Si tal como creo la Guerra Civil, perdón, la abstención se va a imponer, votaré por Reinaldo Quijada de Unión Política Popular 89, porque es un grupo de izquierda que viene del interior, que logró una tarjeta en el tarjetón y es muy importante, para todo el pueblo, el mantenerla. Si, por el contrario, ese día la gente sale a votar, me sumaré a quienes crean que si votamos ganamos, y votaré por Henry Falcón en la tarjeta del MAS porque conservo amigos, gente buena, en ese partido. Y sin darle respiro, Paula, hija, sin vacilar un instante me volteé hacia Máximo y le dije ojalá que haya satisfecho su curiosidad porque ahora el que tiene una curiosidad muy grande soy yo: Usted en su intervención pasó colete conmigo y se permitió algo tan bajo como pretender humillarme con el hecho de que mi hija, Paula se llama ella, cumpliendo con su responsabilidad de madre de dos hijos, una niña y un niño, haya buscado resolver dónde y cómo garantizar alimentación, vestido, educación, salud y condiciones de vida, ya que en su país se robaron todas esas cosas y los militares protegen a quienes se las llevaron porque están en la jugada. Sepa, colega Máximo, que la actitud de mi hija me llena de orgullo pues además de ser una mujer muy responsable que está pendiente de sus hijos menores, no se llamó a engaño, como lo hice yo durante mucho tiempo, hasta que su partida me obligó a reflexionar, oiga bien colega Máximo, para que vea cuánta razón tuvo cuando dijo que había recibido un golpe moral por la partida de mi hija, ¡qué digo golpe, colega Máximo, puede usted hablar de

mandarriazo! Que los jóvenes venezolanos vean su futuro amenazado en el país que los vio nacer, que se pueda afirmar que el futuro de los jóvenes es otra cosa que se puede desfaltar, como las gandolas de gasolina para Colombia, como la leche de la bolsa del CLAP, como las divisas preferenciales, eso es muy triste. Después de haber insurgido con Chávez, en diciembre de 1998, en contra de cuarenta años de corrupción adeco-copeyana, que la que haya hoy sea cuarenta veces peor es como muy triste.

Pero a lo que voy, colega Máximo, a mi curiosidad, a mi pregunta. Ante esta asamblea yo he denunciado un desfalto de tal magnitud que el Teniente Alejandro Andrade, ex presidente de la Oficina Nacional del Tesoro, ex viceministro de Finanzas y después ex presidente del Banco de Desarrollo Económico y Social de Venezuela, BANDES, según su propia confesión ante el tribunal del estado de Florida en el que se le sigue juicio, entre el 2007 y el 2010 amasó mil doscientos millones de dólares en comisiones por otorgamiento de divisas preferenciales a las bolichicas y los bolichicos, a la boliburguesía emergente. Le pregunto, colega Máximo, ¿me va a llamar mentiroso sí o no? Tenías que haber visto las caras de la gente, Paula, ¡qué tensión! Y como Máximo se quedó en una perplejidad balbucente yo seguí, si me dice que sí, que soy un mentiroso tiene que probarle a esta asamblea que lo del Teniente Andrade es falso y sabe que no puede, que a confesión de partes, relevo de pruebas y el Teniente Alejandro Andrade confesó. Sabe además que hay mucho más de cuatrocientos tenientes Alejandros Andrade para completar el medio billón de dólares desfaltados que he venido denunciando, que lo más probable sea que el Teniente Andrade no sea el más agalludo, ni el más multimillonario, que esos a quienes asignó, para su exclusivo beneficio y disfrute, las divisas preferenciales con las que hubiera sido posible levantar a un país autosuficiente, todavía tengan cuentas pendientes con él o, muy posiblemente, tenga él participación en sus negocios. En todo caso sabe que lo voy a confrontar con el asunto de la lista. ¿A quiénes le otorgó divisas preferenciales por montón el Teniente Alejandro Andrade? ¿Por qué a siete años de la finalización de sus operaciones como altísimo, todopoderoso, funcionario del gobierno bolivariano del presidente Hugo Chávez Frías, la lista de todas las personas naturales y jurídicas que recibieron divisas preferenciales de sus manos sigue siendo un secreto de Estado o, como lo llamó algún funcionario, un secreto de

la Patria, que también tiene derecho a tener sus secretos. Pero, oiga bien, colega Máximo, si no me dice mentiroso yo tengo derecho a dejar en evidencia que usted, sobre el desfalco, calla. Y en la medida que calla, otorga. Y le quiero decir que, a esa conducta, el idioma castellano le tiene un nombre: cómplice. No se oía una mosca, Paula, hija, aquello era una olla de presión, y terminé diciéndole créame, colega Máximo, mi intención no es ofenderlo, ni siquiera molestarlo. Mi intención es que usted sepa que yo sé, y que yo sepa que usted sabe. Que quienes callan antes un desfalco se llaman cómplices. Suficiente tortura debe ser pararse en la mañana, verse en el espejo y ver la cara de un cómplice. Acostarse en la noche y seguir siendo cómplice, como para que encima tenga que venir nadie a recordárselo. Para cerrar, colega Máximo, me va a llamar mentiroso ¿sí o no? Era una sensación muy rara, Paula, me senté y seguí atento, con la mirada en mi agenda como si estuviera revisando algo mientras Máximo seguía callado, mirando de hito en hito a la asamblea, buscando palabras que terminó por no encontrar, La cosa se puso más tensa cuando Dorotea informó que no había nadie anotado. El silencio fue sustituido por cuchicheos, comentarios y murmullos. Guardé la agenda en el morral, saqué la botella plástica del agua, tomé unos tragos, la guardé de nuevo, me paré y salí lo más discretamente posible. Nadie aplaudió, nadie abucheó. ¿Vio Paula?, ¿vio por qué le dije que fue la inspiradora de ese momento de definición política que yo necesitaba para volver a ser yo? Como dice la canción, hija, estoy contento, yo no sé qué es lo que siento, pero yo sí sé qué es lo que siento, hija, siento la alegría de reconocirme otra vez. Ese estremecimiento que me provocó fue muy saludable, mi amor, se lo agradezco mucho...

Guayaquil, 24 de junio de 2018

... ¡qué rabia deben tener los puenteros porque el feriado de la Batalla de Carabobo haya caído en domingo! ¿Se da cuenta de que no me olvido de las efemérides patrias? Estoy escribiéndole hoy justamente porque es domingo y, como tengo guardia en la clínica puedo utilizar internet en mi rato de descanso que no será mucho porque el fin de semana ha estado muy movido.

Desde su carta del 13 de mayo hasta hoy ha pasado más de un mes en el que hemos hablado cinco o seis veces, usted

siempre con su fastidio de que hay cosas que no se hablan por teléfono, pero bueno, qué se le va a hacer. Usted no me aceptaba que sobre las cosas que usted me escribe yo le conteste de boquilla, como usted dice, usted quiere que me sienta a escribir y eso me cuesta, se lo reconozco. Déjeme decirle dos cosas. Una operativa que ya se la dije las dos últimas veces que hablamos pero que necesito ratificar. Ya Maura cuadró la ruta para sacar los pasaportes y en cualquier día, muy pronto, les dan la cita. Yo había adelantado certificadas y apostilladas las autorizaciones que me exigieron. Esté muy pendiente de ese trámite, papá, que cuando tengamos los pasaportes en la mano respiraré tranquila. La segunda, para su complacencia, es cumplirle con no responder verbalmente a las cosas que usted me ha dicho por escrito. Empiezo aclarándole, y en malandro como a usted no le gusta, que ya mató la culebra conmigo. Cuando en carta anterior me reconoció que no solo eran tan ladrones como adecos y copeyanos, sino que habían robado tantísimo más, en el nombre de la idea de revolución bolivariana, que requerían una palabra más estridente para ser definidos, yo pensaba que si usted llegaba hasta ahí yo me daba por cumplida, sin exigirle para nada la acción que tomó cuando en la asamblea de maestros propuso lo del ciclo de foros "Educadores por un voto crítico". Cuando me contó lo que ocurrió en la asamblea sentí algo muy hermoso porque me di cuenta que eso no lo estaba haciendo por mí sino por usted mismo, para volver a ser usted, mi papá, el hombre que me hace sentir un orgullo muy grande por lo que soy y por lo que tengo en herencia. Me encantó que me la contara porque lo vi clarito, interviniendo, diciendo lo que dijo. Quiero que sepa que ahora paso a tener miedo por las consecuencias de su valor, por lo que le puedan hacer ahora que volvió a ser el papá subversivo que me crió. En relación a este punto digo como Gómez: Ya hablé.

Una pregunta para que la piense: ¿Maduro hasta el 2025?...

Caracas, 22 de agosto de 2018

...fíjese qué desastre, casi dos meses sin escribirle desde su última carta por culpa del coroto ese. Bueno, también hay que meter los quince días que pasamos en Villa de Cura, en el fundo del compadre Patricio, donde no hay internet, que no se los cuento porque ya lo hizo Isabel y hasta Javier le contó el día en el trapiche, viendo cómo se hace la panela de papelón. Tuvo muy buena actitud de ayuda con el

compadre quien le ponía unas tareas en la mañana y en la tarde le daba su pago como si fuera un hombre de trabajo.

Comienzo por su pregunta final: ¿Maduro hasta el 2025? No sabe la tranquilidad que siento al poder decir que por mi culpa no fue que algo tan desastroso para el país pudiera pasar. Gracias a la Guerra Civil, perdón, a la abstención, que Maduro llegue hasta el 2025 no es seguro, pues seguro solo está el cielo y usted ya sabe de qué, pero sí posible. El primer chance constitucional es después de abril de 2022 si se lograra un Referendo Revocatorio, pero de aquí en adelante estamos en el segundo gobierno de Maduro, que si no puede presumir mucho de constitucional desde que la Fiscal General Ortega Díaz dijo que se había roto el hilo, puede presumir de que la alternativa a su gobierno es la Guerra Civil. Y ahora quiero sacarme un clavo paterno-filial que le ayudará a entender por qué hay cosas que no se pueden hablar por teléfono. Desde su famoso silogismo del 2015, que nunca me expuso a mí directamente, pero que sabía que yo estaba al tanto, con el que bastantes votos le consiguió a la MUD para su aplastante y aplastada victoria, y que dejaba fuera muchas cosas precisamente por ser tan demoledor, yo he tenido necesidad de decirle que un enfrentamiento exclusivo contra el gobierno de Maduro la convierte en una ficha neta de esa oposición que representa todo lo contrario de los valores con los que usted se construyó, de los principios con los que usted se levantó. Mire Paula, a veces la indignación nos puede cegar y nos puede impedir ver cosas que, sosegadamente, no se nos escaparían. Que nos hayan traicionado en el ámbito de la honestidad, de la probidad, de la transparencia administrativa, cuando la fuerza del movimiento social que llevó a Chávez a Miraflores era salir de la corrupción adeco-copeyana, que lo hayan hecho poniendo a Chávez y a la revolución bolivariana de mampara, es oprobioso, es indignante es todo lo que usted quiera, pero yo no quiero salir de este horror para pasar a ser un protectorado de los gringos y, menos que menos, pasando por el tenebroso túnel de una Guerra Civil. Ahora puede que usted diga a qué viene todo esto. Le respondo: a que por teléfono me dijo en varias oportunidades cosas como que la “comunidad internacional” no reconocía esas elecciones y que por lo tanto no eran válidas, y eso, Paula, hija, no es un comentario digno de su formación, de su inteligencia y de su cultura política. ¿Desde cuándo los Estados Unidos, la Unión Europea y el autodenominado Grupo de Lima son “la

comunidad internacional”? ¿De verdad usted cree en “la comunidad internacional”? No le voy a poner en el compromiso de responder si solo porque a los Estados Unidos no le gusten, China, Rusia, Irán, Cuba, Corea del Norte, Nicaragua, Argelia, Viet-Nam, por poner solo algunos ejemplos, ya quedan fuera de “la comunidad internacional”, y le advierto algo para que no se precipite en sus conclusiones: Del mismo modo que no creo que el no reconocimiento de Estados Unidos, la Unión Europea, etc., le quite legitimidad ni al de Maduro ni a gobierno alguno, tampoco creo que la tenga porque China, Rusia, Irán y los otros mencionados lo reconozcan.

Hija, quiero aprovechar esta carta para dejar expresado lo más claramente posible algo muy importante para mí. Yo no tengo cómo explicarle, mucho menos justificarle, por qué nos pasó lo que nos pasó. Por qué a finales de 2006 daba orgullo mostrar las cuentas pues se había aumentado la riqueza del pueblo y, a final de 2012 ya no daba tanto orgullo, entre otras cosas porque ya nadie presentaba cuentas, y en 2018 debería dar vergüenza pues las cuentas están en la flacura de un pueblo que puede tocar la guitarra en sus costillas. No sé qué bicho le picó a quienes firmaban las chequeras, ni qué ceguera atacó a los contralores, ni cuál laxitud a los fiscales. Eso que es misterio para usted lo es para mí y, oiga bien, es la perentoria necesidad de recuperar el desfalco lo que me coloca en oposición al gobierno de Maduro por encima de cualquier otra consideración. Como decía usted misma en su silogismo electoral, si Venezuela no tiene vida hasta que no recupere lo que le robaron, y el obstáculo para poner a toda la fuerza del Estado venezolano en la búsqueda y consecución del que es su patrimonio hasta debajo de las piedras es el gobierno de Maduro, entonces ¡fuera Maduro!, porque hay que recuperar el desfalco a como dé lugar simplemente para no morirnos de hambre. Pero eso jamás me llevará a convalidar el proyecto de país de los tataranietos de las Amos del Valle, ni la Guerra Civil con la que se inicia el camino a ese país de su gusto y conveniencia. Y le aclaro que los que quieren volver al país de los Amos del Valle son los mismos que llamaron a la abstención en las elecciones y que ahora presencian, con aire divertido, cómo se precipita el país, en caída libre, y ahora con más velocidad por las criminales sanciones económicas ilegales impuestas por el gobierno de Donald Trump, entre otras razones por petición

de ellos mismos, hacia cada vez peores condiciones de vida...

Guayaquil, 21 de octubre de 2018

...¡qué bueno que ya tengamos los pasaportes en nuestras manos!...

...usted puede estar tranquilo que entendí perfectamente eso que me dijo en su carta de agosto pasado. Pierda cuidado que lo entendí a cabalidad y sé bien por qué usted quiere que yo lo tenga tan claro, lo que pasa, papá, y para mí es muy extraño decírselo y mucho más por escrito, lo que puede pasar es que no estoy del todo de acuerdo con usted. Usted mete a todo el mundo en el saco de Leopoldo López y María Corina Machado y eso no es tan así, eso, por un lado, y por el otro, que no me parece que se pueda juzgar a la gente por su familia. Usted mismo me decía, para quitarme las nieblas de la inocencia, que el mismísimo Don Juan Vicente Bolívar, progenitor del mismísimo Simón Bolívar Libertador, era tremendo violador de esclavizadas núbiles, ejerciendo el que creía era su derecho de pernada, y que era tan violento en el ejercicio de su presunto derecho, que el Tribunal de la Inquisición tuvo que llamarlo a capítulo por eso. Lo de “los tataranietos de los Amos del Valle” me parece, y perdóneme papá, un argumento manipulador...

...me dice que le gustan las arepas con espigas de pira que usted le hace. En permanente renovación, mi papá gourmet, lo adoro...

Caracas, 23 de noviembre de 2018

...no sabe lo que me costó que entendiera que no era que la masa tenía basurita sino que, eso que ella creía que era basurita, eran espigas de pira trituradas y mezcladas con la harina para incorporar nutrientes y oxigenantes en los que la pira es tan rica. Aproveché y le conté que la pira era el alimento de Guaicaipuro, el cacique Caribe que enfrentó aguerridamente la invasión española allá por los años mil quinientos, y que era el símbolo de la resistencia indígena. Así que ya ve cómo sigo con mis desayunos de soberanía alimentaria. Lástima que el maíz con el que se hace la harina sea importado...

...yo también estoy contento por lo de los pasaportes. La información que corre es que cualquier trámite hoy se vuelve más pesado, y el aceite para que rueden los engranajes del “canal regular” son los verdes contantes y sonantes...

Y ahora, Paula, hija, entremos en materia. ¡Qué bueno que me revira, que me contesta, que me manifiesta desacuerdo! Muchas veces le conté de esa meditación de Dom Hélder Cámara que empieza diciendo: “Cuando estás en desacuerdo conmigo me enriqueces...”, pero además, para mí es muy importante que usted y yo logremos un nivel de discusión como adultos que somos y no como padre e hija, que también lo somos, pero que la lleva a tomar siempre todo tipo de prevenciones antes de decirme que no está de acuerdo conmigo. ¡Fuera las prevenciones! Yo no le tuve piedad cuando me quiso cortar con la navajita de cartón de “la comunidad internacional”, no me tenga piedad cuando un argumento mío, como el de “los tataranietos de los Amos del Valle” le parezca manipulador. ¿Meto a todo el mundo en el mismo saco de Leopoldo López y María Corina Machado? Ya quisiera yo que la llamada socialdemocracia, Acción Democrática y Un Nuevo Tiempo, se desmarcaran de la línea de la Guerra Civil, pero esta vez, inexplicablemente para mí, los lechuguinos y petimetres le bajan línea a Henry Ramos Allup y Manuel Rosales y éstos no dicen que no. Parfraseándola diría, discúlpeme pero perdóneme, si no quieren estar en el saco de los promotores de una Guerra Civil en Venezuela que se salgan. Ellos se metieron por su propia voluntad y, por lo menos los jefes, parecen estar muy cómodos.

Acepto el criterio de que “tataranietos de los Amos del Valle” puede ser un término manipulador y me retracto. No los caracterizaré más en términos genealógicos, y me focalizaré en sus frutos para de ahí sacar las conclusiones, o si lo prefiere el conocimiento, como dice el Evangelio.

Sostengo que Leopoldo López y María Corina Machado tienen como prioridad destruir a la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela porque esa Constitución es un acto primigenio de rebeldía del que podría dimanar un flujo creciente de rebeliones sucesivas. Así mismo, es también su prioridad cauterizar en el alma del pueblo venezolano, con todo el fuego de una Guerra Civil, el instinto rebelde que nos llevó a votar por Hugo Chávez Frías

y no por Henrique Salas Römer. No es el sueldo de la presidencia de la República lo que les quita el sueño, y los resortes del poder se manipulan en sus oficinas y en las oficinas de sus amigos, mucho más que en Miraflores, de modo que su objetivo es otro. Su objetivo, su tarea, o si lo prefiere, para decirlo en términos académicos, en la universidad de la vida en la que ella y él están sacando su doctorado en Politología Práctica, su tesis de grado se titula: "La Guerra Civil como condición sine qua non para reinsertar a Venezuela en el conjunto de países que avanzan hacia el progreso y el desarrollo, hacia el capitalismo como el único sistema, hacia la religión cristiana como única fe, hacia la representativa como la única democracia, hacia la Occidental como la única cultura, hacia el inglés como el único idioma, hacia el dólar como única moneda y hacia los Estados Unidos como los únicos jefes."

Como toda mi vida, óigalo bien Paula, hija, como toda mi vida, le repito, he luchado contra eso que ellos quieren, yo me cuido muy bien de que mi lucha por recuperar el desfalco, que pasa por el enfrentamiento al gobierno de Maduro, pueda ser aprovechada por ellos...

Guayaquil, 6 de enero de 2019

¡Feliz cumpleaños de nuevo, papá! Se lo di en la tarde cuando le picamos la torta, yo desde aquí pero tan presente como podía estar con el teléfono, y se lo doy ahora, que son las 9 pm hora local, en Caracas deben ser las diez o un poco más, de todas formas, usted no va a leer esta carta hoy. Setenta ruedas, mi viejito bello, mi padre adorado, setenta ruedas, que se dice pronto, pero hay que echarle mucha vida para llegar allí y mucho más como usted ha llegado, duro y curvero, mi viejo bello. Aprovecho que estoy de guardia dominical en la clínica y tengo buen internet para tomarme el tiempo de escribirle. No lo hacía desde hace casi dos meses y medio. Nos hemos hablado bastante por teléfono, pero hasta yo reconozco que responder al legisle que usted se disparó, y me perdona el uso indiscriminado del idioma malandro, papá, es algo imposible de hacer vía telefónica. Es necesario sentarse a pensar y, después de pensar, atreverse a poner negro sobre blanco lo que se ha pensado.

De entrada, déjeme decirle que me sorprendió gratamente que se retractara de lo de “los tataranietos de los Amos del Valle”, y es bueno que sepa que ese tipo de criterios a veces ciega a los ñángaras viejos como es su caso. Si usted se hubiera quedado contento con lo de “tataranietos de los Amos del Valle” a lo mejor no hubiera llegado a la formulación del título que tendría la tesis de grado de María Corina Machado y Leopoldo López, que sí que me pareció una forma contundente de expresar su pensamiento. Déjeme decirle que eso sí que me dejó, como decimos, cabezona, y hasta un poco más, preocupada. No se lo compro del todo todavía, pero reconozco que existen los datos como para pensar eso, como para suponer que ellos estuvieran jugando en otra liga. En todo caso, no crea que le tengo simpatía a esa dupla, pero si le soy sincera ya usted me puso, como dicen, la mosca tras de la oreja con lo de la Guerra Civil.

En unos días cumplo un año aquí, y lo que más me sorprende, papá, es lo fuerte del impulso de una decisión. Cuando en Caracas, después de que el Dr. Porrás se vino para acá, me tocó, como a todas las enfermeras venezolanas, la desoladora experiencia de trabajar para ganar el dinero del pasaje para ir a trabajar, tuve la íntima convicción de que si me dejaba rodar por esa bajadita ni terminaba de criar a mis hijos, ni terminaba de realizar mi vida. Y una se faja tanto, papá, que yo soy la primera en asombrarme de que el próximo miércoles, aprovechando unas horas libres, voy a ir con Gustavo Uribe, un fisiatra y acupunturista chileno, viudo y padre de un niño unos meses mayor que Isabel, a quien llevo unos meses conociendo porque el Dr. Porrás le remite pacientes a menudo, quien me propuso visitar un inmueble que alquilan para evaluar la posibilidad de asociarnos y alquilarlo entre los dos. Es un segundo piso sobre una tienda de muebles, muy bien ubicado, no lejos de mi trabajo en la clínica, pero bastante cercano al Instituto en el que van a estudiar Isabel y Javier, en donde ya tengo los cupos asegurados. Se trata de ver cuál sería la inversión necesaria para sacar, en ese espacio, tomando en cuenta lo que ya está construido, dos pequeños apartamentos con entrada independiente. Si hace un año a mí me hubieran dicho que, un año después, estaría haciendo lo que estoy haciendo no me lo hubiese creído. Eso es lo que le decía sobre la fuerza de una decisión...

... cuénteme de ese diputado Juan Guaidó, a quien eligieron por Voluntad Popular en la presidencia de esa Asamblea Nacional que ni pincha ni corta, ni huele ni hiede. ¿Lo conoce? Me extrañó que el Dr. Porras me haya dicho anoche, a horas de la elección de ese señor del que yo medio había oído el nombre, pero no sabía ni quién ni cómo era, que en Venezuela iban a empezar a pasar cosas, que ese diputado Juan Guaidó tenía el cómo y el con qué. ¿Qué piensa usted?...

Caracas, 24 de enero de 2019

... le escribo como desahogando una inmensa arrechera, una profunda indignación. Ayer miércoles 23 de enero de 2019, a sesenta y un años del 23 de enero de 1958, el gobierno de Donald Trump seleccionó a Venezuela para su panoplia de posibles guerras en el mundo. A los cinco minutos de que el muchacho ese por quien usted me preguntaba, y de quien el Dr. Porras le hizo el comentario que le hizo, se autonombrara presidente encargado de la República en una manifestación grande pero no grandísima, en la que por no levantar la mano, para autojuramentarse con él, no la levantó ni el diputado Stalin González, vicepresidente de la Asamblea Nacional, con cara suspicaz de no saber por qué lo estaban madrugando tan feo, a los cinco minutos, como le digo, de una acción cuasi secreta, solo conocida por el selecto grupo que se cree con el derecho a conocer la jugada antes de que se realice, el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, reconoció al diputado Juan Guaidó, presidente de la Asamblea Nacional, como presidente encargado de la República Bolivariana de Venezuela. Esa es la partida de nacimiento del gobierno paralelo, como paso previo a la consolidación de los bandos en conflicto, apoyantes cada uno de lo que consideran su gobierno, Paula, hija, esto es muy grave. Hasta el cinco de enero podría decir que su nombre no me era desconocido, esto es, sabía que había un diputado llamado Juan Guaidó, ni siquiera sabía que era diputado por el estado Vargas, pero no hubiera sido capaz de juntar ese nombre a un rostro hasta el cinco de enero. Hoy le digo que su rostro es el rostro de la guerra. La coordinación con el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, para erigirse como gobierno paralelo, es todo un "casus belli", o sea, un motivo de guerra. Trump, a manera de cetro presidencial, le puso a Guaidó una pajita en el hombro y le

dijo a Maduro que a que no se la quitas voy, así de infantil es la cosa, Paula, hija. ¡Qué triste me siento de haber tenido razón en todo lo que te he dicho sobre la amenaza cierta de una Guerra Civil en Venezuela, pero el ingrediente Trump hace todo más angustiante.

El presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, es un pobre hombre enfermo, atormentado por el tamaño de su pene, y permanentemente dispuesto a desatar una conflagración nuclear, a declarar la guerra atómica, a fin de tratar de hacernos creer que él es el que lo tiene más grande. Eso hace que todo sea más peligroso...

Caracas/Guayaquil, 20 de febrero de 2019

_ Aló papá, bendición, ¿me oye?

_ Dios la bendiga mi amor, la oigo, no muy bien, pero la oigo. ¿Cómo está? Por aquí todos bien a Dios gracias, y usted, ¿qué tal?

_ Estoy bien, pero mire, lo estoy llamando, y no se ponga cómico pidiéndome que se lo escriba, para que me diga todo lo que piensa sobre lo que va a pasar el 23 de febrero, el día del sí o sí, según el Dr. Porras.

_ Hija, son las diez y media de la mañana, estoy haciendo un mercadito de aguantateahí en la avenida Sucre. ¿Cómo se le ocurre que me voy a poner a disertar en plena calle sobre el más atroz de los descaros, el que transforma a la guerra en un Woodstock cucuteño? No me pida eso o, por lo menos llámeme a las doce hora de Caracas, que ya esté en la casa cocinando y pueda mentar todas las madres que me dé la gana sin estar pendiente de quién me está viendo, ¿sí?

_ De que lo llamo lo llamo, pero no se preocupe, ya me lo dijo todo...

Caracas, 24 de febrero de 2019

... qué quiere que le diga, hija, la presencia de tres presidentes latinoamericanos, Piñera de Chile, Benítez de Paraguay y Duque de Colombia, y el show musical

“Venezuela Aid Live” montado por la empresa de Richard Branson, le dan cumplida información sobre los macabros formatos en que pueden venir envueltas las guerras civiles que nos depara la que en su momento llamó “comunidad internacional”. Por un lado, me contenta que se hayan vuelto buche y pluma, como dicen, pero por el otro no soy tan pendejo como para no darme cuenta que la baraja que están jugando es la de la guerra. Que ahora sí, están en su elemento...

Guayaquil, 30 de marzo de 2019

...¿vio que maravilla fue tener desde hace rato los pasaportes en la mano? Déjeme que le cuente, ya que logró que me sentara a escribirle, esta es de las cosas que ni yo podría hablar por teléfono, que ya es decir ¿no?, pues sí, papá, quiero hablarle de una decisión que tomé gracias a que toda la documentación que requería la tenía en la mano como resultado de la planificación y eso, papá, eso me lo enseñó usted. Le informo que, primeramente Dios y la Virgen, el 18 de septiembre de este año, Isabel, Javier y yo estamos agarrando un avión para Guayaquil, saliendo de Maiquetía vía Panamá. Yo salgo a buscarlos el 7 de septiembre. Sé muy bien que decírselo con seis meses de anticipación es un pelo amargo, pero es que el cuento es justamente ese. O compraba los pasajes con seis meses de antelación o no accedía al precio que me hicieron por los cuatro pasajes. El mío de ida a buscarlos, por la misma ruta, y la venida a Guayaquil de los tres. No crea que tenía junto ese platal, ¡qué va! Me metí en un préstamo que empiezo a pagar de ésta en adelante todas las quincenas hasta cancelarlo. Me prestó la plata Gustavo, el fisiatra, acupunturista y otras artes médicas, con quien me asocié para alquilar el segundo piso en el que pensamos habilitar nuestros respectivos apartamentos y él, además, su consultorio. Usted dirá que tengo mucho gasto y es verdad, pero estoy trabajando dieciséis horas al día. No se pregunte cómo, yo me las arreglo. Pero no hay nada en esta vida como que una tenga claros sus objetivos. Isabel y Javier arrancan su próximo año escolar en Guayaquil, ya tengo cupo, ya tengo el pasaje, ya tengo un apartamento dónde llegar con ellos, ahora falta que Dios me siga prestando la vida para seguir logrando mis metas.

Haga magia de la suya, invoque a mi mamá, que es la única santa en la que usted cree y tiene fe, para que me pueda traer a mis hijos con bien, papá, porque, y esto no sabía si decírselo, no me gustó nada algo que comentó el Dr. Porras, que ya sé que no es santo de su devoción, pero cuando le comenté lo que usted pensaba sobre la eventualidad de una Guerra Civil en Venezuela, él me contestó preguntándome si usted creía que lo que había en Venezuela era la paz...

Caracas, 1º de mayo de 2019

... le sorprendió cuando llamó ayer por la tarde para preguntarme qué pensaba sobre lo que había ocurrido en el distribuidor Altamira de la autopista Francisco Fajardo, a poca distancia de la Base Aérea de La Carlota, y yo le respondí que no sabía ¿verdad? Ya pasó una noche, ya, como se dice en inglés, dormí sobre ello, sobre el asunto, sobre la materia, sobre la cuestión, y no tengo nada claro todavía. Bueno, eso no es del todo verdad. Algo tengo más claro hoy de lo que lo tenía antes de ayer: Están sonando los tambores de la guerra. Aquí precisemos dos cosas para poder seguir hablando tranquilos. La primera es que no debe creer, de buenas a primeras, que soy un viejo obsesionado. La segunda es que ya hizo lo que tenía que hacer. Los pasajes están comprados, la fecha puesta en el calendario, en fin, si se presenta una emergencia pariremos como hemos parido en otras circunstancias y, se lo informo, su padrino Patricio tiene una gasolina reservada por si tiene que venir a buscarnos. Pero lo que tenía que hacer ya lo hizo y, déjeme decirle, me encantó que me lo comentara y le agradecí mucho lo que dijo sobre la planificación. Así es, sacó cuentas y resulta que, puesto en la balanza, entre un viaje de tres o cuatro días, con la incomodidad y la inseguridad de los niños, los gastos no previstos y todo lo demás, y unas horas en avión, prefirió mil veces las jornadas de dieciséis horas que se lanza cotidianamente y producir los dólares necesarios para pagar su decisión. ¿Sabe? creo que al final le saldrá más barato, porque a pesar de tener muy claro que el tiempo no es oro, pues es el tiempo, éste no se puede desperdiciar como si no tuviera valor.

Ahora voy con lo que está esperando. Mi comentario sobre los extraños sucesos ocurridos ayer martes, 30 de abril de

2019. Empiezo aclarando que no por fallido un Golpe de Estado es menos Golpe de Estado, ¿si me entendió? El de ayer fue el más chimbo, el más pirata, el más definitivamente o sea, de todos los golpes de Estado que en el mundo han sido, pero...fue un Golpe de Estado. Quiero llamar su atención sobre la foto icónica del día, estoy seguro de que la vio, una foto en la que aparecen de pie, juntos, parados uno al lado del otro, Leopoldo López y Juan Guaidó, y en el aire de la foto se respira no solo que no son amigos, ni compañeros, sino que Leopoldo López está arrechísimo con Juan Guaidó, que no lo quiere ni ver. Ya solo con esa foto tengo para ratificar lo que le dije ayer por teléfono. No estoy claro, ni creo todo lo que vi, ni vi todo lo que creo, pero, en fin, vamos por partes. Antes de que ocurrieran los hechos en cuestión ya había salido Lilian Tintori a decir que el candidato no era Guaidó, que el candidato seguía siendo su esposo, Leopoldo López. Ese antecedente explica mucho de la mutua animadversión que se manifestaban en la foto, pero la cosa era mucho más enredada de lo que podíamos imaginar, sobre todo si nos ateníamos al mínimo flujo de información que podía llegar en las imágenes y palabras que transmitían la televisión y la radio en los diferentes canales y estaciones del espectro. Como sabe, yo estaba dejando a Isabel en la primaria del Jesús Obrero, arriba, en la zona F del 23 de Enero, serían las siete y cuarto de la mañana, cuando nos dijeron que habían suspendido las clases por sucesos relativos a un intento de Golpe de Estado que estaba ocurriendo en las adyacencias de la Base Aérea de La Carlota. Maldije para mis adentros, por no asustar a Isabel, pero maldije la frialdad con la que avanzaba el plan de la guerra fratricida. Para sentir y pensar eso no necesité de información adicional a la que me dieron en el colegio de Isabel. Sucesos no determinados en las adyacencias de la Base Aérea de La Carlota relativos a un intento de Golpe de Estado. Estaban jugando la baraja de la guerra por la calle del medio.

Me agarró totalmente fuera de base Isabel cuando me preguntó qué pasa, abuelo, por qué no tengo clase, por qué nos estamos regresando a la casa. Tenía que ser muy fino en la respuesta a mi nieta de ocho años para que la cercanía de la violencia no empezara a llenarle de miedo el aire que respiraba. Esa fue la hermosa lección de la inolvidable película “La vida es bella” de Roberto Benigni, ¿se acuerda?, la vimos juntos. Parece que están queriendo

tumbar al gobierno por La Carlota, mi amor, le contesté displicentemente. No mentía, pero tampoco decía la verdad de un modo alarmante, al punto que su hija me contestó ah, mientras me daba la mano para montarse en la camioneta. Cuando llegamos de regreso a la casa ya Javier había llegado del liceo. No hay clase Javier, están tumbando al gobierno en La Carlota, se apresuró a decir Isabel a su hermano para que viera que ella estaba de lo más informada. Javier le preguntó que quién le había dicho eso mientras encendía el televisor del comedor. Mi abuelo, contestó Isabel, y entonces las imágenes que empezamos a ver nos callaron a los tres, que a los diez minutos fuimos cuatro porque Maura se vino a ver la televisión con nosotros y a preguntarme una vez por minuto ay señor Roseliano, qué va a pasar, qué va a pasar.

Le estoy escribiendo al día siguiente de los hechos y le quiero comentar lo que más me impactó. Lo primero es la fotografía que ya le mencioné. Me hizo recordar una novela de Javier Marías, "Tu rostro mañana", en la que el protagonista es contratado por un servicio de inteligencia para que interprete fotos, videos o películas de personajes que están siendo investigados y él, el protagonista, con lo que le dicen sus ojos y sus oídos, debe decir qué quieren esos personajes, qué ocultan, qué malician. Quiero reflexionar con usted algunas incidencias del día, algunas muy cómicas, algunas no tanto y algunas muy graves. La primera se refiere a los llamados de Guaidó a la insurrección militar. Confío en su memoria, tan chamita no podía ser, tendría posibilidad de recordar a "Telaraña", el recordado personaje de la Radio Rochela de todos los tiempos, interpretado por el actor José Antonio Gutiérrez, que nos hacía reír a mansalva con su personaje draculesco, fúnebre, mortuorio, que con aquella voz de velorio decía "pa gozá", "vaya mi rumba", "ahí na má, ahí na má". Recuerdo que a su mamá se le saltaban las lágrimas de la risa, era fenómeno, era genial, nos reíamos, nos carcajeábamos. Bueno, pues tal como "Telaraña" llamaba a la rumba, llamaba Guaidó a la insurrección militar. Era increíble. El tipo hablaba y se veía como un convidado a su propio entierro. ¡Qué cara más triste!, ¡qué cara llena de desesperanza y de desánimo! Y López al lado, como supervisando que cumpliera la tarea que se le había asignado, que no era otra que la de convocar a una insurrección militar para deponer al gobierno del presidente Maduro. La segura y cómoda residencia del embajador español en Venezuela era el destino de la

Maquinaria López. Debía cambiar su estatus de comfortable preso residencial, estatus en el que, al parecer, su pupilo Guaidó le estaba royendo la popularidad sin respetar lealtades básicas, a la de asilado político que, a pesar de silenciarlo, le daba una imagen distinta, más pugnaz, más presente, más ojo'e garza compai, no me enamore el ganao', en fin. Ciertamente, el exiguo contingente militar que se rebeló a sus mandos para hacer la morisqueta que hicieron ese martes, no tuvo tanta seguridad en la consecución del asilo diplomático que, a trancas y barrancas, al fin obtuvieron.

Si el objetivo que se plantearon era el de sacar a Leopoldo López de su casa y llevarlo a la residencia del embajador español en Venezuela, entonces lo lograron. Pero al presunto presidente encargado, Juan Guaidó, reconocido por Trump, la Unión Europea y el autodenominado Grupo de Lima, lo dejaron guindado cual coleteo, expuesto al escarnio público como el "Telaraña" de las insurrecciones militares, y pagando un Golpe de Estado completo para cuando se lo quisieran cobrar, que no es ahora porque no pueden. Guaidó todavía tiene la pajita que Trump le puso en el hombro junto con el reto a Maduro: Que a que no se la quitas voy.

La segunda incidencia fue la llegada del mundo político opositor que parecía tener que ir a abrazar a Leopoldo López y a fotografiarse con él en el Distribuidor Altamira como si de un pic-nic matinal se tratara. Allí fueron, no me pongo a nombrarlos porque usted seguramente también los vio, y al ir convalidaron esa acción que es, para mí, lo más grave. Puedo estar equivocado, pero el resumen de esa incidencia, desde mi punto de vista, demuestra que la conducción política de la oposición la tiene Leopoldo López y su decisión es la guerra, no la política sino la guerra. Eso me extraña bastante pues, después de haberles llamado lechuguinos y petimetres, Henry Ramos Allup va nariceado para donde ellos, los lechuguinos y petimetres le digan, y Acción Democrática detrás, como furgón de cola de una política en cuya elaboración no participó. Eso me parece muy extraño y muy peligroso a la vez.

Una tercera incidencia, hija, que ni podemos ni debemos pasar por alto, y con ella quiero contestar para usted, no para él, el lúcido comentario que hizo el Dr. Porrás sobre si yo creía que lo que hay ahora en Venezuela es la paz, es la

siguiente. En el curso de las horas que duró la morisqueta revestida de Golpe de Estado, Mike Pompeo, el Secretario de Estado del gobierno de Trump, se permitió groserías diplomáticas como decirle a los militares venezolanos que agarraran “el autobús” al que Guaidó estaba llamando para que se montaran pues, probablemente, no habría más autobuses, que era ahora o nunca. Ni qué decir de la febril actividad que ese 30 de abril tuvo Elliot Abrams, el encargado por Trump para Venezuela, todo el día pegado del teléfono, enterándose y enterándonos que habían ocurrido desacuerdos de última hora que habían desbaratado el alzamiento, pero que la cosa está casi lista, que no falta casi nada ni nadie. Mire Paula, hija, a veces creo que la fastidio un poco con mis reflexiones a lo mejor demasiado repetidas, pero permítame desahogarme. El gobierno de los Estados Unidos actúa como el borrachito del chiste que cuenta que va un borrachito por el parque y le dan ganas de orinar. Se arrima a un árbol y allí, relativamente escondido, suelta la opresión de su vejiga. Un guardia que lo está viendo guillardamente se le acerca por detrás y le dice oiga usted, que eso no se puede, a lo que el borrachito, volteándose mientras continúa satisfaciendo su necesidad fisiológica, le dice con gran sinceridad, pero yo estoy “pudiendo”. Así, igual que el borrachito del chiste, quien le demostraba al guardia, en la práctica real de los hechos, que sí se podía, el gobierno de los Estados Unidos se mete en nuestros asuntos internos, viola todo lo que se pueda violar en materia de legislación internacional y el principio del derecho de los pueblos a su autodeterminación. Yo sé que nos están restregando su inmenso poder y que lo hacen porque pueden, no porque tengan derecho, pero yo no puedo contribuir a naturalizar la gracia, o sea, asumir que eso es así y que hay que calársela, yo no. No se preocupe que no me voy a desbarrancar en una diatriba antiimperialista, mi amor, pero sí un mantener lo que usted y yo hemos tenido, que ha sido siempre tan especial y tan elemental como llamar pan al pan y vino al vino. Sabe que no quiero que le diga nada al Dr. Porrás porque como mejor estamos es calladitos, pero si yo le tengo que admitir que lo de Venezuela no es paz porque el gobierno impone su arbitrariedad basado en la fuerza militar, tampoco es paz la de un mundo en el que se hace sí o sí la voluntad de los Estados Unidos basado en el mismo criterio, pero a nivel mundial.

Aprovecho que he llegado hasta aquí para lanzarme una última descarga y, como se dará cuenta, una descarga un pelo delicada, un pelo sutil pero, como usted me lo enseñó en el Terminal de La Bandera el día que se fue a Guayaquil, es bueno airearla, más que eso, lo mejor es airearla o, si lo prefiere en malandro, culebra se mata alante. Me quiero curar en salud con usted respecto a algo difícil de decir, difícil de explicar. Mire hija, yo convengo que el gobierno de Maduro ha sido tan malo, lo ha hecho tan mal, que hace aparecer muy buena cualquier cosa que lo sustituya y, sencillamente, eso no es así. En el tiempo que lleva el diputado Juan Guaidó de haber sido ungido por Trump, ha dado muestras de un autoritarismo que le quita toda la autoridad moral para criticar a Chávez por autoritario, y valga la triple redundancia. Mandando al carajo los lazos históricos de solidaridad entre los pueblos palestino y venezolano, viene este presidente inflable marca Acme, como en las comiquitas del coyote y el correcaminos, y decide que va a mudar la embajada venezolana en Israel a Jerusalén para demostrar de esa manera que, como su única fuerza es quien lo ha ungido con su reconocimiento, el presidente Donald Trump, hay que manifestar total adhesión a sus brutales declaraciones de guerra, como le significa a los palestinos guerra el hecho de ser despojados de esa Jerusalén que también les pertenece a ellos. No Paula, hija, mi amor, no se deje llevar por las redes. Usted es una mujer formada. Nada que tenga como origen el hecho de que Trump lo haya reconocido, es un proyecto de país. Me sorprende hasta el terror, esté atenta a las palabras, hija, que a pesar de haber vivido este pueblo experiencias como la del Golpe de Estado de abril de 2002, como la del paro/sabotaje petrolero de 2002-2003, como la victoria electoral del 2006, por poner ocasiones en las que la conciencia colectiva del pueblo venezolano sobre sí mismo y sobre su propia historia dio saltos astronómicos, haya gente como Juan Guaidó que crea que todo el pueblo venezolano está tan desesperado como él por ir a ponerse las orejitas de Mickey Mouse. Que lo crea él, Paula, hija, que lo crea él, pero usted no vaya a creerlo.

Por eso Paula, hija, pienso que es muy importante lo que estamos haciendo en la campaña contra la Guerra Civil en la que ando metido junto a una cantidad de gente que, tres meses antes, hubiera creído totalmente imposible estar juntos en torno a nada.

...sus hijos están merendando mi nueva creación: batido de pira, cambur, níspero y limón con muy poco papelón. Estoy seguro de que con eso no les cae ni coquito...

Guayaquil, 2 de junio de 2019

...mírenlo a él, y que “culebra se mata adelante”, en que achante estará metido que aprende esas expresiones de sabiduría sucinta, esos comprimidos de conocimiento, pero qué bueno que sea así, papá, qué bueno que nos hablemos libremente, eso me gusta, me hace sentir segura.

Entiendo por dónde van sus tiros o, para seguir en la metáfora, cuál es la culebra y sí, hay un guaidoísmo pendejo de pura desesperación, de pura impotencia, de pura rabia que usted debe saber entender y procesar.

Si le soy sincera me dejó loca con lo de la foto. ¡Qué vaina tan fuerte! Ya se lo dije por teléfono, pero ahora, para gusto suyo, se lo pongo por escrito. No sabemos ver. Después de que usted me dijo lo que me dijo, a mí la foto me hablaba, y lo que me decía era Guerra Civil. Le confieso que me asusté más que cuando usted me habla de la Guerra Civil como si me quisiera meter miedo con una gente muy mala que hace eso. Las elecciones sirven para sacar a Maduro, pero no sirven para sacar a la Constitución Bolivariana, muy por el contrario, la afirman. Entonces las elecciones no sirven porque se trata de destruir a la Constitución Nacional de 1999, no de afirmarla. Me perdona papá, pero por primera vez eso no me lo dijo usted, me lo dijo la foto y me asusté de verdad. Es como usted dice en su carta, ya los pasajes están comprados, y para que sepa lo que es la desesperación, sé que estoy a ciento ocho días de estar en Guayaquil con mis hijos, en ese segundo piso que Gustavo está reparando, reformando, construyendo. Tres meses y medio, ¿aguantará la situación?

Me voy de confesión papá, y ahí sí es verdad que usted tiene razón, que las cosas verdaderamente importantes no es posible decirlas por teléfono porque una tiene que estar segura de la letra que pone para juntar la palabra, y si va a decir una pendejada, o peor, algo indebido, pues tiene la oportunidad de darse cuenta y borrarlo. No le voy a decir nada indebido, por el contrario, es algo que creo y espero

sea muy venturoso. Gustavo me propuso matrimonio y yo le dije que sí, que esperáramos a que llegaran mis hijos para casarnos y poder remodelar bien el segundo piso para la familia que vamos a ser. Si le parece algo alocado pues es todo lo contrario, es el matrimonio más hijo de la planificación que pueda haber en este mundo. Fue precisamente en las horas que acordamos para ver el segundo piso y analizar sus posibilidades para alojarme junto a Isabel y Javier, y alojarlo a él y su hijo de nueve años que se llama Hernán, sacando además el espacio de un consultorio para sus sesiones de fisioterapia y acupuntura, como nos fuimos hablando de nuestras vidas, de nuestras respectivas viudedades, de su paternidad y mi maternidad, de los niños, del futuro. Él es quince años mayor que yo, tiene cincuenta y ocho. Para decírselo con la canción que usted le cantaba a mi mamá, y que a ella tanto le gustaba, yo no sé, no sé decirle como fue, no sé explicar lo que pasó, pero me enamoré de ese chileno viudo, padre total y excesivo de su hijo Hernán, huérfano de madre desde los cinco años. Gustavo se enamoró de mí espiándome en la llamada dominical que hacía a la casa desde la oficina del Dr. Porras para tener acceso a Skype y así poder revisar los cuadernos y las tareas de Isabel, quien me los mostraba orgullosa, y escuchar las exposiciones e intervenciones que había tenido Javier en la semana. Skype es una maravilla, papá, no lo puede negar, hasta ahí no puede llegar su negativa al futuro, a los signos de los tiempos, el caso es que Gustavo, quien atendía pacientes en la clínica por instrucciones del Dr. Porras, pasaba por la oficina justo cuando yo ejercitaba mi maternidad semanal vía Skype y me regodeaba en mi modernidad profunda de ver y escuchar a mi hija contándome los pormenores de la semana y además gratis, no papá, perdóneme pero discúlpeme, Skype es toda una revolución, el caso es que él, guillardito, me veía y me escuchaba, porque yo alzaba la voz como maestra de escuela, ¿le suena familiar? Y se enamoró de mí viéndome ser mamá, desesperándome por ser mamá, y me lo dijo por todo el cañón, como para matar todos los otros instintos, te quiero primero por Hernán y después por mí. Pero esa sinceridad absoluta me dejó la empalizada en el suelo, como quien dice, y él entró por mi empalizada caída como río en conuco, papá, y ahora estamos dibujando el segundo piso con otro criterio de mucha más reciedumbre. No sé si me muero de amor por él como me moría de amor por Bernardo, que en paz descansa, y no me interesa establecer ninguna

comparación. Sin lugar a dudas, en el espejo que él me brinda me veo muy bien, eso me gusta y me gusta mucho y, para que lo sepa, esa sensación de sentirme reflejada, de verme en los ojos de un hombre, es casi que nueva para mí. Él tiene mucho más tiempo en Ecuador que yo, solo en Guayaquil tiene diez años. Me siento muy segura con él independientemente que tenga que tener al día mi parte del alquiler del segundo piso como la deuda más sagrada. Él sabe que, sin recostarme de él, cuento con él, y eso a él es lo que más le gusta.

No sabe lo contenta que estoy de habérselo dicho. Si ciertamente no tenía que contar con usted para tomar las decisiones que he tomado, habérselas contado me libera enormemente.

Y ahora la segunda confesión, que no es confesión propiamente dicha, en tanto en cuanto no se refiere en absoluto a algo que me haya pasado a mí, ni que yo haya hecho. Se refiere a las implicaciones que tienen los datos de la realidad, papá, escúcheme ahora usted a mí que esto me cuesta, no me es fácil para nada. Fue usted el que me puso la Guerra Civil en las narices y, como suele suceder entre las hijas y los hijos con sus padres, yo no le creía o, por lo menos, no le creía a pie juntillas, qué guerra ni qué guerra, decía para mí, hasta que vi la famosa foto del 30 de abril con los ojos que usted me puso. Era como si los personajes que aparecen en ella, Juan Guaidó y Leopoldo López me lo dijeran clarito: Guerra Civil. Y cuando me enteraba, porque yo nunca he dejado de enterarme y no solo por Maura, sino además por otra gente amiga con la que he seguido en contacto, de lo que se contestaba a esa oposición desde “Con el mazo dando”, cualquiera, no había que ser particularmente alto politólogo, cualquiera como le digo, podía percatarse de que la guerra tenía mucho chance. Tanto en el gobierno de Maduro como en la oposición de Guaidó hay demasiada voluntad por la guerra. La guerra podía ser tremendamente conveniente para que ambos bandos realizaran sus objetivos.

No crea que me está convenciendo totalmente de su visión de las cosas, papá, discúlpeme pero perdóneme, la tiene agarrada con el Teniente Andrade, no parecen cosas tuyas, usted no puede creer que se le pueda atribuir a un hombre en particular, la corrupción de un país. Eso sería poco serio. Sin embargo, lo que queda claro es que si no lo agarra el

chingo de la Guerra Civil, no lo pela el sin nariz de la debacle económica, de la peladera estructural. Esa es la ruleta que se juega cualquiera quedándose en Venezuela ¿no es así, papá?

Entonces papá, se me ocurrió preguntarle si consideraría no descompletarme la felicidad, este renacer en el Pacífico que me está pasando y venirse con nosotros, con Isabel, Javier y conmigo, o en una fecha inmediata pero venirse a Guayaquil solamente para que yo deje de estar pendiente, con el alma en un hilo, qué pasará, qué pasará, ah papá, ¿lo consideraría? A mí se me retuercen las entrañas de pensar que quien, al sonar las primeras plomazones, va a salir a inmolarse de primerito sea usted. ¿Qué quiere que le diga, papá? ¡Eso me revienta! Y por eso papá, a riesgo de lo que sea, consciente del egoísmo que inspira mi petición, yo no quiero seguir pendiente, yo quiero estar tranquila, se la repito formalmente con el alma en la mano, ¿consideraría la posibilidad de no descompletarme la felicidad y venirse con nosotros?

Caracas, 24 de julio de 2019

Querida Paula Josefina, hija linda, mi amor. Dios la bendiga. Antes de nada, reciba mi abrazo de felicitación por su próximo matrimonio con mi futuro yerno chileno. No tiene idea de lo feliz que me ha hecho con esa noticia.

Usted dirá que escogí una fecha patria para escribirle, el natalicio del Libertador, porque anticipa mi respuesta a su petición de que no le descompletara la felicidad y cree que se la voy a dorar con patriotismo. Y eso, como dirían los chinos con su sabiduría milenaria, puede llegar a ser un tercio de verdad.

Le escribo hoy porque es de asueto y tengo, además del tiempo el “tempo”, la concentración necesaria, podría decirle que hasta el humor, unas extrañas ganas de contestarle de una manera que haga honor a la hermosa y profunda relación que usted y yo tenemos, porque a pesar de que tanto se ríe cuando le digo a Javier compañero nieto, a usted también le decía, hace muchos años acuérdesese, compañera hija, y su mamá se molestaba y me decía ¡qué vaina es esa Roseliano!, y yo le contestaba a ella, para que

me escuchara usted, que lo hacía y muy atenta, que ser hija y ser papá era un asunto biológico, una relación genética, yo el progenitor y usted la progenie, pero que ser amigos que se quieren, que se apoyan, que son solidarios entre ellos, es un asunto que se construye, que no está dado, que no es un hecho como el hecho biológico y que, además, tiene que ver con la horizontalización de las miradas: no de arriba abajo, ni de abajo a arriba, sino como personas que son diferentes al mismo tiempo que son iguales. Con eso su mamá no solo se molestaba, sino que se arrechaba muchísimo, y me protestaba, y se imponía, y empezaba a decir que eso sería conmigo, que con ella no, carajo, que ella era la mamá y usted la hija y ¡cuidado con vainas basié, Roseliano, cuidado con vainas!

Esa hermosa relación que hemos construido permite que nos tratemos en los términos de una igualdad que es muy riesgosa, y verá por qué se lo digo y entenderá por qué esta carta es tan difícil.

Lo primero es, Paula, hija, mi amor, una vez más, asumir una responsabilidad como su padre. Ni a mí ni a nadie, Gustavo incluido, le vuelva a decir que no le descomplete la felicidad, porque la felicidad, más que una sumatoria de buenas condiciones, es una relación entre lo que usted es y lo que usted ha querido hacer de sí misma a lo largo de su vida, y eso no se lo completa ni se lo descompleta nada ni nadie, eso es así, un permanente chequeo sobre si quiere ser quien es, y que de ese chequeo, de esa evaluación, salga que sí, que usted es quien quiere ser, y ese es un asunto estrictamente personal.

Rechazo pues, que una respuesta mía contraria a su deseo le descomplete la felicidad, y usted sería la primera en regresarme a Caracas si viera que, por complacerla, me fuera a Guayaquil a ser alguien que yo no soy y a morirme de tristeza a causa de eso.

Dicho esto, Paula, hija, quiero extenderme en mi respuesta porque, para quitarle tintes dramáticos, del mismo modo que quiero volver a tener en el barrio una línea de transporte público que tenga parada, ruta, horario, tarifa, como era antes, quiero seguir pensando que el pasaporte que renové por diez años era para visitar a mi hija y a mis nietos en Guayaquil, y bañarme en las aguas del Océano Pacífico, cosa ésta que me llama poderosamente la atención, y que

antes era tan sencillo como ir a la sede de Expresos Camargüi, detrás del Bloque De Armas, y en la oficina de Expresos Ormeño, que quedaba ahí, en ese terminal de pasajeros, comprar un pasaje para Quito y de ahí otro hasta Guayaquil, e inclusive sin descartar la posibilidad del vuelo a Guayaquil, pero en fin hija, ir a visitarlos como si tal cosa, y no como si fuera fin de mundo o tanto allá. Por eso le respondo desde quien se planifica como viajero frecuente en la ruta Caracas-Guayaquil y, aclarado esto, debo decirle pormenorizadamente por qué no cuadro en la escenografía que me pintó.

Mire Paula, hija, mi amor, yo no llegué a los setenta años de vida para venir a infringir ahora, después de viejo, la Primera Ley de José Ramón, maestro de maestros, la cual dice clara y taxativamente: “Uno no sirve para ser otro”. De ahí se deriva la gran importancia que tiene saber quién carajo es uno y qué es lo que le gusta ser y hacer en esta vida.

Yo soy militante, Paula, hija, yo milito, y para darme cuenta de quién soy, o mejor dicho, de cómo soy, nada me es más útil que visitar a su tío Braulio justamente porque él no es militante, porque él no milita. Y siendo una persona cercana a mí, a mi vida, por ser el esposo de su tía Marta, mi cuñadita del alma, la hermana de Josefina, su mamá, que en paz descanse, a quien conozco desde hace tantos años, ver su vida, entender cómo y para qué vive, me permite ver la mía y entenderla más. A usted le consta que Braulio es mi amigo, que en el dominó somos una pareja temible porque nos conocemos como se conoce a un par de zapatos viejos, y ese conocimiento debe ser, estoy seguro, el reconocimiento de nuestras diferencias. ¿Soy yo mejor que él porque milito? ¿Es él mejor que yo porque no milita? Nada de eso ¿verdad? Simplemente pasa que somos diferentes y que eso no es malo, sino que es bueno. En la vida, hace años que Braulio llegó a donde era, yo no, yo no he llegado todavía y lo que es peor, no sé si alguna vez llegue. Y sin embargo eso no lo hace a él más feliz que yo, ni a mí más feliz que él. ¿Sabe cómo me llamaba su tío cuando salíamos los cuatro, su mamá, su tía, él y yo? “Fiebre ajena”. ¿Sabe cómo lo llamaba yo para vengarme? “Perro’e quinta”. Volviendo a lo que le decía, Paula, hija, yo soy militante, tengo cincuenta y seis años de militancia, que no son tres días. Desde que a los catorce años me metí en la Juventud Comunista no he parado, y todo ese tiempo genera en mi vida una especie de inercia que no sería sano

desconocer. A mí me pasó lo que usted sabe que me pasó. Pasé años luchando por una revolución, en la mitad de la vida, en todo el medio cupón, viví la felicidad que significaba haber derrotado electoralmente a AD y Copei y además juntos, como para que no quedara duda, empujando esa ilusión de un país libre, justo y sin corrupción que Hugo Chávez Frías llegó a representar para el pueblo venezolano. Viví el arranque de ese sueño y participé de los primeros logros después de tantos años de lucha, empezando por ese logro gigantesco que se llama Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y, en un momento que busco precisar y no lo consigo, nos pudrieron esa revolución y, como usted me lo supo decir muy bien, nos transformaron al país, a la nación, a la Patria, en una sola robadera, en una robadera insomne, constante, que se extendía, como un cáncer, por todos los ámbitos, por todos los resquicios de la sociedad. Con setenta años a cuestas podría encontrar toneladas de justificaciones para decirme a mí mismo ya está bueno ya, hiciste lo que pudiste, lo que te sale es pantuflas y chinchorro para que el hambre no te pegue tanto, porque a quién se le ocurre llegar a los setenta con una jubilación de maestro de escuela y los trabajos de mecánica dental que me pudieran salir, pero yo no nací ese día, como dice la gente, y esa inercia de más de medio siglo de militancia opera en mí de un modo indetenible. Para decirlo con palabras de su tío Braulio, se me pone el “Fiebre ajena” a millón.

¿Vio, Paula? Ya me puse melancólico, que no es triste, es esa cosa rara a la que el castellano nombra con una de sus palabras más hermosas: melancolía. ¿A que sí? Me emociona esto que está pasando, esto que estoy haciendo, este extraño momento en que examino mi vida en su presencia, para poder explicarle a fondo mi actitud. Quizás le sirva saber lo que he pensado para después de que el próximo 18 de septiembre los despida en Maiquetía, y no le quepa duda de que ese día la vida me va a doler mucho. No necesito decirle lo que me significa la rutina con Isabel y con Javier, y sabe de sobra cómo me va a pegar verla partir por segunda vez. Voy a regresar a una casa que, por primera vez, va a tener en mí a su único habitante y es para combatir la soledad que me propongo mi primera iniciativa: Les voy a proponer formalmente a Marta y a Braulio que se vengán a vivir a la casa, sí, a nuestra casa en Los Frailes, y que le dejen el apartamento de ellos en el 23 de Enero a su hijo, tu primo Armando, con su esposa y sus dos chamos, a

ver si pueden tirar tranquilos, perdón hija, quise decir hacer el amor en santa paz, que esa es una de las cosas que tiene a ese muchacho tan triste, que no disponen de espacio suficiente para vivir, y una de las cosas más importantes de vivir es esa, ¿o no? Les voy a decir a tus tíos que nos resolvamos a conformar una pequeña comunidad de septuagenarios, para cuidarnos mutuamente y ayudarnos a envejecer juntos, en la casa hay espacio más que de sobra para los tres.

La segunda iniciativa es que regreso al aula. El aula me llama de nuevo. Los pocos o muchos estudiantes que el próximo año escolar 2019-2020 ejerzan su derecho al aula, deben encontrar en ella a un maestro, si no faltan maestros yo me quedo tranquilo, pero si faltan maestros, entonces yo mismo soy. No le estoy metiendo coba, ya fui a la sede central de Fe y Alegría para hacer mi planteamiento y no solo me anotaron en una lista, pues no había sido el primer jubilado en tener esa iniciativa, sino que me advirtieron que lo más probable era que sí requerirían de mi ofrecimiento, que me avisarían oportunamente.

Con esas variantes que le he informado, el resto del tiempo me propongo continuar siendo Roseliano García, esto es, me propongo seguir militando, seguir activando, seguir proponiendo, para decirlo en términos políticos, seguir encarando la coyuntura que, dicho sea de paso, se pone peor y peor a cada instante. Baste para muestra esto que necesito comentarle por la gravedad que reviste, y porque sé que se habrá enterado desde allá. Hace menos de un mes supimos, como se saben las cosas en la Venezuela peor informada de los últimos setenta años, que el Capitán de corbeta Rafael Acosta Arévalo había muerto en el Hospital Militar Vicente Salias Sanoja, en Fuerte Tiuna, tras las torturas a las que fue sometido en la sede de la Dirección General de Contrainteligencia Militar por dos militares de veintiún y veinte tres años respectivamente. Si piensas que eso fue lo peor que ocurrió, te equivocas. Lo peor fue la pretensión de los voceros oficiales del gobierno, de rematar comunicacionalmente a la víctima, el Capitán Acosta Arévalo, refiriéndose al fallecido en los peores términos sin que tribunal alguno lo hubiese sentenciado. De traidor a la patria para abajo, hablaron peor de la víctima que de los victimarios, a los que protegieron como no lo hizo la Cuarta República con los agentes de la DISIP que, en 1976, asesinaron por medio de torturas a Jorge Rodríguez,

el histórico líder revolucionario, fundador de la Liga Socialista. Toda Venezuela tuvo acceso a la autopsia de Jorge Antonio Rodríguez. La autopsia del Capitán Rafael Acosta Arévalo sigue siendo hoy secreto de Estado. La política informativa del gobierno de Maduro había creado, con el Capitán Rafael Acosta Arévalo, la figura del torturable. El horror de que dos jóvenes militares venezolanos, de veintiún y veinte tres años respectivamente, hubiesen sido capaces de matar a punta de coñazos a un hombre indefenso, pasó por debajo de la mesa. Ese es el botón de muestra de la presente coyuntura.

¿Se da cuenta Paula? Eso es estar cayéndose a pedazos en todos los aspectos de la vida nacional, y yo siento que tengo que agarrar el cuatro otra vez y salir a cantar, como nos lo enseñó Alí Primera, a veces quisiera ser ciego, aunque luche a ciegas por ti Venezuela. Lo que no puedo es enchinchorrarme, precisamente por algo que también quiero comentarle, que quiero compartir con usted. Que tiene que ver con quién soy yo, tanto desde mis sueños como de mis obsesiones, las cuales, en alguna medida, son nuestras señas de identidad más profundas.

Me obsesiona la posibilidad cierta de que en Venezuela se desate una Guerra Civil, y para que vea que tengo razones objetivas para creerlo, le cuento una actividad organizada en pro de la construcción de múltiples espacios de diálogo y en contra de la amenaza de la violencia, en la que acabo de participar. Se llevó a cabo en la sala Monseñor Romero de la Parroquia Universitaria y sus voceros fueron Maryclén Stelling, quien representa con solvencia a sectores afines tanto al gobierno de Maduro como al chavismo, y Pedro Nikken, quien representa con solvencia a sectores históricos de la oposición venezolana, siendo él mismo un connotado líder de la Democracia Cristiana. Ya los voceros eran suficientemente expresivos de esa intención de evidenciar confluencia desde sectores tradicionalmente confrontados. Esa no es gente que, entre ella, se buscaría para pasar el rato, pero algunos de los asistentes al evento fueron todavía más significativos de una situación explosiva que convoca a quienes, desde trayectorias contrapuestas, asumen la tarea de conjurarla. Estaba Ricardo Sucre, uno de los artífices de la victoria electoral de la Mesa de la Unidad Democrática en las parlamentarias del 2015, y estaba Carlos Azpúrua, del Secretariado Nacional del partido Patria Para Todos. Estaba Inés Quintero, académica y firme activista de la oposición y

estaba Oly Millán, quien fue Ministra de Economía Popular en el gobierno de Chávez. ¿Me entiende, Paula, hija? Esa es gente que, tres meses antes, hubiera creído prácticamente imposible encontrarse para nada. Y la guerra pisa tan fuerte que se juntaron, que nos juntamos, para poner de manifiesto que, desde sectores políticos tradicionalmente opuestos y confrontados, se reivindicaba la necesidad del diálogo y de conjurar la creciente violencia. No soy yo solo, Paula, hija, es mucha gente la que piensa lo mismo. Miremos el ámbito internacional. El hecho de que Trump se regodee amenazando con que, en relación a Venezuela, “todas las opciones están sobre la mesa”, aludiendo desembozadamente a la posibilidad de la opción militar, es muy molesto, muy irritante, muy insidioso, pero es Trump, es lo que cabría esperar del matón de barrio que anida en su corazón, es lo predecible en un experto de la provocación como ha demostrado ser. Pero por pura casualidad pude ver, en una emisión del Telediario, que es el noticiero de uno de los principales canales de la televisión española, unas declaraciones dadas con ocasión de una reunión de la Unión Europea por el Presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, militante del Partido Socialista Obrero Español, sobre la situación venezolana, en las que, con un desparpajo indignante nos recetaba sin llamarla, sin nombrarla, pero implicándola abiertamente, una Guerra Civil, como si él no llevara una en los genes, como si no tuviera a VOX en el parlamento para recordarle que de las guerras civiles no se sale nunca, como si Almudena Grandes no nos hubiese enseñado suficientemente que, una vez que empieza, los que siguen son los episodios de una guerra interminable. Eso sí que me dolió, y se lo cuento para que vea que mi obsesión no es gratuita.

Me obsesiona el desfalco, Paula, hija, porque me humilla demasiado. Sé que le he hablado mucho sobre ello, que pudiera ya cansarla, pero yo necesito contestar a lo que, con mucha firmeza, me dijo en su última carta, que no parecen cosas mías, que pareciera que la tuviera agarrada con el Teniente Alejandro Andrade, a quien aparentemente achaco la responsabilidad total del desfalco al tesoro nacional. No, hija, no es así, permítame aclarárselo. Creo que el desfalco no pudo sino ser una vasta operación colectiva, en diferentes ámbitos financieros, actuando bajo una misma coartada. El desfalco que procede de PDVSA, uno de los más cuantiosos, no es el que se realizó en Puertos y Aduanas, y éstos, a su vez no tocan el universo

del desfalco que procede de las obras del sector eléctrico en el Sistema Guri, de Tocomá, o de las obras en el Proyecto Tuy IV, o de las obras en las Empresas Básicas, el Fondo Chino, en fin, y a su vez, todos los ámbitos que acabo de mencionar tampoco tocan el ámbito de la asignación de las divisas preferenciales, eso, por supuesto, sin meternos en el tenebroso mundo de los sobornos de la empresa ODEBRECHT. Si la figura del Teniente Alejandro Andrade funciona como paradigma del desfalco es por el conjunto de circunstancias que rodean su caso. Él fue convicto y confeso, se declaró culpable, en un juicio que se le siguió en un Tribunal del estado de Florida por manejos financieros dolosos, en el que reveló, en la que fue su confesión, haber levantado su fortuna personal de mil doscientos millones de dólares a punta de comisiones por asignaciones de divisas preferenciales desde su posición como presidente de la Oficina Nacional del Tesoro, vice ministro de Finanzas y presidente del BANDES. Con él, con el Teniente Alejandro Andrade no hay nada que probar pues él hizo confesión de parte. Eso es lo que hace de él una figura especialísima, junto a los oprobiosos detalles del juicio en la Corte de West Palm Beach, como el hecho de que su abogado defensor alegó, buscando mitigar la inminente sentencia, que el delito cometido por su defendido no era tan grave en tanto en cuanto no había una víctima concreta a la cual resarcir. El pueblo de Venezuela es un ente difuso, no una víctima concreta. ¿No es eso humillante? Y, para colmo de los colmos, después de escuchar la sentencia, en su declaración leída, compungido, el Teniente Alejandro Andrade le pidió perdón por su comportamiento a su familia y a sus seres queridos. Los niños enfermos del Hospital JM de Los Ríos, sin agua, comida, ni medicamentos, a causa del desfalco descomunal que él propició, no le merecieron ninguna mención, ningún sentimiento de culpa. Una vez que lo confrontaron con el personaje, por ser el Teniente Andrade del selectísimo club de participantes en la insurrección militar del 4 de febrero, el diputado Diosdado Cabello eludió la pregunta diciendo que él conoció al muchacho de Coche, al de El Valle, pero al de Miami no, y sanseacabó. El hecho de que, nueve años después de haber salido de sus cargos, la lista completa de las personas naturales y jurídicas a las que el Teniente Andrade asignó divisas preferenciales siga siendo un secreto, parece que no ofendiera a nadie. A nadie pareciera molestar que sea el socialismo del siglo XXI el sistema en el que el pueblo pierde el derecho a saber qué se hace con el patrimonio que

le pertenece. Le confieso que en momentos de profunda indignación he llegado a imaginar que hablo con Chávez, y que le pregunto si del 2007 al 2010, el trienio en el que el Teniente Andrade hizo de la cabeza financiera del gobierno bolivariano una cueva de ladrones, el trienio en el que se diseñó a la boliburguesía emergente, él, Chávez, nunca sospechó nada, nunca nadie le informó de una piñata de millones de dólares, y también imagino que le pregunto si le pareció normal que, al salir de su gobierno, el Teniente Andrade se haya ido a vivir con su familia a la comunidad ecuestre de Wellington en el Condado de Palm Beach, estado de Florida, si esa era la conducta esperada de los cuadros revolucionarios que participaban en los más altos cargos de su gobierno. Pero Paula, hija, mi amor, recuerde que también le he dicho en otras oportunidades que lo peor del desfalco, más que el medio billón de dólares que nos palearon, fue el destrozo en la moral del país, la naturalización de la conducta deshonestas, el “a robar, a robar, que el mundo se va a acabar”. Este pozo nauseabundo en el que nos encontramos, eso fue lo peor.

Con los sueños, Paula, hija, mi amor, estoy muy confundido y, por supuesto sabe que no me estoy refiriendo a los sueños que tenemos mientras dormimos sin que nuestra voluntad intervenga, sino a los sueños que tenemos cuando estamos despiertos y conscientes, las ilusiones, los anhelos que, con formato de proyectos, vamos tejiendo y en alguna medida realizando a lo largo de la vida. Un buen ejemplo de esos sueños es la mata de mango que sembré en el fondo de la casa, con mi mamá, su abuela Rosalía, el día de mi primera comunión hace sesenta y pico de años. Cada mango que me he comido de esa mata, año tras año, me ha hecho recordar el día que lo sembré y me ha proporcionado una sabrosa sensación de realización. Le dije que me siento confundido porque antes, no sé bien cuánto antes, mis sueños tenían palabras que, de alguna manera los representaban, como socialismo, revolución y, en alguna medida los contenían. Hoy no es así, y eso debe ser porque, como las palabras se gastan, pierden la capacidad de contener a los sueños. El caso, Paula, hija, es que hoy sueño con que podamos ser el país de Luis Zambrano, el hombre que a principios del siglo pasado, se dedicó a electrificar pequeños pueblos andinos del estado Mérida, construyendo con su mano, pues le faltaba la otra, las turbinas que se colocaban en arroyos, riachuelos y caídas de agua, sin represarlos ni causar afectación ambiental

alguna. Sueño con que podamos ser el país de Juan Félix Sánchez, quien se fue con su compañera Epifania al páramo de El Tisure, a juntar piedras para levantar de la nada construcciones de una belleza inmarcesible, a tallar un universo de piedad y misticismo sin pedirle permiso a nadie y sin estar buscando financiamiento alguno. Sueño con que podamos ser el país capaz de resolver problemas como el de curar el paludismo, ya lo hicimos una vez, un país capaz de eliminar ignominias como la de aquel Código Civil que clasificaba a los hijos en legítimos, naturales, adulterinos, sacrílegos y pare usted de contar, verá Paula, le cuento porque es un ejemplo que me expresa mucho. Era aquel instrumento legal un pestilente remanente de la más abyecta dominación colonial y patriarcal que permanecía impasible al paso del tiempo. Cuando en 1979 llegó Luis Herrera Campíns a la presidencia, nombró a la sicóloga social Mercedes Pulido como Ministra de Estado para la Participación de la Mujer. Con una envidiable precisión de objetivos, la Ministra Pulido conjuró el riesgo de ser una figura decorativa de un gobierno que se pretendía de avanzada y estableció como objetivo de su gestión la reforma de aquella miseria machista generadora de grandes injusticias. Apartando parcialidades políticas, haciendo del enfrentamiento a ese mamotreto de la Inquisición un problema de las mujeres venezolanas, conformó un vasto equipo en el que recuerdo la luminosa presencia de Argelia Laya y, enfrentando la férrea oposición del mantuanaje, no se imagina la campaña de descrédito que le lanzó Marcel Granier desde Radio Caracas TV, en el curso de esa presidencia, ese equipo de mujeres que la ministra Pulido coordinó, eliminó ese pozo de injusticia. Sueño pues con esa efectividad. Sueño con que al ir por cualquier carretera del país, la señal de que nos vamos acercando a un pueblo, no sea el característico vertedero de basura y desperdicios. Sueño con que podamos ser el país de Luis Mariano Rivera y nos llene el alma la ilusión de hacer de Venezuela un Canchunchú florido, pletórico de frutas y belleza. Pero en todo caso Paula, hija, mi amor, a pesar de que, como le he dicho, ya no llame a mis sueños como los llamaba antes, en el fondo siguen siendo los mismos de cuando muchacho, de cuando iba con mi cuatro de barrio en barrio, difundiendo las canciones de Alí Primera. Son los sueños que engendré, que alimenté, que crié, que mimé. Son los sueños que me han construido como la persona que soy y por eso, Paula, hija, mi amor, a su modo mis sueños también son mis hijos, y no pienso dejarlos atrás.

Creo también que los pedazos en los que está deshecha Venezuela, o los recogemos entre todos, o no los recoge nadie y despedazados nos quedamos. Y si, como le he dicho, todos vamos a ser necesarios para la tarea de reconstruirnos, va a ser necesario que encontremos palabras adecuadas para llamarnos y convocarnos. Chavista, escuálido, patriota, apátrida parece que no van a servir de mucho. A lo mejor sirve más la palabra “compa”, que da para decir compañero y para decir compatriota.

Ahora Paula, hija, para despedirme le informo que voy a firmar esta carta con el nombre que usted me puso cuando tenía año y medio o dos años, por ahí, cuando su mamá le decía Paula, vaya y busque a su papá que vamos a comer, y usted, que recién caminaba, le encantaba subir las escaleras que dan al segundo piso donde estaba mi taller de mecánica dental, y subía agarrada de los tubos del pasamanos, contando los escalones uno, dos, uno, dos. Llegaba arriba y me decía en voz alta, supapá a comé, y señalaba con su dedito las escaleras para que yo bajara. Obediente y muerto de la risa yo le hacía caso y empezaba a bajar delante de usted que bajaba detrás de mí contando los escalones uno, dos, uno dos. Al llegar al comedor, daba cumplida cuenta a su mamá de la tarea cumplida diciéndole aquí tá supapá, y entonces yo la cargaba, loco de alegría, y la alzaba, y le mordía suavemente las costillas para que usted se carcajeara y su mamá nos regañara diciendo bueno ya, dejen el bochinche.

Dios la bendiga

Supapá

Posdata: Esté siempre muy contenta y orgullosa de su nombre y de la persona a la que su nombre hace homenaje, Paulo Freire. El pirómano de la Amazonía, el pichón de Donald Trump que des gobierna Brasil, lo ha decretado como su enemigo principal.

Segunda posdata: La quiero mucho, Paula, hija, la quiero mucho mi amor.